

Trump: ¿anomalía o heraldo de un orden geopolítico nuevo?

John Agnew

Department of Geography, University of California, Los Angeles, USA

e-mail: jagnew@geog.ucla.edu

ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-1266-1664>

Colin Flint

School of Social Sciences, Utah State University, USA

e-mail: colin.flint@usu.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8867-942X>

Virginie Mamadouh

Department of Geography, University of Amsterdam, The Netherlands

e-mail: V.D.Mamadouh@uva.nl

ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-0283-0844>

Sara Koopman

School of Peace and Conflict Studies, Kent State University, Kent, Ohio, USA

e-mail: sara.koopman@gmail.com

ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-4093-5567>

Simon Dalby

Balsillie School of International Affairs, Canada

e-mail: sdalby@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3455-0735>

Jo Sharp

School of Geography and Sustainable Development, University of St Andrews, Scotland, UK

e-mail: js314@st-andrews.ac.uk

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-5805-4296>

Xiaobo Su

Department of Geography, University of Oregon, USA

e-mail: xiaobo@uoregon.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3697-9524>

Ernest Tooche Aniche

Department of Political Science, Federal University Otuoke, Nigeria

e-mail: anicheet@fuotuoke.edu.ng

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2449-4717>

Takashi Yamazaki

Osaka Metropolitan University, Japan

e-mail: yamataka@omu.ac.jp

ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-8874-0656>

Jaime A. Preciado Coronado

Center for Advanced Latin American Studies, Universidad de Guadalajara, Mexico

e-mail: jaime.preciado@academicos.udg.mx

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3324-8569>

Igor Okunev

Institute for International Studies, MGIMO University, Russia

e-mail: iokunev@mgimo.ru

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3292-9829>

Reece Jones

Department of Geography and Environment, University of Hawai'i at Mānoa, USA

e-mail: reecej@hawaii.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9052-3793>

<https://doi.org/10.5209/geop.109947>

Resumen. El objetivo de este foro de debate es entender si el gobierno de Donald Trump en los Estados Unidos es una anomalía en el orden geopolítico que nació tras la Guerra Fría o si anuncia un nuevo orden geopolítico. En la actualidad, el poder global se caracteriza por una transformación profunda en sus formas y actores. Ya no existe una única geometría de poder basada exclusivamente en la hegemonía de grandes potencias o en la clásica disputa de esferas de influencia territoriales. En cambio, asistimos a la coexistencia de múltiples geometrías: territoriales, digitales, financieras y logísticas, que se entrelazan y reconfiguran constantemente. Estados Unidos, China, Rusia o la Unión Europea siguen siendo actores centrales, pero su capacidad de control se ve limitada por la interdependencia global, la emergencia de potencias medias y la influencia de actores no estatales, como corporaciones, organizaciones internacionales y movimientos sociales. El resurgimiento de políticas nacionalistas y proteccionistas, ejemplificado por la doctrina «América lo primero» (*America First*) y la imposición de aranceles, ha debilitado el orden internacional liberal basado en reglas y ha impulsado una competencia más abierta por recursos estratégicos y áreas de influencia. Sin embargo, la globalización, las redes digitales y los flujos transnacionales de capital, información y personas desafían la rigidez de las fronteras. Entonces, ¿se ha agudizado el conflicto frente a la cooperación en el actual orden geopolítico?, o definitivamente, ¿estamos ante una transformación irreversible del orden geopolítico, aunque la geometría del poder global permanece abierta e incierta?

Palabras clave. transición geopolítica; orden geopolítico; geometría del poder global; hegemonía; administración Trump.

Sumario. Las nuevas «geometrías» del poder global (John Agnew). Trump: destructor y creador del orden geopolítico mundial y el significado de la paz (Colin Flint). ¿Hacia una geopolítica hipnocrática? (Virginie Mamadouh). Altergeopolítica hoy: tenemos silbatos (Sara Koopman). Las «geometrías» políticas del cambio climático (Simon Dalby). Nuevos desórdenes geopolíticos: el centro no debería mantenerse (Jo Sharp). La preocupación por la seguridad y el desasosiego de las guerras de los Estados Unidos (Xiaobo Su). La doctrina de Trump y el Sur Global: ¿el declive del orden liberal internacional basado en reglas o una nueva geometría del orden geopolítico? (Ernest Tooichi Aniche). Las nuevas geometrías de las potencias intermedias vistas desde Asia Oriental (Takashi Yamazaki). Trump 2.0: dominación hegemónica transaccional, áreas de influencia y geometrías variables del poder (Jaime A. Preciado Coronado). ¿Y ahora qué? Cuatro posibles órdenes mundiales (Reece Jones). Referencias bibliográficas.

Cómo citar. Agnew, J., Flint, C., Mamadouh, V., Koopman, S., Dalby, S., Sharp, J., Su, X., Aniche, E. T., Yamazaki, T., Preciado, J., Okunev, I., y Jones, R. (2026). Trump: ¿anomalía o heraldo de un orden geopolítico nuevo? *Geopolítica(s)*. *Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, 17(1), 85-136

Las nuevas «geometrías» del poder global¹

John Agnew

En 2025 el presidente de Estados Unidos dio prioridad a atacar a los adversarios políticos que tenía en el país, y empezó a reducir la participación de Estados Unidos en diversas políticas que venían siendo implementadas desde hace tiempo en todo el mundo (ayuda exterior, reducción de aranceles al comercio de productos, apoyo a aliados y organizaciones internacionales, etc.) y que han caracterizado la política exterior de EEUU durante mucho tiempo (por ej., Kimmage, 2025; Sandbu, 2025). Parecería que este retroceso en la utilización del «poder blando» (*soft power*) señalara un cambio significativo en la relación de Estados Unidos con el resto del mundo (por ej., Cooley y Nexon 2025). Al mismo tiempo, y ocurre en todo el mundo, muchos otros gobiernos también son cada vez más reacios a la apertura relativa de las economías nacionales y a renunciar a las agresiones territoriales interestatales que trajo la globalización promovida por

1. Recibido el 31 de diciembre de 2025. Traducido por A. Despujol del original inglés.

sucesivos gobiernos estadounidenses desde la década de los setenta y cuestionada cada vez más por los políticos nacionalistas-populistas y sus movimientos (Agnew y Shin, 2020). ¿Está el mundo al borde de una nueva etapa geopolítica caracterizada por un cambio drástico y excepcional que adopta la forma de una «geometría de poder global» —basándose en la terminología de Massey (1999)— equivalente a los que se produjeron al comienzo de las etapas geopolíticas de rivalidad entre imperios (1875-1945) o en la Guerra Fría (1945-1991) (Agnew, 2026)? En este breve artículo indico que es demasiado pronto para decirlo y que es muy poco probable que se produzca una mera recapitulación de una época pasada que reemplace a la presente.

¿Cómo se pueden entender de la mejor manera posible las nuevas formas en que el poder político-económico se está manifestando en el mundo? La «geopolítica clásica», que se remonta a la etapa de la rivalidad entre imperios, está experimentando algo parecido a un resurgir que se puede utilizar como justificación en relación con presuntas grandes estrategias llevadas a cabo por las llamadas superpotencias (véase Brands, 2023; Guzzini, 2012; Tjalve, 2020). Se considera que Estados Unidos, China y Rusia, especialmente, desean dividir el mundo en esferas de influencia donde cada uno ejercería una hegemonía regional, basándose a veces en la antigua antinomia del poder marítimo frente al poder terrestre (véase Payne, 2025). Trump defiende abiertamente su propio «corolario» de la Doctrina Monroe para intervenir en el hemisferio occidental, desde anexionarse potencialmente Groenlandia hasta hacer la guerra a Venezuela y a otros lugares (Grandia, 2025; Wallace-Wells, 2025). Últimamente el concepto de esfera de influencia es contagioso. Históricamente la palabra «geopolítica» había pasado a designar la conducta explícita de políticas exteriores que pretenden ser objetivas, basadas en las «realidades» de la geografía física del mundo —especialmente la oposición entre potencias terrestres y marítimas— y en los «intereses» particulares de los Estados en que se divide el mundo, sobre todo los más poderosos desde el punto de vista militar, y diseñadas como parte de las grandes estrategias que pueden sustituir el simple pragmatismo y las maniobras políticas que prevalecen cuando no hay conocimiento geopolítico (por ej., Bongiovanni, 2024).

El presente pluralista

No obstante, últimamente, incluso con el resurgir clásico, se ha ampliado mucho el ámbito del término geopolítica —que ahora es un significante de la geografía de los cambios político-económicos más amplios— (Boria y Marconi, 2022). Los titulares de los periódicos y las actualizaciones de las redes sociales informan de la «geopolítica de esto» y la «geopolítica de aquello». En el mejor de los casos el término se refiere a la situación de asuntos de política exterior en su contexto geográfico, lo que implica ubicar no solo las actividades de los Estados, especialmente de los poderosos, sino también las de una gran diversidad de actores que intervienen en empresas y organizaciones de diversa índole, legislativas y administrativas, en materia de infraestructuras físicas y estructuras políticas de las relaciones globales. Los paraísos fiscales *offshore*, como las Islas Caimán, Qatar y Panamá, siguen sirviendo de refugio a los bienes de individuos ricos para no pagar los impuestos que tienen en sus países de origen (véase, por ej., Obermaier y Obermaier, 2016), y las empresas multinacionales se centran cada vez más en la resiliencia y la diversificación de sus cadenas de suministro para protegerse de las imposiciones apropiadas (*ad hoc*) de aranceles (por ej., Vietnam y México sustituyen a China) (O'Neil, 2025).

No hay duda de que Trump tiene un enfoque claramente «comercial» de la política mundial, desde como concibe las negociaciones basándose en su profesión en inmobiliarias comerciales y la televisión hasta la predilección que muestra por recompensar a sus amigos personales y políticos —que incluye el perdón a importantes traficantes de drogas y estafadores— y por castigar a supuestos enemigos en su país y en el extranjero (Wedel, 2025; Ganesh, 2025; Wiggins, Miller y Palma, 2025). Otros «hombres fuertes» en el gobierno en la actualidad lamentablemente se dedican a los negocios y se preocupan de conservar el público de su Estado apelando a su victimismo en lugar de ocuparse de los objetivos geopolíticos clásicos (Hronesova y Kreiss, 2024; Kotkin, 2026). Las credenciales nacionalistas de Trump como magnate global son especialmente poco coherentes para alguien cuya propaganda electoral se basa en gran parte en el enfoque del mundo de «América Primero». Las organizaciones criminales que se dedican al tráfico de drogas

y de seres humanos, y el tremendo lavado de dinero que implican estas actividades, también son inherentes a este orden mundial (Galeotti, 2025). Así pues, la geopolítica actualmente se puede referir a cualquier despliegue de poder en el espacio de varias modalidades y realizado por diversos agentes distintos, y puede implicar autoridad, seducción, manipulación y consentimiento, así como dominio mediante coerción.

Los procesos geográficos implicados en los despliegues de poder en el espacio pueden considerarse las nuevas «geometrías» del poder (Massey, 1999), para distinguir esta utilización ampliada de los usos clásicos de la «geopolítica». Para Doreen Massey (1999: 23) los seres humanos «están haciendo y rehaciendo continuamente los ‘espacio-tiempos’ (*time-spaces*) en los que desarrollamos nuestras vidas», por lo que de la misma manera que nunca hubo «un cambio enorme y total de un ‘espacio de lugares’ a un ‘espacio de flujos’» con la globalización, tampoco existe hoy un cambio equivalente de «vuelta» a un mundo de territorios estrictamente delimitados. Es decir, el mundo todavía no es un mundo donde las llamadas superpotencias, o tras el hundimiento de la Unión Soviética en 1991, Estados Unidos y su patrocinio exclusivo de la globalización, y potencias emergentes como China, vuelvan a tener toda la autoridad a escala mundial. Hay nuevas *geometrías* en lugar de una sola.

¿El regreso de la geopolítica territorial?

El principal cuestionamiento de esta visión pluralista se produce por la aparición, a nivel mundial, de políticos nacionalistas-populistas que se han aprovechado de una corriente de opinión cada vez más potente que es hostil a las economías abiertas asociadas con la reciente globalización donde los flujos de capital, bienes y materias primas cuestionaban la noción de economías nacional-territoriales estrictamente independientes. Esta reacción se produce, al menos en EEUU y Europa Occidental, a partir de cambios como la proporción descendente de trabajos manufactureros en el nivel general de empleo —incluso cuando gran parte se deba a cambios tecnológicos como la robótica en lugar de limitarse al traslado de empleos a otros lugares—, la renta nacional y la desigualdad de riqueza crecientes, la inquietud sobre el estatus en una situación de aumento de la emigración extranjera y de cambios culturales achacados a influencias extranjeras. Los partidos políticos tradicionales tanto de izquierdas como de derechas, como son clasificados convencionalmente, se enfrentan actualmente a un aumento considerable del apoyo que reciben los movimientos llamados de suma cero que apelan al rechazo de la inmigración, a las desigualdades de riqueza intergeneracionales y de clase, y a la inquietud por el futuro tanto individual como colectivo (Burn-Murdoch, 2025).

Pero, y paradójicamente ante el énfasis que ponen en reinvertir en un destino nacional-territorial renovado, también refleja el fracaso de la mayoría de los gobiernos de Estados Unidos y Europa en el cumplimiento de las promesas hechas por los partidos políticos y sus principales candidatos. La mayoría de los estadounidenses, según revelan las encuestas de opinión, no consideran que los gobiernos merezcan su confianza o sean capaces de solucionar sus problemas (Pew Research, 2025). Esta es la prolongada crisis del «Estado providencial» (Rosanvallon, 1981). Esta situación incita a confiar en figuras como Trump con una prolongada historia de engaños y que se vende apelando a las identidades etnonacionales y a la animadversión contra extranjeros y emigrantes en lugar de recurrir a políticas coherentes y bien diseñadas, más allá de los recortes de impuestos a los ricos (Stewart, 2025; Agnew, 2025).

Como consecuencia se han producido tendencias para aumentar los aranceles a las importaciones (especialmente en el segundo gobierno de Trump en Estados Unidos), construir muros y vallas en las fronteras nacionales terrestres y limitar los intercambios con el extranjero de todas clases. Esta reterritorialización es particularmente patente en Estados Unidos, aunque sea porque durante muchos años fue el campeón del descenso de aranceles comerciales y de intercambio en parte porque se oponía al socialismo estatal autárquico representado por la antigua Unión Soviética y sus partidarios (Agnew, 2005). Entonces, la geopolítica territorial está experimentando algo parecido a un resurgir por donde quiera que se mire.

¿Cómo se ha desarrollado esta mezcla de la geopolítica de los territorios —o bloques de espacio estratégico— con los flujos a través de redes en los últimos cinco años aproximadamente

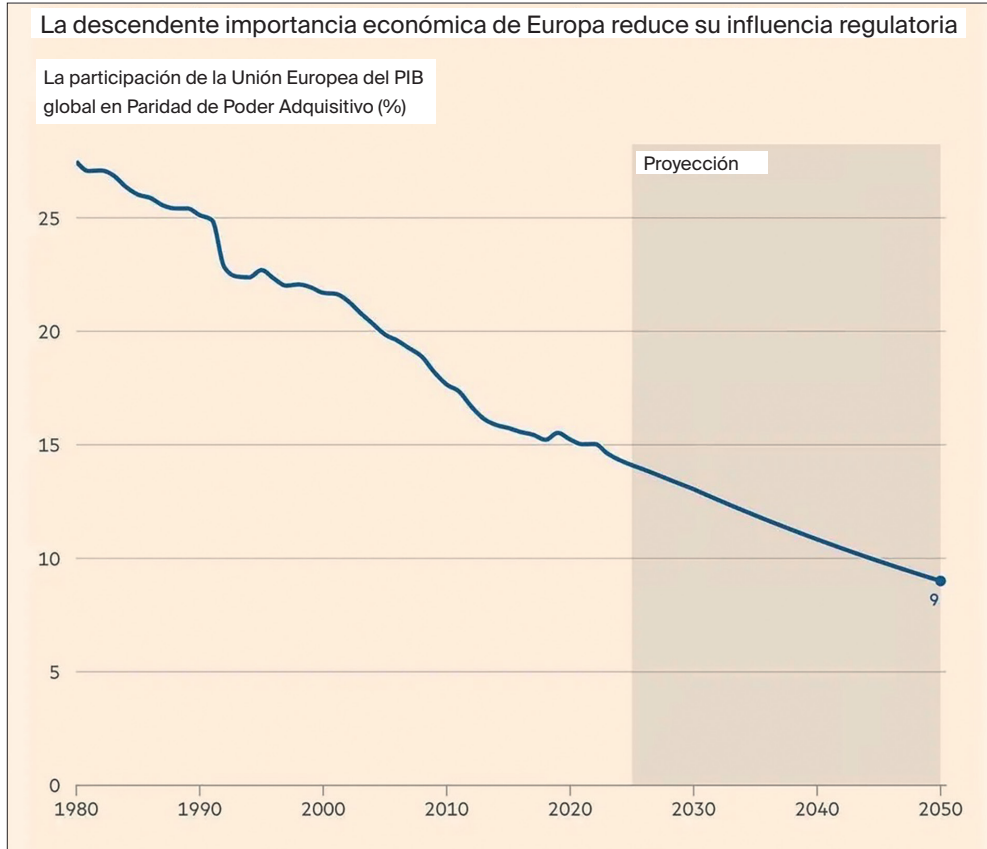
en este contexto de aumento de la territorialización? Es evidente que algunos comentaristas ven una vuelta desde 2017-2018 a la rivalidad entre imperios que se produjo a principios del siglo XX con un creciente proteccionismo económico a nivel mundial y el probable abandono del compromiso con una economía mundial abierta que caracterizaba especialmente a los gobiernos de Estados Unidos anteriores a 2017. La pandemia del COVID-19 de 2020-2022 ha fomentado esta orientación. El gobierno de EEUU culpó en gran medida al gobierno de China por la pandemia, en parte porque el virus se originó en China, pero mucho más por la ausencia de cooperación del gobierno chino con la OMS y otros gobiernos para ponerse a trabajar en las causas y la propagación del virus.

Además, y en un plazo más largo, en sectores considerados muy importantes para el desarrollo económico futuro como los vehículos eléctricos y la inteligencia artificial, por nombrar solo esos dos, Estados Unidos y China se contemplan como competidores y rivales en vez de potenciales beneficiarios mutuos. El aumento de los aranceles para proteger las industrias nacionales y las políticas industriales nacionales para inyectar fondos gubernamentales en sectores seleccionados han vuelto a escena tanto en Estados Unidos como en Europa. El llamado Consenso de Washington para la reducción de aranceles y la disminución de presupuestos gubernamentales se está diluyendo. A la vez, las disputas territoriales que parecía que no estaban acompañadas con los tiempos, como las de Rusia y algunas de sus anteriores repúblicas soviéticas hermanas, como Georgia y Ucrania, y China y Taiwán, y China y la India, también indican una vuelta al pasado anterior a la Guerra Fría (Agnew, 2023). Esta tendencia es más generalizada porque se extiende más allá de las llamadas superpotencias, incluyendo enfrentamientos como el de Venezuela y la Guyana, Turquía y algunos de sus vecinos, Armenia y Azerbaiyán, y Etiopía y Somalia por reivindicar territorios para explotar depósitos de gas y de petróleo, reclamar regiones simbólicas o establecer un puerto para un Estado sin acceso al mar, respectivamente. El conflicto entre Israel y Palestina ha sufrido una nueva escalada violenta desde 2023 consolidando las narrativas más amplias sobre las reivindicaciones etnonacionalistas de la ocupación «legítima» de territorios en disputa (Agnew, 2017; Agnew, 2024).

Es muy significativo el papel cada vez más complicado de Estados Unidos para mantener la orientación de la Posguerra Fría de creciente apertura global. La enorme polarización política interna en Estados Unidos que comenzó en la presidencia de Obama tras la crisis financiera de 2008 con origen en ese país, y los fracasos de las intervenciones militares estadounidenses durante su malograda guerra contra el terrorismo después de los ataques a objetivos en Estados Unidos por parte de la organización panislamista Al-Qaeda el 11 de Septiembre de 2001 (en particular las intervenciones en Afganistán e Irak) han perjudicado considerablemente la credibilidad política y militar de Estados Unidos en una época crucial. Las disensiones en el seno de la Unión Europea y la salida británica de dicha institución (el Brexit) también han deteriorado la evidente asociación anterior de una gran parte de Europa con su acuerdo con Estados Unidos. El gobierno de Trump ataca a la Unión Europea porque simboliza «una civilización decadente» aparentemente debido al declive en su participación en el Producto Interior Bruto global (Figura 1), pero también porque se considera que representa lo peor de la «cultura woke» a la que los partidarios derechistas de Trump se oponen dentro y fuera de su país (Mackinnon, 2025). Puede que la repercusión regulatoria de la Unión Europea en las compañías tecnológicas estadounidenses aliadas de Trump esté relacionada también con este ataque.

Los aliados tradicionales apenas cuentan en el mundo puramente transaccional de negociaciones de Trump (Kelly y Poast, 2025). De hecho, aunque la participación de la UE en el PIB mundial en condiciones de paridad de poder adquisitivo ha descendido, lo que no es extraño dada la amplitud del desarrollo a nivel mundial en la globalización, también lo ha hecho la de Estados Unidos (Figura 2). De hecho, las disensiones entre los gobiernos de la Unión Europea y Estados Unidos no son del todo recientes, sino que reflejan la sensación estadounidense de la Posguerra Fría de que apoyar militarmente a Europa utilizando la OTAN es insostenible ante desafíos «mayores» que Rusia, desde China y otras partes, y el debilitamiento de la economía estadounidense amenazado por el impacto de la regulación global de la Unión Europea que siguió a la crisis financiera de 2008. Esta situación llegó a un punto crítico al producirse distintas respuestas en los dos lados del Atlántico a la invasión rusa de Ucrania (Anghel y Jones, 2024).

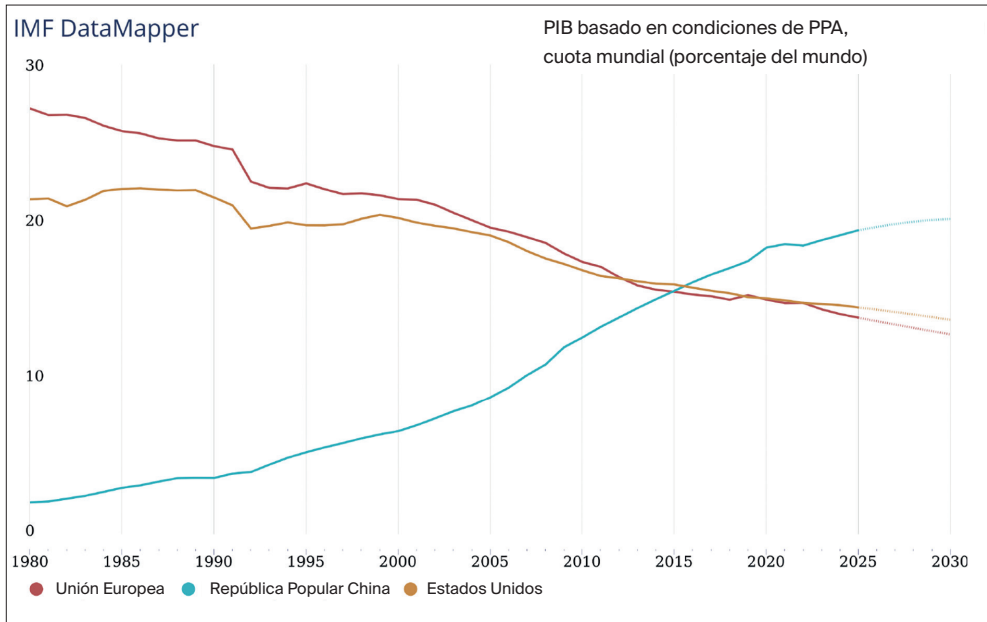
Figura 1. Cómo exagerar la importancia del Declive del Crecimiento de Europa: No lo comparen con Estados Unidos y China



Fuente: Cálculos del Financial Times basados en datos del Fondo Monetario Internacional y de la Consultora Price Waterhouse Cooper (contando sólo con los 27 Estados miembros actuales).

La consecuencia evidente de estas tendencias ha consistido en debilitar incluso los factores estructurales antes poderosos que sustentan el papel global de gobiernos estadounidenses tal como el papel central del dólar estadounidense y la influencia cada vez más limitada de las sanciones que Estados Unidos imponía a adversarios extranjeros cuando se creaban monedas y rutas comerciales alternativas (véase Pforr, Pape y Petryc, 2025). Además, el déficit federal de EEUU, que en gran parte se debe al recorte de impuestos a los ricos y los abultados subsidios a industrias favorecidas, ahora es mayor en porcentaje del PIB nacional que las deudas nacionales de la mayoría de las demás economías nacionales importantes y tiene que ser financiada en gran parte por extranjeros y gobiernos extranjeros debido a la reducida tasa nacional de ahorro estadounidense y el despilfarro en materia de créditos populares (véase Guttman, 2021; Rogoff, 2025; Ngarmboonant, 2025; Martin, 2025). Está claro que Europa no es, por tanto, la única en cuestión de su relativo declive económico desde el punto de vista de su participación del PIB global, pero tanto ella como Estados Unidos son de hecho increíblemente interdependientes en materia de sus perspectivas de crecimiento futuras. La UE y los EEUU son, con gran diferencia, la mayor fuente mutua de inversión directa y comercio de productos en comparación con China y otras partes del mundo, incluyendo los dos únicos socios comerciales de Estados Unidos, Canadá y México (Wolf, 2025).

Figura 2. Participación en el PIB global (en condiciones de Paridad de Poder Adquisitivo), de la Unión Europea, China y Estados Unidos desde 1980 hasta 2025.



Fuente: World Economic Outlook (Octubre 2025). ©FMI, 2025.

Nuevas geometrías del poder global

Por consiguiente, se sigue manifestando un poder considerable —y cada vez mayor— a través de redes de movilidad por parte de múltiples actores incluyendo todo tipo de Estados y organizaciones a pesar de este reciente estallido de geopolítica territorial aparentemente de estilo antiguo (Allen, 2003; Agnew, 2023). La información, tanto auténtica como falsa, fluye libremente como el capital, el comercio de partes y productos finales, y los servicios suministrados electrónicamente (instrucciones, gestión de quejas y cheques de crédito, por ejemplo). Nada de esto ocurre sin una gran diversidad de organizaciones regulatorias y de gestión que han surgido para hacer que funcionen los flujos. Esto incluye todo, desde agencias privadas de clasificación crediticia que evalúan el valor de los distintos bonos gubernamentales nacionales y agencias de estándares alimentarios y electrónicos hasta el Fondo Monetario Internacional y el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (véase Büthe y Mattli, 2011). Por ejemplo, los flujos de datos globales son cada vez más importantes para las empresas de todo el mundo. Los gobiernos intentan controlar dichos flujos, pero tienen un éxito desigual. Aunque todos los esfuerzos parecen conducir a innovaciones que intentan eludir los controles. Los gobiernos estadounidenses siguen teniendo mucho poder sobre la infraestructura básica de las redes de comunicación (los sistemas de cable de fibra óptica, sistemas de pago etc.) aunque su poder parece desvanecerse en otros ámbitos. La utilización de las sanciones económicas en disputas internacionales por parte de los gobiernos de Estados Unidos, por ejemplo, en relación con Irán y Rusia refleja esta fuente de influencia global continua, aunque esté en proceso de deterioro (Farrell y Newman, 2025).

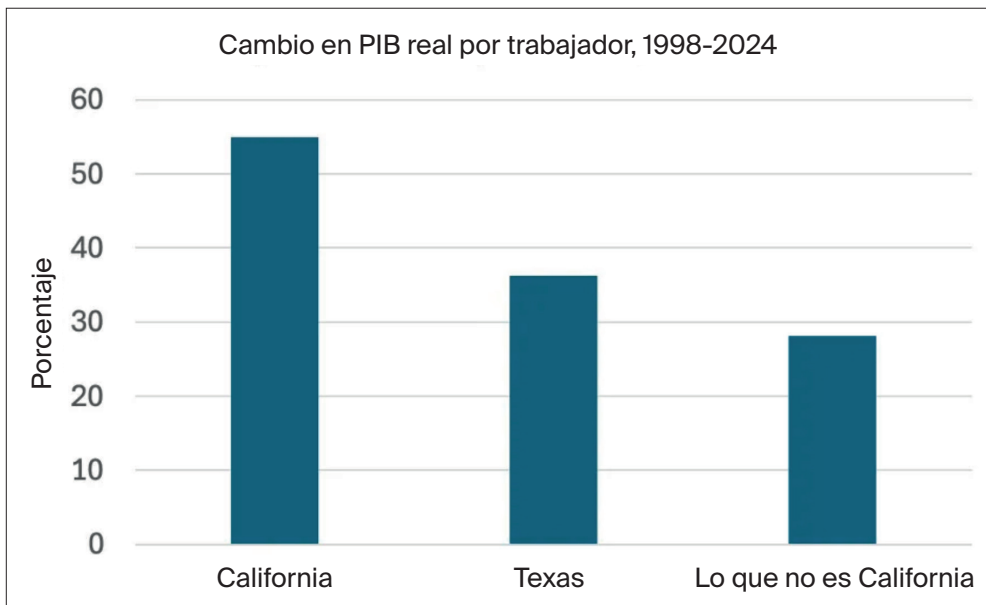
En una escala no vista desde los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los emigrantes ahora desafían cada vez más las fronteras de las unidades territorializadas en las que nominalmente se divide el mundo, a medida que las guerras civiles, las consecuencias del cambio climático y la pobreza empujan a la gente lejos de sus lugares de origen y los conducen hacia refugios más prósperos y menos violentos. Gran parte de la emigración, especialmente la de los refugiados, se dirige a países vecinos (como en el caso de Siria a Turquía). Sin embargo, a largo plazo las poblaciones menguantes en Europa y Estados Unidos más las presiones de las guerras y la reducción en los suministros de agua y en la agricultura en Latinoamérica, el Sur

de Asia y África están produciendo grandes flujos de emigración desde los países más pobres a los más ricos. Esta situación está generando el espectro de pequeñas embarcaciones cruzando el Mediterráneo y grandes cantidades de gente presentándose en la frontera entre México y Estados Unidos (Agnew, 2023).

Este tema ahora es una cuestión política explotada en todo el mundo por la derecha nacionalista-populista, aunque la demanda de trabajo barato en vista del envejecimiento de las poblaciones en Estados Unidos y Europa Occidental que necesitan cuidados e ingresos fiscales para pagarlos hace que la probabilidad de reducir estos flujos sea indudablemente muy escasa. Esto representa una geometría del poder global que no se refiere solo al dominio de los Estados entre sí, sino que alude también al funcionamiento del poder en el espacio en varias modalidades distintas y con una gran diversidad de actores. También se refiere a lo que ocurre *dentro* de los Estados respecto a la distribución espacial de los costes y beneficios de esta o aquella estructuración del poder (centralizado-descentralizado, patrocinado-ideológico, etc.) Un ejemplo de ello es la pugna entre los gobiernos estatales de California y Texas por el sistema de distritos electorales de las elecciones federales y la aplicación de las normas de inmigración federales.

Un ejemplo aún más significativo es el hecho de que la riqueza de distintos países actualmente suele estar muy influida regional y localmente en el seno de dichos países (véase Moretti, 2012). A consecuencia de las economías de aglomeración o la vuelta a la especialización, por ejemplo, California representa un porcentaje mucho mayor del crecimiento de la productividad de Estados Unidos que el resto del país en los últimos tiempos debido a la importancia de las industrias de alta tecnología ubicadas principalmente en ese estado (Figura 3). La mayoría del resto de los estados, a excepción de Texas, tienen un crecimiento de productividad muy bajo o negativo a lo largo del periodo 1998-2024. Gran parte del atractivo nacionalista-populista de Trump y su movimiento «Haced que América Vuelva a ser Grande» (*Make America Great Again, MAGA*) en el partido republicano se basa en una mezcla de nostalgia y ansiedad de estatus en lugares y regiones arrumbadas por sus antiguas industrias y relaciones socioeconómicas que en tiempos se consideraban prometedoras, como los hogares en que había una única persona que ganaba un sueldo, que solía ser un varón, y las jerarquías étnicas en quien dominaba la política local y nacional, y

Figura 3. No todo Estados Unidos es California: la medida de la productividad relativa en PIB por trabajador 1998-2024 en Estados Unidos.



Fuente: Bureau of Economic Analysis, Departamento de Comercio de los Estados Unidos (2025).

el resentimiento hacia los lugares que han tenido más éxito a causa de la globalización y los cambios tecnológicos, como California (Agnew y Shin, 2020).

Las concepciones geopolíticas clásicas ven el poder como invariablemente centrado y orientado hacia algunos lugares y Estados que dominan a otros y/o restringen territorialmente la cooperación y la inclusión popular. Pero esto no significa que la jerarquía geopolítica basada en la dominación haya sido eclipsada. Nada más lejos, según vemos en 2025 con la imposición unilateral de aranceles por parte del gobierno de Estados Unidos de una forma arbitraria y claramente politizada (como en el caso del arancel del 50% impuesto a las importaciones de Brasil como castigo por el procesamiento al presidente anterior que también había intentado anular ilegalmente unas elecciones). Es evidente que Estados como Estados Unidos, Rusia y China siguen ejerciendo un poder militar y una influencia enormes en todo el mundo, aunque el equilibrio entre ellos haya cambiado recientemente con una aparente ventaja del tercero sobre los otros dos, a pesar de que estos tengan superiores recursos militares. China se beneficia del dominio de las tierras raras que se necesitan para las aplicaciones informáticas y la inteligencia artificial, la ausencia de lógica geopolítica estadounidense clara en sus políticas con China mientras que la demonización de la Unión Europea sustituye las inquietudes por la influencia que puedan tener en Estados Unidos regímenes autoritarios como China o Rusia, y la particular concentración de Estados Unidos en las Américas deja potencialmente el resto del mundo disponible para las iniciativas de China (Luce, 2025).

No obstante, la persistente interdependencia estratégica global, en materia de flujos de capital global, comercio, flujos de emigración y conectividad financiera desvirtúa el argumento en favor de que surja una única geometría de poder global basada totalmente en la rivalidad entre imperios y las esferas de influencia. Sin embargo, queda enteramente en manos de los dioses como se desarrollará en los próximos años la pluralidad de geometrías, y las consecuencias que tendrá para todos los demás protagonistas que actualmente siguen disfrutando de una relativa libertad de acción en todo el mundo.

Trump: destructor y creador del orden geopolítico mundial y el significado de la paz²

Colin Flint

La política exterior del presidente Donald Trump presagia un nuevo orden geopolítico mundial. Este hecho era previsible según el enfoque de economía política del análisis de sistemas-mundo y lo efectivo que resulta para poner de relieve los imperativos estructurales y los ciclos hegemónicos. Nos encontramos en una época de declive hegemónico de EEUU, aunque permanezca la estructura de centro-periferia dominante en la economía-mundo. Las instituciones para gobernar las relaciones económicas y geopolíticas que fundó EEUU al finalizar la Segunda Guerra Mundial están siendo desmanteladas por Donald Trump. En cuanto líder del hegemón en declive, Trump está tratando de diseñar un nuevo orden mundial para conservar los años dorados de «grandeza». Lo más probable es que este intento de renovar la hegemonía fracase. Hay muchas formas en que se podrían plantear estas argumentaciones. Yo voy a destacar el cambio del significado de la paz.

Como John Agnew dice en el ensayo que da inicio a este foro, las opiniones y los análisis actuales están repletos de la «geopolítica de esto» y la «geopolítica de aquello» hasta tal punto que nos estamos quedando desconcertados sobre la naturaleza y el significado de los actuales cambios geopolíticos. Se están creando nuevas geometrías, como expone Agnew, pero los imperativos estructurales permanecen. Reconozco el valor de un enfoque histórico y que esas dinámicas geopolíticas actuales son la expresión del cambio en diversas geometrías. El motor de estos cambios es un fenómeno estructural, el declive de la hegemonía de EEUU y el proceso de transición geopolítica. El marco teórico del análisis de sistemas-mundo distingue una economía-mun-

2. Recibido el 2 de abril de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

do capitalista que ahora es global, la necesaria existencia de desigualdad en una jerarquía centro-periferia y una geografía política multiestatal (Wallerstein, 2003). Aunque la jerarquía sea permanente las dinámicas de poder dentro del sistema multiestatal son estimulada por la competición que, desde los inicios de 1800, ha adoptado la forma de auge y declive de un hegemon. La geopolítica del sistema y la competición hegemónica son una forma de geopolítica que entremezcla procesos económicos y políticos, superando así la confusión explicativa de la «geopolítica de esto o aquello».

Las dinámicas cíclicas de hegemonía han creado épocas de relativa estabilidad en los modelos geopolíticos globales (Taylor, 1999). El Concierto de Europa y la Guerra Fría son ejemplos de estos órdenes geopolíticos mundiales. Las épocas de declive hegemónico y el auge de un nuevo hegemon son épocas de transición geopolítica. Creo que estamos atravesando una de estas épocas. Esta es una afirmación alarmante porque previas transiciones geopolíticas han conllevado, puede que requerido, épocas prolongadas de guerra global (Flint, 2024). La Primera Guerra Mundial y la Segunda se sitúan en una época de transición geopolítica en que la hegemonía británica estaba siendo sustituida por la estadounidense.

¿Nos estamos aproximando a una época de guerra global o llevamos ya un tiempo en una época de este tipo? Quizá los ataques terroristas del 11 de Septiembre de 2001 y la consiguiente Guerra contra el Terrorismo fueron los inicios de una época de guerra que conllevó una coalición internacional que luchaba contra un actor no estatal. Sin embargo, épocas de guerra globales anteriores se han producido entre coaliciones de Estados, y no entre Estados frente a un actor no estatal. Me inclinaria a sostener que hay indicios de que sea muy posible una guerra global interestatal, aunque el modelo de los adversarios no esté claro. ¿Podría EEUU ser capaz de reunir una coalición de aliados en vista de la negatividad del presidente Trump hacia la OTAN? ¿Querrían o serían capaces Rusia o China de convertir el desafío planteado a Estados Unidos en una guerra? ¿Se aliarían? Esto son incógnitas, evidentemente, pero la importancia de la guerra en épocas de transición geopolítica crea un imperativo para la perspectiva de otra época de guerra global, donde hay que tomar en serio el posible uso de armas nucleares (Flint, 2024). Esta perspectiva bélica invita a un ámbito de debate centrado en la variable geografía política de la paz.

La paz es una idea controvertida. Y ninguna paz es pacífica. La paz es más bien un proceso en marcha en que el equilibrio entre ganadores y perdedores cambia al establecerse nuevas formas de relaciones de poder y convertirlas inevitablemente en el tema de nuevos retos entre bandos descontentos (Flint, 2011). Así es en todas las escalas políticas y continúa siendo relevante en el establecimiento de los órdenes mundiales y las transiciones. El orden mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial estableció dos ideas importantes o significados de la paz. Advertan, por favor, que las ideas fueron contradichas por los hechos. No obstante, las ideas son la base de la lógica y la estabilidad del orden mundial. Las dos ideas establecidas por EEUU fueron la autodeterminación nacional y el desarrollo.

La autodeterminación nacional supuso el fin de un orden mundial basado en los imperios (Peet, 2009). El presidente Franklin D. Roosevelt estaba convencido de que la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial no implicaría que Gran Bretaña pudiera conservar su imperio, lo que molestaba mucho al primer ministro Winston Churchill (Toye, 2010). Al contrario, los países se liberarían de las restricciones imperiales. Hago hincapié en que esta era la idea, y que es fácil encontrar ejemplos en que EEUU permitió que hubiera retrasos en la autodeterminación nacional por sus propios intereses. Por ejemplo, la crisis de Suez de 1956 dejó claro que EEUU no toleraría aventuras militares cuyo objetivo fuera mantener el poder europeo en Oriente Medio. En vez de ello, la «libertad» reinaría.

Esta idea se complicó por la incapacidad de la hegemonía estadounidense para ser un proyecto global. La Unión Soviética ofrecía la ideología opuesta del comunismo y junto con la República Popular de China y el control soviético de la Europa Oriental supuso que la inmensidad de Eurasia quedaba excluida de la influencia de Estados Unidos. El desmantelamiento de los antiguos imperios supuso un éxito parcial para la hegemonía estadounidense. Sin embargo, esa parcialidad permitió a Estados Unidos presentar sus ideas de forma contraria a una ideología alternativa. La autodeterminación fue de la mano de la idea de democracia. Es evidente que en la práctica era una envoltura típica que encubría el apoyo a regímenes autoritarios que anulaban el debate político y la sociedad civil.

El fin del imperio significaba el desmantelamiento de la desigualdad entre la metrópolis y la explotación económica colonial. La ideología era el «desarrollo». *Los Estadios del Crecimiento Económico* de W.W. Rostow (1960) fue el texto seminal que fomentó todos los tipos de proyectos de desarrollo donde la geografía tenía una gran implicación. Por ejemplo, las geografías del transporte proponían modelos de desarrollo de sistemas nacionales que pronosticaban el desarrollo que iba desde el «Tercer Mundo» a los sistemas «modernos» (véase Abler, Adams y Gould, 1971). Se creía que la idea de desarrollo liberaría a la sociedad de las ataduras de las desigualdades centro-periferia, consideradas persistentes y necesarias desde la perspectiva de los sistemas mundiales de la economía mundial capitalista.

La autodeterminación nacional y el desarrollo no eran sólo ideas sino prácticas geopolíticas. Requirieron la creación de instituciones para traducir las ideas en conductas obedientes por parte de otros Estados. La Asamblea General de las Naciones Unidas fue la joya de la corona en la idea de igualdad de voz para los Estados recién independizados. Las agencias de la ONU tomarían ideas sobre qué era el desarrollo y las pondrían en práctica. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial ayudarían a financiar la transformación de las economías, pasando de la dependencia a la toma de decisiones (Chang, 2009). Todo fue una farsa.

Por el contrario, el desarrollo mediante la aplicación de políticas de libre comercio mantuvo la desigualdad utilizando las teorías económicas preponderantes que prometían crecimiento económico pero que desencadenaron nuevas geometrías de dependencia. Si los gobiernos no se creían el engaño e intentaban llevar a cabo políticas alternativas la CIA, otra institución creada al principio de la hegemonía estadounidense, hacía trampas para que los gobiernos sumisos se mantuvieran en el poder (Talbot, 2015).

Estos eran los mecanismos institucionales y las representaciones geopolíticas que crearon las geometrías de lo que se llamó paz en el orden mundial de la hegemonía de EEUU. Estas geometrías están siendo desmanteladas activamente por el presidente Trump. Y al hacerlo creará un nuevo orden mundial con nuevas geometrías. China está creando sus propias instituciones globales, como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura y, junto con una serie de proyectos de infraestructura de ámbito mundial en la Iniciativa Franja y Ruta, fomentando una nueva visión de la paz que adopta la forma de «cooperación sur-sur» que se pretende que sea «mutuamente beneficiosa». Aunque estos proyectos y la retórica que se relaciona con ellos son un rasgo del cuestionamiento de China a la hegemonía de EEUU es muy improbable que alteren la estructura centro-periferia de la economía-mundo. Las nuevas geometrías que se están creando y las anti-guerras que se están desmantelando pueden abordarse planteando un nuevo significado de la paz.

El presidente Trump ha criticado duramente a las Naciones Unidas. Él ha creado lo que vislumbra como una alternativa, la Junta de la Paz (*Board of Peace*). Hay una sensación entre los comentaristas y muchos líderes políticos de que si la Junta se ignora puede que desaparezca sin más. Ha sido descrita como una «chorrada» (*nothingburger*) (Jones, 2026). Pero la Junta es una manifestación de apoyo de unas nuevas geometrías geopolíticas que EEUU ha catalizado sea la Junta algo o nada. Los estatutos de la Junta alegan que apoya el Derecho Internacional, pero los planes para reconstruir Gaza con poca participación de los palestinos desmienten esa afirmación. El preámbulo hace hincapié en que la Junta «se apartará de enfoques e instituciones que han fracasado demasiado a menudo», refiriéndose obviamente a las instituciones del orden posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero incluso aunque la Junta dure poco es un claro indicio de que los axiomas de la geografía política posteriores a la Segunda Guerra Mundial se están desvaneciendo. Las ideas y las prácticas de la autodeterminación y el desarrollo se basaban en el supuesto de la integridad y la soberanía territoriales, respaldado por las interpretaciones del derecho internacional. Esta geometría se ha visto debilitada.

Después de la captura del presidente venezolano Maduro, y cuando la ambición de EEUU para apoderarse de Groenlandia de una manera o de otra seguían vivas, y cuando estaban en camino los preparativos para desencadenar una guerra contra Irán, *Fox News* emitió una crónica con un fondo donde mostraba la cara de Donald Trump y el titular «Un impulso global para la paz». Esta «paz» es un nuevo imperialismo en que EEUU cree que tiene el derecho de apoderarse de un territorio si lo considera necesario por seguridad económica y valor estratégico. Estos objetivos dobles subyacen tras el deseo de anexarse Groenlandia. El secuestro de Maduro al principio parecía una vuelta al mercantilismo y la diplomacia de cañoneras, pero tras la intimidación

para propiciar un gobierno sumiso parece una nueva expresión de imperialismo. Los motivos para la guerra contra Irán nunca se aclararon porque se utilizaron mensajes confusos. Pero la guerra ha repetido las pautas de la Guerra Fría que suprimían cualquier tipo de oposición al orden del hegemon. La concepción fundamental de la doctrina de Truman, tal y como se recoge en la publicación del Consejo Nacional de Seguridad-68, era que «una derrota en alguna parte [...] es una derrota en todas partes» (USNSC, 1950). No se puede permitir ninguna alternativa ideológica.

A la vez los hechos que reproducen la nueva concepción del hegemon pueden tolerarse, según parece. El débil apoyo a Ucrania y la disposición a dejar margen a las reivindicaciones territoriales de Putin encuentran eco en el concepto de Trump de que el poder autoriza todo y el territorio está disponible para apoderarse de él. Taiwan está preocupado con motivo. La antigua geometría de la integridad territorial parece que ya no existe. Las reglas de un nuevo orden mundial están claras. Pero la longevidad del orden es cuestionable.

Una consecuencia de la política exterior de Trump es que las necesidades de seguridad de EEUU pueden ponerse en riesgo. Su actitud hacia Ucrania parece favorecer los objetivos de Rusia y debilitar la OTAN, el bastión defensivo del flanco atlántico de EEUU. La incitación a la violación de fronteras establecidas da ánimos a la reivindicación de China a Taiwan, aunque la invasión no parece ser inminente. Y la guerra contra Irán parece motivada por los imperativos de seguridad de Israel y puede muy bien provocar la pérdida de apoyo de los Estados aliados del Golfo, o al menos su desconfianza hacia EEUU como aliado estable y fiable.

Una última cuestión, el nuevo orden mundial que Trump imagina niega lo que es probablemente la mayor amenaza a la seguridad a que se ha enfrentado alguna vez la humanidad, el cambio climático global. El nuevo orden mundial que Trump está tratando de crear abre el paso a guerras territoriales que apenas han estado presentes desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial y es un freno a la cooperación internacional que se ocupe de la seguridad humana en el contexto de un planeta que se está calentando. Surgirán concepciones alternativas del orden mundial. Quizá una forma de confucianismo propuesta por China sea una serie de prácticas y retóricas que sitúen al país como nuevo hegemon enfrentándose a una crisis global. La cuestión es si la competición entre las distintas alternativas se decidirá mediante la diplomacia o la guerra global.

¿Hacia una geopolítica hipnocrática?³

Virginie Mamadouh

A medida que transcurre 2026, el segundo mandato del presidente estadounidense Donald Trump ya está bien avanzado y se acercan las trascendentales elecciones de medio mandato, mientras que él ocupa un lugar destacado en todo el mundo, tanto con palabras como (anuncios de) acciones, en titulares de noticias y redes sociales. Muchos, de sus amigos y sus enemigos, ven que está perjudicando, casi sin ayuda de nadie, el orden internacional coproducido con la hegemonía de EEUU desde la Segunda Guerra Mundial.

Hay muchas formas de analizar los acontecimientos que se están desarrollando desde una perspectiva geopolítica. Una consiste en explorar los imaginarios geográficos y las representaciones geopolíticas que intervienen. Por consiguiente, es tentador analizar las narrativas geopolíticas originadas por el presidente Trump y su gobierno. En medio de declaraciones improvisadas y audaces, las reivindicaciones de continuidad y legitimidad se realizan mediante la reapropiación histórica de doctrinas y narrativas geopolíticas del pasado. En su primer mandato, la visión del presidente Trump se interpretó a menudo como un retorno al aislacionismo (sobre las visiones geopolíticas pendulares de EEUU, véase Dijkink, 1996) y un repliegue del escenario global. En su segundo mandato, él concibe la proyección del poder estadounidense en el mundo y moviliza los imaginarios geográficos del siglo XIX para legitimar la vuelta del expansionismo estadounidense asociado al concepto de Destino Manifiesto (*Manifest Destiny*) (véase Jones, 2025), y la preo-

3. Recibido el 24 de mayo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

cupación por la seguridad hemisférica asociada a la doctrina Monroe (véase Dodds, 2025). Dichos gestos geopolíticos requieren una evaluación crítica, planteándolos como problema tanto en su contexto original como en su reactivación actual.

Además, el espectáculo asociado al trumpismo (Miller 2021) puede ser abordado desde la perspectiva académica de las Relaciones Internacionales inspirada por los filósofos franceses Debord y Baudrillard. Presumiblemente da lugar a una «geopolítica de tabloide» (*tabloid geopolitics*) (Debrix, 2003, 2007, 2008) de todo tipo. En comparación con la Guerra del Golfo de 1991 que inspiró a Baudrillard y la Guerra contra el Terror (Global) estudiada por Debrix, cuando los medios de comunicación (televisión por satélite) controlaban la cobertura informativa de la guerra y de la política internacional, podría llamarse una geopolítica de tabloide a lo grande, potenciada por las redes sociales (para consultar análisis del primer mandato de Trump a través de Baudrillard, véase también Weber, 2017 y Richardson, 2019).

En este breve análisis, mi intención es destacar cómo las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (las redes sociales que potencian el desplazamiento infinito como TikTok, la traducción automática mediante grandes modelos lingüísticos (*Large Language Models*) y las Inteligencias Artificiales generativas) han creado nuevas posibilidades mediáticas (Adams, 2007), que influyen tanto en la producción, como en la circulación y la recepción de las narrativas geopolíticas. En resumen, el presidente Trump actualmente encarna una nueva forma de hacer geopolítica en una «hipnocracia» (*hypnocracy*).

Para percibir el cambio, es esclarecedor viajar en el tiempo y visitar su primer discurso inaugural del 20 de enero de 2017, cuando anunció que «Desde este día en adelante, solo va a ser ¡Estados Unidos lo primero! ¡Estados Unidos lo primero! (*América first! America first!*)». Lo que importa en este caso es que el discurso fue un suceso mediático global, conmocionando al público de todo el mundo y provocando reacciones. Pocos días después, el humorista holandés Arjen Lubach emitió un video «Estados Unidos lo primero, los Países Bajos lo Segundo» (*America first, the Netherlands Second*), en su show satírico semanal, creado para presentar a los Países Bajos al nuevo presidente. Al imitar el estilo histriónico del presidente Trump (utilizando una voz de actor para imitarle), y posiblemente su falta de experiencia en la política exterior y su supuesto analfabetismo geográfico, también era autocrítico. Ridiculizaba tanto la orientación atlantista indiscutible de los holandeses y su predisposición a agrandar al nuevo presidente estadounidense, como también el atractivo que les produce una agenda política parecida en la política nacional «volver a hacer grande a nuestro país» (*making our country great again*) —priorizando los intereses holandeses por encima de los europeos y de las normas internacionales—. Por último, pero no menos importante, también era satírico al poner de manifiesto estereotipos sobre el país y sus peculiaridades, tanto factores positivos como curiosidades alabadas o criticadas en muchos casos por emigrantes y turistas.

El video se hizo viral. En la televisión (porque se emitió en programas en el extranjero) y en YouTube. Tuvo 73 millones de visitas para el 3 de febrero. Pero lo que es todavía más importante dio lugar a otra respuesta, por parte de *Neo Magazin Royale*⁴, un show satírico parecido en la televisión alemana ZDF, que protestó, no por la primacía de EEUU, sino por la afirmación holandesa de ocupar la segunda posición. Además, el humorista alemán Jan Böhmermann también retó a otros a realizar videos parecidos para presentar a sus propios países, creando el concurso *Every second counts* (*Cada segundo cuenta*). Las reacciones fueron abrumadoras, se hicieron docenas y docenas de videos parecidos, primero en Europa y luego en otros lugares, donde humoristas y a veces simplemente individuos creativos —recuérdese que era antes de que la IA pudiera hacer videos, clonar las voces e incluso escribir textos— elaboraban mensajes parecidos en que su propio país era el segundo después de Estados Unidos.

Yo reuní 100 videos para una ponencia presentada en el congreso anual de la *American Association of Geographers* (Asociación Americana de Geógrafos), que se celebró en Nueva Orleans en 2018. Con la habilidad de la gente, Wikipedia (2026) ahora indexa 117 videos de 80 Estados, más cerca de 60 de entidades territoriales (como Madeira, Taiwan, la Antártida, la Unión Europea), ciudades, comunidades (pueblos indígenas, el Mundo Musulmán) y lugares imaginarios (Weste-

4. Programa de *late night* satírico alemán presentado por Jan Böhmermann, emitido en ZDF Neo desde 2013 y rebautizado después como *ZDF Magazin Royale* en 2020.

ros). La mayoría repitieron el mismo formato del original holandés, reivindicando una relación privilegiada con EEUU y el segundo lugar para su propio país o comunidad; otros admiten jerarquías más complicadas («*America First, China Second, Canada... third?*»), («*America First, Russia First, Serbia First after that*», («*America First, Poland First*»)), jerarquías regionales («*America First, Namibia First in Africa*») o cuestiones de identidad nacional («*America first, Sweden last*») o «*America first, the UK anywhere above Europe*»).

En 2025 no se observó ningún diálogo de este tipo. Las declaraciones de los políticos y los estadistas se han vuelto tan descaradas que no parece que quepa la sátira —el público no sabría con seguridad si se trata de una parodia o no—. Pero, quizá lo que es incluso más importante, el panorama de los medios de comunicación ahora está tan fragmentado que no hay una sensación de «noticias del día» que llegue a casi todo el mundo al mismo tiempo (como hacía antes el informativo de la noche de la televisión) por lo que no debe concebirse como un comentario satírico general. En cambio, los memes viajan más deprisa en una red topológica de burbujas conectadas, que llegan a ciertos subgrupos, pero permanecen totalmente invisibles o incomprensibles para otros.

Para esclarecer este cambio, son notables las reacciones al deseo, muy divulgado, del presidente Trump de recibir el premio Nobel de la Paz. A finales del verano de 2025, *tweets* de su gobierno presentaron al presidente Trump como el Presidente de la Paz, que ha terminado «siete guerras en siete meses». Fue nominado para el premio Nobel de la Paz por el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu, el presidente argentino Javier Milei y otros estadistas de todo el mundo. El presidente Trump también creó la Junta de la Paz (*Board of Peace*), un nuevo organismo internacional, como alternativa a las instituciones de la ONU, para fomentar la paz en el mundo, de la que se le nombró presidente vitalicio.

En octubre de 2025, cuando se anunciaron los premiados, quedó claro que el presidente Trump no recibiría el premio. No obstante, Netanyahu envió una imagen de IA donde se veía a Trump recibiendo en su presencia una enorme medalla Nobel (Times of Israel, 2025). En noviembre de 2025, Gianni Infantino, el presidente de la FIFA anunció la creación de un premio de la paz de FIFA, «El fútbol une al mundo» (*Football Unites the World*), «un galardón que reconoce las acciones excepcionales para la paz y la unidad, concedido en nombre de todos los amantes del fútbol de todo el mundo». Se premió al presidente Trump el 5 de diciembre (unos días antes de la ceremonia del premio Nobel de la Paz en Oslo) en el Sorteo del Mundial en Washington.

A mediados de enero de 2026, la auténtica laureada, la líder de la oposición venezolana María Corina Machado, visitó al presidente tras la intervención de EEUU en Caracas para capturar al presidente de Venezuela Maduro y a su esposa. Ella propuso compartir el premio de la paz con el presidente Trump, pese a numerosas declaraciones de Comité del Nobel de la Paz de que era imposible. Al final Machado entregó su medalla del Nobel de la Paz al presidente Trump, quien la aceptó y se quedó con ella.

El motivo para referirme a esta serie de bochornosos sucesos es que podrían haber sido perfectamente las bromas de unos cómicos, comentando la noticia de la obsesión, muy divulgada, del Presidente por el premio Nobel de la Paz. Pero como estaban ocurriendo en realidad, no quedaba mucho margen para intervenciones satíricas. En cambio, el rumor en las redes sociales se ha convertido en una corriente infinita de comentarios, blogueros de videos, comentando los *tweets* y videos originales, del presidente Trump o las reacciones de otros. Estos videoclips pueden ser utilizados como armas para ratificar sesgos, confirmando lo grande que es el presidente o, contrariamente, qué perturbado está, pero —y lo que es más importante— están distribuidos por algoritmos a sus respectivas audiencias, un rasgo de la hipnocracia en que se ha convertido nuestra sociedad.

Tomó prestado el término hipnocracia del ensayo *Ipnocrazia: Trump, Musk e la nuova architettura della realta* (Xun, 2024, 2025). El ensayo examina la repercusión que tienen los algoritmos y la inteligencia artificial en la sociedad en general, y es el resultado de un diálogo del filósofo italiano Andrea Colamedici interactuando con IAs generativas (Claude Sonnet 3.5 y Chat GPT -4o, más específicamente). El ensayo plantea la existencia de un «nuevo régimen de poder que no funciona por coacción, sino mediante la sutil manipulación de la conciencia» destacando el funcionamiento hipnótico de las redes sociales. En una economía de la atención lo que importa es la inducción del trance (no la representación de la realidad): «Figuras como Donald Trump y Elon

Musk no son excepciones sino arquetipos de este sistema, que hipnotiza al público por medio de crisis, espectáculos y contradicciones».

El ensayo tiene pretensiones académicas, pero no dialoga con la literatura académica. Debería leerse como un ensayo provocador. Resulta complicado apropiarse de un concepto acuñado por un experimento, en lugar de dialogar con la creciente literatura académica sobre el impacto de las redes sociales en la sociedad y la política (especialmente el autoritarismo). Sin embargo, parece más apropiado hablar de una geopolítica hipnocrática que usar una expresión como «geopolítica de TikTok» para poner en primer plano el desplazamiento infinito que magnifica el trance —sobre todo porque la expresión podría interpretarse como una geopolítica del TikTok, o una geopolítica de prohibiciones y otras políticas dirigidas a esa aplicación en particular—.

Si es correcto este diagnóstico de nuestra difícil situación actual, las consecuencias son profundas. En una hipnocracia las narrativas no tienen por qué ser coherentes ni razonables y eso también se aplica a las narrativas geopolíticas. Para estudiarlas, la geopolítica crítica siempre ha planteado representaciones compartidas, una visión geopolítica, una estrategia geoestratégica, un argumento que crea orden en el mundo, un mapa de amigos y enemigos, una investigación de amenazas y oportunidades. Estas ideas supuestamente eran bastante estables, y representaban orientaciones a largo plazo para la identidad nacional y la política exterior de un Estado —por ejemplo, Dijkink (1996); Van der Wusten y Dijkink (2002)— o vocabularios compartidos en una época específica —por ejemplo, Agnew (2003) sobre la geopolítica naturalizada, civilizatoria e ideológica—.

En una geopolítica hipnocrática, las narrativas ni siquiera pretenden crear orden. El presidente Trump puede ser tanto el presidente de la paz como *twitear* sobre la aniquilación de Irán, puede simultáneamente abrir o cerrar el estrecho de Ormuz. Además, sufriendo las consecuencias, su público nacional y extranjero también puede oscilar fácilmente entre narrativas contradictorias. ¿Convierte esto en redundante el estudio de los imaginarios geográficos y representaciones geopolíticas? Probablemente no, pero necesitamos nuevas herramientas para analizarlas, comprender cómo se combinan en un conjunto contingente e investigar cómo influyen en las acciones.

Más que nunca, es importante revelar los cambios sobre el terreno: la transformación material, la transferencia de riqueza, la redistribución del poder (véase la contribución inicial de Agnew sobre «las nuevas 'geometrías' del poder global»). Pero más que nunca es probable que este conocimiento tenga escasa repercusión en el debate público. Si la hipnocracia es hegemónica crea la realidad y es capaz de absorber y asimilar la disidencia. Deshacer el hechizo será complicado. Aprender de qué forma navegar por la perpetua disrupción originada por las redes sociales y las IAs generativas (la capacidad de «vivir el trance sabiendo que lo estás viviendo» porque no existe nada fuera del trance, según Xun y Colamedici) podría ser la habilidad más importante que podríamos ayudar a nuestros estudiantes a dominar... o que podríamos aprender de ellos, los nativos de la hipnocracia.

Altergeopolítica hoy: tenemos silbatos⁵

Sara Koopman

La actual pluralidad de las geometrías sobre la que escribe Agnew también incluye un auge de la altergeopolítica. Ante la utilización cada vez mayor del poder explícitamente coercitivo para controlar el espacio y las personas que contiene, esas personas están recurriendo cada vez más al poder cooperativo utilizado espacialmente para cuidar los unos de los otros e incluso prosperar, para vivir bien.

Agnew escribe de forma concluyente sobre las distintas formas de utilización poco precisa del término geopolítica, y alega que así «la (g)eopolítica actualmente puede referirse a cualquier

5. Recibido el 5 de mayo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés, y revisado por S. Koopman. Este trabajo fue financiado por el Ministerio de Educación de la República de Corea y la Fundación Nacional de Investigación de Corea (NRF-2025S1A6B5A02004223).

tipo de despliegue de poder sobre el espacio en diversas modalidades y realizado por muy diversos agentes, y puede conllevar autoridad, seducción, manipulación y consentimiento, así como dominación mediante coerción». Lo que no se expresa es por qué estos agentes hacen todo esto. Tradicionalmente, la geopolítica se presentaba como una actividad que se realizaba para garantizar la seguridad de una nación, pero Agnew sugiere que la acumulación y la codicia están desempeñando un papel cada vez más importante. Definitivamente así lo siento yo, viviendo en la cleptocracia (y kakistocracia⁶) en que los Estados Unidos se está convirtiendo. Se ha prestado menos interés al control del tablero de ajedrez que a afanar tantas piezas de ajedrez como se pudiera. Y entonces cuando la pérdida de una parte importante del tablero (digamos el estrecho de Ormuz) pone en riesgo esas piezas almacenadas (digamos que el capital apuesta y conspira), hay conmoción y pánico.

Altergeopolítica en el mundo

He sostenido (Koopman, 2011, 2023) que la (alter)geopolítica también se lleva a cabo por un agente que no se ha planteado en el artículo de Agnew: la gente corriente, uniéndose para crear diversas formas alternativas de seguridad mediante la solidaridad. El despliegue de poder en el espacio que realizan suele implicar el movimiento de sus propios cuerpos, reuniéndolos de diversas formas para lograr una seguridad mayor. Escribí sobre el modo en que los acompañantes lo hacen en Colombia, colocando el cuerpo de los que tienen menos probabilidades de ser atacados al lado de los que están amenazados por su trabajo por la justicia y la paz de modo que juntos estuvieran más seguros.

Desde entonces otros autores han señalado cómo se ha producido esta táctica en otras formas y lugares⁷. Swanson (2015) explica cómo en la plaza de Tahrir, en Egipto, los manifestantes se mantuvieron juntos para permanecer seguros y crear un espacio liberado con relaciones sociales diferentes. En las multitudinarias protestas de la India de los agricultores en 2020-21 sus cocinas comunitarias públicas y gratuitas tuvieron tanta importancia como las marchas de tractores. Essex (2014) señala de qué forma estuvieron haciendo altergeopolítica con un enfoque en la seguridad alimentaria para todos cuando exigieron un precio de apoyo mínimo para sus cosechas.

Pero hacer una lista de estos ejemplos por países de esta manera cae en una lógica westfaliana de Estados-nación, la cual muchos de estos proyectos complican y desbaratan. El trabajo de Moradi (2023) sobre el modo en que los activistas kurdos hacen altergeopolítica apunta a esto, así como de qué forma este trabajo puede ocurrir de maneras sutiles, incluyendo el uso de vestidos y danzas tradicionales, en situaciones de extrema represión. Hill (2019) escribe sobre la organización antinuclear internacionalista durante la guerra fría que promulgó la altergeopolítica intentando literalmente cruzar las fronteras nacionales, en marchas a emplazamientos nucleares. Hay muchos más ejemplos de personas que se reúnen para crear formas de seguridad alternativas para ellos mismos y para otros. El movimiento para la abolición de la policía y las cárceles está reuniéndolos en *millionexperiments.com*.

La recopilación de proyectos de economía alternativa que hizo Gibson-Graham (2008) fue lo que primero me inspiró a buscar esas alternativas. Del mismo modo que estas alternativas no se encuadran por completo fuera del capitalismo ni lo sustituyen, las formas de seguridad alternativas no suelen darnos plena seguridad, sino mayor seguridad —al menos durante un tiempo, como Rowley y Weldes (2012) añadieron a mi planteamiento inicial—. Pero en estos proyectos no se trata sólo de vivir con seguridad sino de vivir bien, vivir con dignidad y justicia, incluso *vivir sabroso* como lo expresa el movimiento afrocolombiano.

El énfasis inicial (2011) al definir la altergeopolítica era el modo en que los cuerpos se reúnen para crear formas de seguridad alternativas no violentas. Este planteamiento ha sido ampliado provechosamente a las formas en que los objetos y cuerpos no-humanos también forman parte de esta convergencia y desempeñan un papel activo (Benwell, Núñez y Amigo, 2021; González,

6. «Kakistocracia» (literalmente, gobierno de los peores) es uno en que los gobernantes son los menos calificados y menos escrupulosos.

7. Me baso en esta sección en el capítulo que escribí sobre la Paz (Koopman, 2026) en el reciente *Handbook of Feminist Political Geography*, que es una nueva fuente estúpida.

Reveco y Benwell, 2023). En Colombia los acompañantes a menudo llevan banderas blancas, pero Benwell *et al.* (2021) alegan que en Chile en las protestas de 2019-2020 una versión negra de la bandera nacional formaba parte del deseo de imaginar y crear otra forma de estar juntos como nación. Esto forma parte de un interés creciente en toda la geopolítica crítica, en términos generales, en el papel de lo material (Squire, en Koopman *et al.*, 2021; Sharp, 2023).

Altergeopolítica en Minnesota

Los silbatos han desempeñado un papel fundamental en la creación de formas de seguridad alternativas mediante la solidaridad frente a los ataques más que severos del gobierno de Trump a los inmigrantes. Primero fueron muy utilizados en Chicago, en el primer incremento de enormes cantidades de miembros del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (ICE) y otros agentes federales en una ciudad azul (demócrata y no republicana) desde septiembre a diciembre de 2025. La oposición fue tan intensa que en diciembre el ICE se cambió a una ciudad azul mucho más pequeña (Minneapolis/St. Paul en el estado de Minnesota) y la inundó de un número mucho mayor de nuevos agentes. Parecía una ocupación militar. La gente veía habitualmente que sus vecinos eran secuestrados de forma violenta, y encontraba coches encendidos en mitad de la carretera de los que la gente había sido sacada a rastras.

Frente a este asalto, aprovechando el músculo organizador y las redes creadas en las protestas por el asesinato a manos de la policía de George Floyd en Minneapolis en 2020, los vecinos organizaron redes de respuesta rápida. La táctica se propaga velozmente y se facilitaron silbatos a mucha gente que los llevaba en el cuello, listos para usarlos. Una persona que viera un secuestro empezaría a pitar con el silbato, otra escribiría al chat del vecindario en la aplicación segura Signal y pronto un grupo estaría pitando el silbato y grabando. A veces estas acciones resultaban suficiente para que los agentes del ICE retrocedieran. A veces disminuían la violencia del arresto. Algunos de los que acudían a la escena se interponían para detener o aminorar la violencia, pero la táctica más común era retroceder y documentar, para notificar a la familia y recabar rápidamente apoyo legal, y así disminuir algo la violencia. Demostrar la solidaridad de los vecinos, que no estás solo, aunque no se pueda detener esto inmediatamente, también contribuyó a reducir el terror.

Causar temor y terror eran definitivamente el propósito de estos ataques. Muchos emigrantes permanecieron en sus casas durante meses, aunque tuvieran legalmente derecho a estar en EEUU. Se abordaba de forma habitual a gente negra u oscura, y muchos ciudadanos también fueron aterrorizados. En un giro irónico y doloroso, también se detuvo a personas indígenas. De ellos, tres miembros de la tribu Sioux Oglala fueron retenidos en lo que era el Fuerte Snelling, utilizado como campamento de internamiento de los nativos durante el invierno de 1862-63, y donde muchos murieron. Las detenciones se hacían en general sin orden judicial, puesto que el ICE declaró que ya no la necesitaba —contraviniendo la constitución de EEUU—. Meses después, el estado de Minnesota está investigando por fin los cargos de secuestro en un incidente especialmente atroz en que el ICE irrumpió en una casa y sacó por la fuerza a un ciudadano estadounidense mayor en ropa interior y lo dejó fuera, donde hacía un frío enorme. Hay imágenes de este secuestro tomadas por vecinos pitando que se están utilizando en el caso.

La presencia protectora ofrecida por los vecinos se convirtió en patrullas habituales a pie, haciendo turnos para sentarse en restaurantes y tiendas de comestibles étnicos que podían ser objetivo con mayor probabilidad, y lo que llegó a llamarse «desplazamiento» (*commuting*), o conducir detrás de los vehículos del ICE. Los vecinos también ayudaron a hacer mandados y llevar víveres a los que se quedaban en casa para que hubiera menos riesgo de que les atacaran. Incluso gente que tenía menos probabilidades de que les pararan llevaba a la facultad en coche a estudiantes de grado de color. Toda esta situación recibió una amplia cobertura mediática en EEUU y fue con diferencia la campaña de acompañamiento más publicitada desde que se regularizó la táctica en los años 80.

La repercusión mediática llegó a su cumbre cuando el ICE asesinó a Renée Good, de 37 años, en su coche el 7 de enero de 2026, cuando su esposa estaba fuera del coche grabando a los agentes del ICE junto a otros espectadores pitando con sus silbatos. Esta represión les fue con-

traproducente, y los días siguientes hubo una mayor cantidad de gente que salió para apoyar a sus vecinos. El 24 de enero, a solo unas manzanas de distancia, agentes de la Patrulla de Fronteras mataron a Alex Pretti de 37 años, Él les había estado grabando con su teléfono, dirigiendo el tráfico en torno a ellos, y acababa de acercarse para ayudar a otro espectador pitando con su silbato que había sido derribado por un agente, interponiéndose entre ellos. Sorprendentemente, una vez más, incluso tras un segundo asesinato, más gente se unió a la presencia protectora.

Estas tácticas están siendo adoptadas de manera preventiva por todo EEUU, e incluso hay lo que se ha venido en llamar “instrucción de brigadas del silbato» en Cleveland esta semana. Ha habido enorme número de instructivos en internet para «vigilar al ICE», que animan a la gente a establecer redes de respuesta rápida para adelantarse. Quizá esta sea la mayor oleada de gente que utiliza estas tácticas, aunque cada vez haya un mayor reconocimiento de que las tácticas de lo que se llama cada vez más «protección civil desarmada» se llevan a cabo espontáneamente por comunidades en zonas afectadas por conflictos en todo el mundo. Los silbatos, por ejemplo, se han venido utilizando en Camerún durante años como sistema inicial de alarma para avisar de la violencia (por venir) —aunque en general va dirigido a que la gente huya del área en vez de apresurarse a llegar a la escena y a veces el silbido se hace solo con la boca imitando a los pájaros para que sea más seguro (López, Bliesemann De Guevara, Julián, Mascapac y Okello-Orlale, en prensa)—.

Altergeopolítica en todas partes y todos los días

¿Cómo puede ser geopolítica algo a escala tan pequeña como vecinos pitando ante los oficiales del ICE? Demasiado a menudo la geopolítica se sigue concibiendo solamente, como señala Agnew aquí, como la política exterior de los Estados basada en las «realidades» de la geografía física, o como él considera que está cambiando, asuntos de política exterior más generalmente en un contexto geográfico. ¿Pero qué se entiende cómo política exterior? ¿Permitir la venta tan libre de armas en EEUU que inundan México y Centroamérica, alimentando la violencia que lleva a la gente a marcharse, paradójicamente, a menudo a la fuente de dichas armas? ¿Denigrar a los emigrantes, especialmente a los que tienen la piel inconveniente, de los países inconvenientes? Lo que puede parecer una política interior cotidiana está involucrada en la «política exterior».

La relación no es en una única dirección. Cuando acuñaron el término geopolítica feminista, Dowler y Sharp (2001) alegaron que las prácticas cotidianas configuran la reconstrucción de la nación y de lo internacional, igual que el discurso geopolítico global configura la vida cotidiana y los cuerpos. El discurso geopolítico puede entenderse no solo como representación sino también como la manera en que la geopolítica está incorporada en las prácticas cotidianas, como mirar bien a un coche para ver si es del ICE. Señalan a la forma en que lo cotidiano responde y cambie las fuerzas aparentemente inmutables. Lo personal no es lo contrario de lo nacional o lo global. Están coproducidos, es decir, que están constantemente (des)haciéndose mutuamente. No somos solo peones que se manejan desde arriba en el supuesto Gran Juego de la geopolítica.

Podemos hacer altergeopolítica todos los días, en nuestros vecindarios, con silbatos y más. Estos elementos no son independientes de la geopolítica, sino que están configurados por ella y la configuran tanto en el tiempo como en el espacio. En la década de 2020 ha habido una escalada de resistencia civil y levantamientos no violentos en todo el mundo. Gente protegiéndose mutuamente se ha convertido en un elemento cada vez más fundamental para estos procesos de organización. Las tácticas viajan rápido. Los hongkoneses nos enseñaron a poner conos de tráfico sobre los proyectiles de gas lacrimógeno. Las barricadas utilizadas profusamente en América Latina aparecieron en Minneapolis para impedir que el ICE entrara en los vecindarios. Una flotilla de pequeños barcos privados está llevando provisiones no sólo a Gaza sino ahora también a Cuba.

¿Cuál es la forma del nuevo orden geopolítico al que vamos? ¿U órdenes? No creo que sólo esté en manos de los dioses, como dice Agnew en su conclusión. Sí, parece que estamos en movimiento hacia una nueva época geopolítica con más agresión territorial, economías más cerradas y más represión (Cairo y Agnew, 2026). Pero frente a una ascendente marea de odio, una de las nuevas geometrías del poder es claramente el aumento de la fuerza de la gente por todo

el mundo moviéndose a sí mismos en los tableros de ajedrez, uniéndose en nuevas formas para estar más seguros juntos y apoyándose mutuamente para vivir bien. ¿Es lo suficiente para cambiar la forma original global de este orden geopolítico? Seguramente más en algunos lugares y momentos que en otros.

Las «geometrías» políticas del cambio climático⁸

Simon Dalby

La/s inseguridad/es de los combustibles fósiles

Gran parte del debate actual sobre geopolítica y las propuestas de nuevas «geometrías» globales, parafraseando el uso que Agnew (2026) hace del término de Massey (1999), mantienen viejas suposiciones sobre el planeta como un contexto dado para la política de poder y la competencia económica. Las anteriores alarmas sobre el cambio climático y la urgencia de abordarlo mientras aún hay tiempo para hacerlo han sido recientemente eclipsadas para interesarse por la competición económica, la repercusión de los aranceles comerciales internacionales del gobierno de Trump y, una vez más, la guerra en el Sudoeste asiático. La rivalidad entre las grandes potencias vuelve a estar a la orden del día; cuál podría ser la nueva geometría de los asuntos internacionales es, para la mayoría de los expertos, una cuestión importante. Pero contar con una biosfera funcional donde se desarrolle el gran juego de la política del poder se da sin más por supuesto.

La Ciencia de los Sistemas de la Tierra plantea de forma muy clara que esta suposición es falsa (Rockstrom *et al.*, 2024), pero dicha ciencia es generalmente ignorada por las élites políticas que se ocupan de prioridades más inmediatas relacionadas con el modo en que se desarrolla el gran juego de los Estados. Se presta poca atención a cuestiones fundamentales de la forma en que la economía política, y fundamentalmente los sistemas de energía que alimentan las sociedades actuales, están configurando el contexto futuro tanto para las superpotencias como para todos los demás (Boyd, 2026). El segundo gobierno de Trump ha redoblado la apuesta por la importancia del petróleo en el ejercicio del poder estadounidense; la intervención en Venezuela y el apresamiento de petroleros en alta mar indica una política cultural nostálgica que representa que la posesión de potencia de fuego es la principal virtud en el mundo de nuestros días (Dalby 2024).

En lo que queda de la Casa Blanca, los debates políticos obviamente no se ocupan del clima. El segundo mandato de Trump ha planteado de forma explícita que las negociaciones sobre el clima y los esfuerzos para crear una infraestructura de energía renovable están debilitando a los Estados europeos. El «Secretario de Guerra», designado así por Trump, exigió al Pentágono que dejara de ocuparse de «la basura del cambio climático» y se concentrara en el combate. La energía se vuelve a equiparar a los combustibles fósiles, la fuente de energía que parece importar. Todo lo demás es una distracción, en el mejor de los casos, y una amenaza para los intereses estadounidenses, en el peor. Venezuela e Irán son importantes porque tienen petróleo; los lugares seriamente afectados por los extremos del cambio climático sean los barrios residenciales destruidos por los incendios de Los Ángeles, las inundaciones en Texas o Pakistán, o los Estados africanos afectados por la sequía, no importan en absoluto. En los círculos de seguridad donde el cambio climático se toma en serio, ahora se trata principalmente de adaptación militar y de obtener acceso a las fuentes de materias primas para nuevas tecnologías armamentísticas (Lamain, Marijnen, Edwards y Jeurssen, 2026).

El cierre del Estrecho de Ormuz a principios de 2026 provocó el caos en el suministro del sistema global de combustibles, y las fluctuaciones del mercado fueron una consecuencia inevitable. El petróleo es fundamental porque de él depende una gran parte de la economía global. Las extrañas disposiciones de marketing que transfieren las distantes perturbaciones del suministro a cambios de precio casi instantáneos en las gasolineras para los motoristas han provocado implicaciones políticas locales que la mayoría de los gobiernos toman en serio.

8. Recibido el 1 de mayo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

En algunos aspectos se trata de una antigua historia geopolítica. En los años 1970 la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) alcanzó notoriedad tras la guerra de 1973 entre Israel, Siria y Egipto, y el boicot de los productores de petróleo a los Estados que habían colaborado con las acciones militares de Israel en dicho conflicto. Peter Odell (1970) actualizó frecuentemente su texto de Penguin Books sobre *El petróleo y el poder mundial* en los años 70 destacando la importancia del petróleo para la economía global. Amory Lovins (1976) se lamentaba de que las élites políticas estadounidenses no lograran aprovechar la oportunidad para replantearse la política energética de forma más drástica y, de paso, reducir la vulnerabilidad de los Estados a las fuentes de suministro distantes. La doctrina de Carter de 1980, que declaraba que el petróleo de la región era una prioridad de la seguridad nacional de Estados Unidos concentró la atención en la región. La guerra entre Irán e Irak de los años 80 volvió a destacar la importancia del petróleo; la marina estadounidense escoltó a navíos «con nuevos pabellones» por el Golfo. La respuesta a la ocupación iraquí de Kuwait en 1990, que desembocó en la Primera Guerra del Golfo, demostró que era una doctrina que había que tomar en serio.

A pesar de que el shock del petróleo de los años 70 apresuró la diversificación de fuentes de petróleo y produjo debates tanto sobre la conservación y utilización más eficiente de la energía como sobre la innovación tecnológica en relación con la electrificación, la dependencia general de la economía global del petróleo no se vio alterada radicalmente. La seguridad energética se definía en clave de suministros fiables de combustibles fósiles a precios razonables. Pese a las alteraciones que se han producido en el último medio siglo, se sigue entendiendo habitualmente en esos términos. Mientras esto siga siendo así, garantizar el suministro continuo de combustible desde las regiones productoras y su transporte hasta donde se quema para obtener energía seguirá impulsando gran parte de la geopolítica, dejando a los consumidores vulnerables a interrupciones lejanas y a los caprichos de los mecanismos del mercado global que originan precios volátiles.

Estas son lecciones de política que aún no han sido adoptadas por numerosos gobiernos, entre otras cosas porque, ante la rentabilidad que proporcionan los combustibles fósiles a algunas corporaciones importantes y la fuente de ingresos que supone para los países productores, resulta que los Estados tienen prioridades más urgentes que la seguridad energética duradera de las poblaciones vulnerables. Las campañas políticas activas contra las medidas de política climática han empeorado la situación (Timmons Roberts, Milani, Jacquet y Downie, 2025). Las manipulaciones del precio a corto plazo para mitigar el enfado por los precios del combustible son generalizadas, pero la planificación a largo plazo para reducir las vulnerabilidades recibe un trato injusto. Tras el ataque ruso a Ucrania en 2022 los Estados europeos buscaron fuentes alternativas de gas natural, y durante el proceso cambiaron la dependencia que tenían de los suministros rusos por suministros estadounidenses, en lugar de hacer hincapié en lo necesario de desenganchar completamente su economía del gas. ¡No es de extrañar que el gobierno de Trump censure las iniciativas de los europeos para desarrollar los sistemas de energía eólica y solar!

La incapacidad de la mayoría de los Estados para alejarse de los combustibles fósiles acelera la tercera vulnerabilidad procedente del uso de combustibles fósiles, la acumulación de trastornos climáticos que se están manifestando en incidentes climáticos extremos, descongelación de las capas de hielo, y perturbaciones agrícolas y económicas generalizadas. Cómo serán las futuras geometrías políticas depende en parte de la forma de desarrollarse de las respuestas a la crisis actual del Estrecho de Ormuz. Si, como aparentemente desea el gobierno de Trump, el mundo apuesta firmemente por el uso de combustibles fósiles y se logran obtener beneficios del aumento del precio del petróleo, las consecuencias a largo plazo serán todavía peores en lo que respecta a las alteraciones del clima y la inestabilidad política.

La novedad en esta época, a diferencia de lo que ocurrió en los años 70, es la creciente repercusión del cambio climático en la economía global y en los pueblos y lugares de todas partes. En términos de si Trump es una anomalía o el mensajero de un nuevo orden geopolítico, parte de la respuesta dependerá del modo en que los Estados y las corporaciones respondan a la crisis energética provocada por su participación en los planes de Netanyahu para producir por la fuerza un cambio de régimen en Teherán. Si aprovechan la oportunidad para abandonar rápidamente la dependencia de los combustibles fósiles puede que surja un nuevo orden geopolítico, y el nostálgico abrazo del gobierno de Trump a un orden geopolítico basado en la potencia de fuego puede,

incluso, paradójicamente, acelerar la transición alejándose de él y convirtiéndose en un orden más interesado en la seguridad planetaria. De no lograrse se presagia una aceleración del caos climático y ulteriores inseguridades que pueden a su vez originar más conflictos cuando los regímenes estatales se esfuercen por ejercer el control.

Tres geometrías políticas futuras

Están surgiendo otras opciones, puesto que la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (*United Nations Framework Convention on Climate Change*) de 1992 y el Acuerdo de París de 2015 no han conseguido hasta el momento recortar de forma significativa las emisiones de gases de efecto invernadero, entre otras cosas porque la convención anual ni siquiera planteó que los combustibles fósiles eran la principal causa de los problemas de cambio climático. La Conferencia Internacional para la Transición más allá de los Combustibles Fósiles celebrada en Santa Marta en abril de 2026 es notable porque su «geometría» es configurada por Colombia y los Países Bajos, que son los copatrocinadores del Congreso (Friedman, 2026). El creciente apoyo que ha recibido un tratado de no proliferación de los combustibles fósiles, cuyo objetivo es cortar los suministros impidiendo nuevas extracciones de combustibles fósiles, ha obtenido apoyo de ambos Estados, que son vulnerables al cambio climático, y de los Estados que se preocupan de que no les pille por sorpresa que los ingresos estatales se vean reducidos por una rápida descarbonización de las economías.

Estas coaliciones de interés emergentes, apoyadas por organizaciones de la sociedad civil, y cada vez más por normativas legales internacionales centradas en la necesidad de combatir el cambio climático, hacen pensar que la geopolítica de la energía probablemente adopte nuevas formas en décadas venideras motivadas por la mayor conciencia de la gravedad de los futuros impactos y el fracaso de Estados que históricamente han emitido gases de efecto invernadero para proporcionar ayuda financiera a los que sufren las consecuencias. Aunque puede que las superpotencias tradicionales ignoren dichos esfuerzos, al menos en un futuro previsible, las posibilidades de disposiciones novedosas son evidentes. En la medida en que persisten las rivalidades tradicionales entre las superpotencias y la remilitarización de la política internacional continúa, dichas actividades retrasan la cooperación sobre el clima (Toal, 2024). Puede que derivar materiales y recursos de las tecnologías energéticas innovadoras a los sistemas armamentísticos también dificulte todavía más la innovación energética.

No obstante, los sistemas energéticos novedosos que no se basan en los combustibles fósiles se están extendiendo con rapidez. Este hecho indica una geometría política futura, complementaria, en materia de provisión de energía. Al menos hasta ahora la creciente importancia de las renovables, las baterías y el impulso eléctrico, se ha añadido a los sistemas existentes de combustibles fósiles en vez de sustituirlos del todo (Bradshaw, 2026). El dominio de China de tecnologías novedosas y sus inflados acuerdos comerciales en lo que solía llamarse el Sur Global plantean la posibilidad de que haya nuevas formas de desarrollo que no dependan de los combustibles fósiles. Tras la crisis de combustibles de 2026 muchos Estados y corporaciones pueden estar dispuestos a ser más innovadores en planificación anticipada. Evidentemente, los productores de petróleo también pueden estar mirando al futuro y asumiendo que el punto álgido del petróleo está, por fin, a la vista. Quizá la decisión de 2026 de los Emiratos Árabes Unidos de abandonar la OPEP, con su sistema de cuotas de producción, ¿anuncie un cambio para extraer tanto petróleo como puedan mientras siga habiendo mercados lucrativos donde venderlo?

China es fundamental en este ámbito porque es el productor principal de las tecnologías de energía eólica y solar, pero también por innovar electrificando numerosas partes de su economía. Pese a que se deberían tratar con precaución las lecciones de la historia de la economía política en las nuevas circunstancias del presente, ha ocurrido en el pasado reciente que los poderes hegemónicos han basado su superioridad en sistemas energéticos, los británicos en el siglo XIX con el carbón y los estadounidenses con el petróleo. El auge posterior del gas natural como nuevo combustible no ha seguido ese mismo patrón, pero es evidente que el poder económico y político procederá del dominio de los nuevos sistemas energéticos que están surgiendo en res-

puesta a los inminentes peligros de la aceleración del cambio climático. No es difícil argumentar que la obsesión de Trump con el petróleo está acelerando efectivamente el ascenso de China.

En tercer lugar, si el cambio climático y las cuestiones más amplias de la transformación ecológica del sistema terrestre se toman en serio en los próximos años, entonces una cartografía muy diferente de los lugares de importancia deberá dar forma a las futuras «geometrías» planetarias. La Ciencia del Sistema Tierra plantea actualmente que es necesario que algunas partes fundamentales del sistema terrestre sean mantenidas como componentes funcionales para que el conjunto del sistema permanezca relativamente estable en condiciones aproximadamente parecidas a las existentes durante el periodo del Holoceno, los últimos 12.000 años de historia planetaria (Rockstrom *et al.*, 2024). Si fracasamos el sistema cruzará varios umbrales y caerá en lo que probablemente sean condiciones más cambiantes, que hagan que las sociedades humanas a gran escala sean mucho más difíciles de sostener. Consideradas en estos términos las geometrías que importan incluyen el mantenimiento de la funcionalidad del sistema de las selvas amazónicas, el mantenimiento del hielo de los polos, la reducción del deshielo del permafrost y la circulación de vuelco meridional del Atlántico (conocida como AMOC, siglas en inglés de *Atlantic Meridional Overturning Circulation*) que contiene gran parte de la circulación oceánica.

En estos términos los lugares tienen una importancia diferente en relación con la geopolítica. Las armadas de la OTAN llevan mucho tiempo ocupándose de supervisar y controlar la actividad naviera y naval en lo que se conoce como la brecha (*gap*) de Groenlandia, Islandia y el Reino Unido. Aunque ha afectado fundamentalmente al acceso naval de Rusia al Atlántico, en el futuro, si el cambio climático se toma en serio, su importancia radicarán en si continúa fluyendo la Corriente del Golfo, una parte fundamental del AMOC. Si esta corriente fluyera mucho más lentamente, o se detuviera por completo, como según estudios recientes será cada vez más probable a lo largo de este siglo (Portmann, Swingedouw, Khattab y Chavent, 2026), cambiará gran parte del resto del sistema climático de la Tierra. Esta situación tendrá todo tipo de efectos dominó políticos que son difíciles de predecir precisamente debido a que dependerán, al menos en parte, de la flexibilidad con que los sistemas económicos y políticos puedan para entonces hacer frente a contextos cada vez más inestables. Entonces será posible plantear de forma retrospectiva que Trump fue cuando menos responsable indirectamente de un nuevo orden geopolítico mundial dado su reiterado empeño para poner obstáculos a políticas climáticas muy necesarias.

¿Qué geometría futura?

La política del momento, dominada por el foco mediático interminable sobre los embustes de Trump, y la cuestión de Ormuz en particular, está determinando de forma inevitable cómo se desarrollará la configuración ecológica futura del planeta. Si las lecciones de la vulnerabilidad de los combustibles, en cuanto a alteraciones del suministro, volatilidad de los precios y perturbaciones climáticas, son incorporadas en las acciones políticas y corporativas en los próximos años habrá posibilidades de acelerar la transición para desligarse de los combustibles fósiles. Adoptar la vía de la energía suave, por usar la vieja terminología de Lovins (1977), ofrece las posibilidades de futuros más benignos donde el cambio climático se desacelere y se facilite la adaptación a los cambios que ya están en el sistema,

Si no lo hacemos, y tomamos la vía difícil de extracción aún mayor de recursos y combustión, todo hace pensar que se perpetuarán las relaciones conflictivas entre Estados y el aumento de inseguridades para las sociedades. Dicha vía, y al menos el segundo gobierno de Trump parece resuelto a moverse de esta manera y obstaculizar el desarrollo de los sistemas energéticos eólicos y solares, probablemente dificultará cada vez más abordar los trastornos a medida que se acelera el cambio climático. De hecho, retrasarlo demasiado tiempo puede desbaratar por completo las posibilidades de construir sociedades sostenibles (Laybourn, Evans y Dyke, 2023).

Enfrentarse a las amenazas existenciales que supone la creciente inestabilidad climática a su vez potenciará las convocatorias que están aumentando rápidamente de intervenciones climáticas artificiales en forma de geoingeniería solar (Beech, 2025). A su vez este hecho puede añadir más giros a las geometrías políticas emergentes; los aspirantes a hegemones futuros podrían estar tentados de utilizar la ingeniería climática como herramienta de gestión política prometien-

do la posibilidad de un futuro seguro bajo un cielo gestionado de forma artificial (Hickman, 2025). La geopolítica ya no trata del dominio de espacios y el control de las poblaciones y los recursos; ahora trata fundamentalmente de las futuras consecuencias de las formas de control que utilizan los ricos y poderosos en su pugna por el dominio político. La incapacidad de los gobiernos de Trump para entender este hecho hace que ese futuro sea más complicado de lo necesario.

Nuevos desórdenes geopolíticos: el centro no debería mantenerse⁹

Jo Sharp

Si se toma al pie de la letra, parece que el régimen de Trump 2.0 carece de orden geopolítico por completo. Una lista de aranceles aparentemente aleatoria marcó la pauta inicial en su segundo mandato, en que antiguos aliados recibían el mismo nivel de aranceles o incluso más elevado que el de los enemigos, y algunos de ellos al parecer fueron impuestos meramente como respuestas caprichosas a desaires personales (por ejemplo, Brasil, que no solo no había votado por el trumpista Bolsonaro, sino que le había encarcelado por corrupción). Las certezas geopolíticas que proporcionaban los aliados y las «relaciones especiales» quedaron relegadas al olvido.

El ataque feroz del vicepresidente Vance contra Europa y la OTAN en Davos en 2025 parecía apuntar a un «choque de civilizaciones» en la línea de Samuel Huntington (1993), siendo la crítica que hace a Europa la más hostil, motivada aparentemente por una nueva forma de «posliberalismo» que explica el viraje populista hacia un líder «fuerte» en EEUU, y el alejamiento de la democracia, el pluralismo y la tolerancia.

En cuanto los teóricos geopolíticos empezaron a responder a este giro aparentemente aislacionista, Trump puso sus miras en poseer Groenlandia, amenazando con apoderarse del territorio de un aliado de la OTAN, y después tan pronto como se asistió al surgimiento de la «Doctrina Donroe» el ejército estadounidense atacó Venezuela, deteniendo al presidente Maduro y llevándoselo para juzgarlo.

¿Quizá el nuevo orden mundial iba a volver a las esferas de influencia hemisféricas de más de 100 años atrás? Rusia había invadido Ucrania y parecía que en la respuesta de Trump había más admiración que censura. Los comentaristas se preguntaban si esto habría dado a China el visto bueno tácito para ocupar Taiwan.

Pero de nuevo, antes de que se hubiera calmado la situación, EEUU e Israel atacaron Irán. Los estadounidenses no explicaron ningún objetivo claro, y parecía que no se había previsto en absoluto la capacidad de respuesta de Irán. En el momento de escribir este texto (mayo de 2026), el control de Irán de la estrecha entrada navegable al Estrecho de Ormuz tiene la economía global en un puño. Aunque Trump insista en que esta situación tiene un impacto mínimo en EEUU, ha sacudido considerablemente tanto la economía como la reputación de seguridad de los países del Golfo, ya había tenido efectos nefastos en los países del Sudeste asiático y amenaza con una recesión global.

A este ritmo vertiginoso, las «nuevas geometrías» del poder global de Trump (véase Agnew en este foro) parecen quedar fuera del alcance de los teóricos de la geopolítica. ¿La incapacidad (bastante asombrosa) del gobierno de Trump para identificar la vulnerabilidad geográfica de Ormuz se debía al despido masivo de las personas que tenían conocimientos de geopolítica y de diplomacia, o formaba parte de un plan estratégico, cuya complejidad estaba aún por desvelarse? Basándose en una metáfora geopolítica familiar, los comentaristas se han dividido sobre si Trump está jugando una partida de ajedrez multidimensional endiabladamente ingeniosa, o si él sólo se ha comido las piezas (por parafrasear el podcast *The Rest is Politics US*¹⁰).

9. Recibido el 22 de mayo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

10. *The Rest is Politics US* es un podcast de análisis político centrado en la actualidad de Estados Unidos, presentado por Katty Kay y Anthony Scaramucci [Nota de la Trad.].

Por un lado, no cabe duda de que muchas cosas están cambiando. Los argumentos de política convencional sobre las consecuencias determinísticas de la geografía están siendo desbaratados si no conceptualmente sí por la naturaleza cambiante del propio entorno. La obsesión de Trump con Groenlandia no era solo una fantasía pasajera sino el reconocimiento del cambio emergente en la importancia geopolítica de esta región a medida que se derrite el hielo y las rutas sin hielo durante todo el año se abren a la navegación, y el retroceso del hielo deja al descubierto la posibilidad de acceder a los tipos de tierras raras que de otro modo tendrían que ser extraídos de África central o adquiridos en China. Lo paradójico de que sean precisamente los procesos que los populistas de derecha como Trump insisten en que son «*fake news*» —por ejemplo, el cambio climático provocado por el ser humano— los que impulsan esta nueva oportunidad geopolítica no pasa desapercibida para la mayoría de los comentaristas. Si bien existen oportunidades de enriquecimiento en el Ártico, estos mismos procesos están generando amenazas existenciales para los Estados del Pacífico, obligando a países como Tuvalu y Vanuatu a replantearse el significado de la identidad jurídica en un contexto donde el propio Estado se encuentra bajo el agua (Dalby, 2023). Ninguna insistencia en la primacía de las fronteras puede detener la fuerza del aumento del nivel del mar.

Asimismo, la naturaleza de la diplomacia parece que se ha mezclado. El rechazo aparente de Trump de la utilización de los canales diplomáticos, y el lenguaje diplomático, ha elevado la intensidad del compromiso —y convertido en bastante carente de significado la distinción de Ó Tuathail (1996) entre geopolítica formal, práctica y popular—. El sistema de controles y contrapesos que podrían haber configurado y moderado las repuestas de EEUU a las acciones de los enemigos —o incluso a las de los amigos en la actualidad— parecen haber sido desechados en favor de un único punto de respuesta no regulado.

Mientras que muchos líderes estatales se han estremecido y han redoblado sus esfuerzos a través de los canales oficiales, el régimen iraní ha intentado utilizar la misma difusión en redes sociales que Trump y ha transformado de forma efectiva la narrativa usando ellos también diversos memes de respuestas rápidas de la IA.

Pero pese a estos cambios bastante superficiales, puede que incluso performativos, hay mucho que sigue básicamente invariable. En primer lugar, el gobierno posliberal de Trump ha abandonado la atención que antes prestaba EEUU a la persuasión, la diplomacia y la negociación, y ha adoptado un lenguaje de amigos y enemigos, pero solamente difiere en el grado en comparación con la insistencia de George W. Bush en que los Estados tras 2001 estaban «o con nosotros o con los terroristas». Desde una perspectiva geopolítica feminista, la personificación masculinista de la agencia geopolítica se redobra en lugar de ser básicamente diferente. Esta masculinidad guerrera (Dalby, 2008; Sharp, 2007) es especialmente espectacular en el video corto del Departamento de Guerra *Justicia, a la americana (Justice, the American Way)*, donde cortes inundados de testosterona de películas taquilleras —desde *Top Gun* hasta *Gladiator*, pasando por *Braveheart*— se unen con imágenes tomadas desde drones de la campaña de bombardeos contra Irán. Pero esto se repite en el sitio web del Departamento, donde la letalidad del armamento estadounidense se yuxtapone con imágenes del régimen de ejercicios y «cuidado personal» del Secretario Hegseth y de la familia (blanca y heteronormativa) en el centro del ejército. Estas son celebraciones de la masculinidad vulgares y sin complejos, pero no difieren demasiado de versiones anteriores. Así como ocurría con la «Guerra contra el Terror» de George W. Bush, el corolario interior de la masculinidad guerrera —en ambos casos, parcialmente justificado por la figura de las mujeres musulmanas reprimidas— es una «vuelta» a los papeles de género «tradicionales» —no es una coincidencia que la «mujer-tradicional» (*trad-wife*) haya surgido como fenómeno cultural en el Estados Unidos del MAGA—.

En segundo lugar, aunque puede que el lenguaje de *America First* de Trump sea geopolítica clásica, está claro que su economía geopolítica no lo es. A pesar de su insistencia en que la seguridad energética de Estados Unidos implica que EEUU se libraría de lo peor de los aumentos del precio de petróleo por el cierre de Ormuz, esta actitud es ingenua en cuanto a la naturaleza global de los mercados del petróleo —y especialmente el diesel (Lindner, 2026)—. O quizá es enteramente consciente de ello. La incertidumbre económica y la elevación de los precios del petróleo son terribles para el sector industrial, pero proporcionan excelentes oportunidades para los operadores bursátiles (*market traders*). Solo entendiendo la naturaleza «en forma de K» de la

economía estadounidenses tiene sentido la guerra de Irán: en tanto que el sector industrial experimenta un freno, y la mayoría de la población se verá afectada por los costes más altos del combustible y las materias primas, los inversores bien conectados han visto como obtenían importantes beneficios financieros mediante la especulación —quizá con la ayuda de algún informador interno— con las fluctuaciones del precio del petróleo que ha provocado aparentemente grandes acumulaciones de riqueza. Pero de nuevo, aunque el grado y la naturaleza aparentemente sin complejos de este tráfico de información privilegiada es nuevo, y obtiene una atención considerable, la utilización del conocimiento interno por parte de figuras de la administración de EEUU no lo es, como confirma la existencia de las páginas web de seguimiento bursátil del Congreso, que permite a otros seguir las pautas efectivas de las inversiones de los integrantes del Congreso (especialmente las de Nancy Pelosi, que ha obtenido tres veces más que el operador medio desde 2014)¹¹.

Si estas tendencias son efectivamente la demostración de que se aproxima el fin del imperio estadounidense, ¿qué predicen? En medio de este caos aparente, China se ha relajado, contenta aparentemente de adoptar el papel del hegemón estable, como afirmaba una portada de la revista *The Economist*, citando *El Arte de la Guerra* de Sun Tzu: «nunca interrumpas a tu enemigo cuando esté cometiendo un error» (4/4/26). Puede que la consecuencia más significativa sería que el dólar estadounidense perdiese su lugar como divisa de reserva mundial. Después de Bretton Woods, ha proporcionado estabilidad apoyando los valores del dólar requeridos para la inversión exterior de EEUU, cimentando en última instancia el estatus hegemónico. El *quid pro quo* del uso del dólar para las ventas del petróleo, claro está, consistía en que EEUU proporcionaría seguridad a los Estados del Golfo, que ha propiciado que se reinventaran como lugares seguros para la inversión y el turismo. La incapacidad de EEUU de proteger a los Estados del Golfo de los ataques con drones de Irán, el cierre temporal de los aeropuertos de la zona, y el posterior éxodo de *influencers* e inversores, ha repercutido seriamente en la marca del Golfo.

A esto se añade que Irán está exigiendo que se paguen los peajes en yuanes chinos o en criptomonedas. Algunas ventas de petróleo se hacían con monedas que no eran dólares antes de la guerra reciente, pero da la impresión de que independientemente del resultado del conflicto, el vínculo entre el dólar, el petróleo y la estabilidad está sustancialmente roto. Sin la necesidad de retener reservas de dólar para comprar petróleo, el valor de la moneda puede caer, los Bonos del tesoro estadounidenses perderían su aparente atractivo y la posibilidad de que China y los Estados del Golfo reclamen el desembolso podría crear geometrías económicas dramáticamente desestabilizadoras.

Da la impresión de que estamos en el centro de un interregno que experimenta una transición especialmente retardada donde los imaginarios geopolíticos del orden de posguerra liderado por EEUU siguen siendo preponderantes, pero las circunstancias materiales han cambiado. Hace muchos años John Agnew y Stuart Corbridge (1995, p. xi) señalaron de igual modo que los años ochenta fueron «una época de crisis en la geopolítica precisamente porque un viejo orden [estaba] muriendo y no [había] nacido todavía uno nuevo». Así pues «los discursos de la geopolítica toman forma —a veces de forma incómoda y siempre de forma desequilibrada— frente al telón de fondo de una economía política internacional que experimenta crisis periódicas y reestructuración» (Agnew y Corbridge, 1995, p. 7). Los ataques contra EEUU del 11 de septiembre de 2001 y la posterior respuesta militar y cultural estadounidense forjaron este cambio hacia una nueva geopolítica de la «Guerra contra el Terror».

La globalización que benefició a EEUU desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha dejado de apoyar a la economía del país. La tentativa de Trump de imponer aranceles recuerda al intento de Canuto¹² de frenar las olas. La crisis geopolítica, moral y económica de la guerra estadounidense contra Irán podría acelerar la aparición del nuevo orden.

Hay varias geometrías futuras posibles que compiten actualmente por surgir. Podría ocurrir que China se materialice como el nuevo hegemón, o que avancemos hacia una división mundial bipolar o tripolar de tipo más hemisférico entre China, EEUU y Rusia. O quizás la visión de Mark

11. Véase <https://www.quiverquant.com/congresstrading/politician/Nancy%20Pelosi-P000197>

12. Rey vikingo del siglo XI más conocido como Canuto el Grande, que gobernó Inglaterra, Dinamarca y Noruega [Nota de la Trad.].

Carney de una alianza de Estados medianos u organizaciones regionales se haga realidad. Razonablemente, la de Carney sería la única opción que ofreciera de verdad una *nueva* geometría: una geopolítica basada en el reconocimiento de la vulnerabilidad compartida, el reconocimiento de que la cooperación y la colaboración es necesaria para sobrevivir y prosperar, en lugar de una lucha de poder para imponer la voluntad geopolítica sobre un mundo transformado por la globalización económica y el cambio del Antropoceno.

Pero que los Estados adopten el enfoque de Carney es otro tema. Incluso el mismo Canadá ha vacilado. Considerándolo desde el Reino Unido, parece que nuestra política interior imita esta situación global. Por un lado, un Partido Conservador en decadencia y el populista *Reform*, que está en rápido ascenso, imbuidos ambos de nostalgia imperial, continúan insistiendo en la presunción de que Gran Bretaña sigue siendo un Estado de primer nivel, en vez de uno mediano, aferrándose desesperadamente a la idea de que todavía es posible «recuperar el control», como insistían los partidarios del Brexit. Si el auge de *Reform* continúa en las próximas elecciones parlamentarias de Westminster, Gran Bretaña seguirá distanciándose de Europa y adoptando una perspectiva mundial más trumpista. Pero como demostraron las recientes elecciones locales y autonómicas inglesas, está creciendo el apoyo cada vez mayor a una alternativa en contra de esta corriente. Por primera vez, los gobiernos de cada una de las naciones con derechos devueltos estarán encabezados por un partido que pretende la independencia. El *Scottish National Party* ganó su quinta victoria consecutiva y, como los Verdes ganaron más escaños, los partidos que apoyan la independencia conforman una clara mayoría. La desintegración de Gran Bretaña produciría nuevos Estados pequeños que tendrían que mirar hacia Europa y a otras alianzas progresistas en busca de la fuerza de la unión.

Se trata de una perspectiva tentadora, con mayor razón debido al desastre asociado probablemente con las demás opciones.

La preocupación por la seguridad y desasosiego de las guerras de los Estados Unidos¹³

Xiaobo Su

El arma de la crítica no puede, de ninguna manera, sustituir a la crítica de las armas, el poder material tiene que ser derrocado por el poder material; pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra *ad hominen*, y se demuestra que es un argumento *ad hominem* cuando se hace radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz.

Karl Marx Contribución a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel

La inquietud por la seguridad, en teoría, no debería desempeñar un papel importante en los asuntos exteriores de EEUU. La nación nunca se ha enfrentado a una amenaza a su seguridad capaz de poner seriamente en peligro su supervivencia, al margen de unos cuantos desafíos a la seguridad no tradicionales como los ataques terroristas del 11 de Septiembre y el tráfico de drogas. Incluso Mearsheimer reconoce la naturaleza incomparable de la posición geoestratégica de EEUU:

Ningún adversario va a invadir Estados Unidos y amenazar su supervivencia, porque dicho oponente lo más seguro es que acabaría triturado. En definitiva, dos océanos gigantes y miles de armas nucleares defienden actualmente Estados Unidos. Además, no se enfrenta a ninguna amenaza grave en su propio vecindario, puesto que sigue siendo un hegemon regional en el Hemisferio Occidental (2014, p. 11).

13. Recibido el 13 de abril de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

No obstante, pese a estas ventajas y sin apenas riesgos para su supervivencia física, EEUU continúa obsesionado por la preocupación por la seguridad, ocasionada por la inquietud de que las potencias emergentes —desde Alemania a la antigua Unión Soviética, Japón, y ahora China— podrían oponerse a su estatus global dominante.

En respuesta a las amenazas estratégicas que perciben, Estados Unidos ha desplegado una mezcla de instrumentos discursivos y materiales para configurar los perfiles de la política global. Las guerras, sean discursivas o militares, se han llevado a cabo para demonizar o suprimir potenciales adversarios militares; se han forjado alianzas para consolidar un orden mundial jerárquico, y se han impuesto sanciones comerciales para impedir el desarrollo económico de los competidores. A veces, esta sensación subyacente de inseguridad se complicó transformándose en respuestas de política expansiva —desproporcionadas en ocasiones—, incluyendo tentativas de cambiar el régimen en Estados construidos como competidores sistémicos (Alshaibi, 2024; Henriksen, 2022). Dichas estrategias ponen de manifiesto una dinámica recurrente en que los intentos de aliviar la preocupación por la seguridad dan lugar a un ciclo de coacción que se retroalimenta, desembocando en un patrón de intervenciones y sanciones que implican consecuencias significativas y ambiciosas para la geopolítica global. Desde una perspectiva marxista, la cuestión analítica central reside en la interacción entre dominación y resistencia dentro del sistema internacional. En el fondo, esta dinámica refleja la utilización persistente de medidas unilaterales y coercitivas por parte de Estados Unidos para preservar su estatus de supremacía. Recientemente, sobre todo desde el primer mandato de Trump, dichas medidas pasaron a ser más visibles, expansivas y agresivas, contribuyendo a una notable reconfiguración de las geometrías del poder global e intensificando las contradicciones estructurales del orden internacional actual. La crítica discursiva de estas medidas, como subraya Marx, no puede sustituirse por la crítica de las armas para contrarrestar el aventurerismo económico y militar estadounidense, como lo demuestran las recientes guerras contra China e Irán

La guerra templada contra China

Para Trump, la estrategia de impedir el ascenso de China continuaba no a través de alianzas con otras naciones asiáticas, sino a través de su confrontación económica directa. Donald Trump hizo un anuncio en abril de 2018 que decía:

No estamos en una guerra comercial contra China, esa guerra la perdieron hace años la gente tonta, o incompetente, que representaba a Estados Unidos. Ahora tenemos un déficit comercial de 500 mil millones de dólares al año, y un robo de propiedad intelectual por valor de otros 300 mil millones. ¡No podemos permitir que eso continúe!¹⁴.

Para manejar la pérdida, el gobierno de Trump emprendió una guerra comercial contra China imponiendo aranceles en productos chinos por valor de 200 mil millones de dólares estadounidenses, además de los 50 mil millones de dólares impuestos anteriormente en 2018. La guerra comercial no tardó en escalar a una guerra de alta tecnología con restricciones y sanciones contra las empresas chinas. El «América lo primero» (*America First*) de Trump no se limita a explicar la prioridad de los intereses estadounidenses en la política mundial, sino que también rechaza la posibilidad de que Estados Unidos fueran los segundos tras otra nación. A pesar del relativo declive del poder de Estados Unidos en relación con China, Trump rechazó rotundamente la idea de una derrota ante China y procuró subordinar a China, primero a través de una guerra comercial y luego mediante una guerra tecnológica masiva (Layne, 2018).

Para seguir dominando a China, EE.UU. ha dejado de respetar cada vez más las reglas y normas internacionales establecidas. Por ejemplo, en un diálogo en *Made in America* organizada por Semafor en diciembre de 2023, la anterior representante comercial de EEUU, Katherine Tai, defendió los aranceles contra China, afirmando que «los aranceles son parte de la relación bilateral EEUU-China». En vez de abordar las complejidades de la relación económica EEUU-China o el

14. Recuperado de <https://twitter.com/realDonaldTrump/status/981492087328792577>

desarrollo de una competición comercial justa, EEUU ha optado por utilizar como arma la preocupación por la seguridad nacional. Esta estrategia conlleva etiquetar numerosos productos fabricados en China de amenazas para la seguridad de EEUU, y poner casi 800 empresas en la lista de la entidad. Semejantes acciones reflejan un alejamiento de la competencia basada en reglas, que se convierten en medidas más unilaterales y agresivas para frenar el auge de China. Cuando escribieron sobre la inseguridad tecno-geopolítica que deducen del CHIPS and Science Act de EEUU¹⁵, Luo y Van Assche (2023, p. 1) alegaban que la Ley demuestra «un cambio de paradigma que pasa del liberalismo basado en el mercado al tecno-nacionalismo basado en la intervención, anunciando una nueva época de pensamiento de suma cero y priorización geopolítica».

Lo que destaca de la guerra comercial iniciada por Donald Trump y apoyada por Joe Biden es el proceso explícito de disociación económica e incluso el potencial para la desglobalización. Al reflexionar sobre la política de las superpotencias, Chen y Evers (2023) sostienen que los incentivos estructurales de la potencia dominante para impedir el acceso de una potencia emergente a las cadenas de suministro globales pueden desencadenar involuntariamente una reacción que con el tiempo acelere su propio declive. En este caso, la crítica del arma empleada por China para contrarrestar a EEUU se basa en la productividad económica, la modernización industrial y el avance tecnológico. Tras siete años de guerras comerciales y restricciones a la alta tecnología, el comercio global de China sigue firme, y sus grupos industriales de alta tecnología siguen prosperando, como lo demuestra el éxito de empresas chinas en tecnología de 5G, los vehículos eléctricos, los trenes de alta velocidad y otros sectores estratégicos. Debido a los escasos beneficios materiales del enfrentamiento con China, Estados Unidos ha seguido buscando escenarios alternativos donde recuperar su fuerza estratégica. En este contexto, casos anteriores como la presión de EEUU sobre Venezuela ha demostrado la eficacia continua de los instrumentos coercitivos en Estados más débiles, reafirmando la confianza en los círculos políticos dirigentes de EEUU respecto al aventurerismo militar. Esta vez Irán se ha convertido en el objetivo.

La guerra sangrienta contra Irán

La paz y la estabilidad han sido esquivas en Oriente Medio en las décadas que siguieron tanto a la Guerra del Golfo de 1991 como a la Guerra de Irak entre 2003 y 2011. En lugar de estabilizar la región, estas guerras inauguraron un periodo prolongado de fragmentación geopolítica y crisis recurrente. Desde 2023 las tensiones regionales han aumentado notablemente, acompañadas por un deterioro permanente de las relaciones entre Estados Unidos e Irán. Durante la llamada «Guerra de los doce días» en junio de 2025, Estados Unidos llevó a cabo ataques sobre centros nucleares iraníes. La respuesta de Irán a estos ataques fue relativamente moderada y estratégicamente calculada, lo que sugiere una aparente reticencia a intensificar el conflicto mediante una confrontación directa y a gran escala con Estados Unidos e Israel. Sin embargo, esta moderación no se tradujo en una desescalada a nivel regional. Por el contrario, las tensiones continuaron intensificándose, lo que subraya la limitada capacidad de la moderación unilateral para estabilizar un entorno de seguridad cada vez más volátil.

Ante este panorama, el posterior comienzo de la Tercera Guerra del Golfo por parte de Estados Unidos e Israel —sin una justificación legal o normativa ampliamente admitida y expresada de forma clara— señala una nueva escalada. El 28 de febrero de 2026, Estados Unidos e Israel comenzaron una operación militar conjunta preventiva, con el nombre en clave de «Furia Épica» con el objetivo de desmantelar la República Islámica de Irán. La campaña se dirigió contra figuras políticas y militares importantes, altos mandos militares, recursos aéreos, navales e infraestructura estratégica, e incluyó el ataque decisivo en que resultó muerto en un bombardeo el Líder Supremo de Irán en ese momento, Ali Khamenei. Sin dudarlo, la Guardia Revolucionaria Islámica (GRI) respondió con un ataque de represalia a gran escala, denominado «Promesa Auténtica», empleando misiles balísticos y drones suicidas contra múltiples instalaciones militares estadou-

15. Acrónimo de *Creating Helpful Incentives to Produce Semiconductors*, un paquete de incentivos y una ley aprobados por el Congreso de EEUU para aumentar la investigación y fabricación de semiconductores dentro del país, y hacer una apuesta estratégica para reforzar la investigación científica y la innovación en áreas clave como la IA, la computación cuántica, la energía limpia y la biotecnología [Nota de la Trad.].

nidenses por toda la Región del Golfo, así como contra objetivos en el interior de Israel. A la vez, Irán impuso un bloqueo parcial en el Estrecho de Ormuz, perjudicando seriamente el suministro global de petróleo. En el momento de escribir este trabajo, la Tercera Guerra del Golfo continúa, no hay ninguna señal clara de que «la crítica del arma» de Irán sea suficiente para disuadir la continua confianza en la coacción del gobierno de Trump. No obstante, el conflicto ya ha reconfigurado la geopolítica global y producido lo que Agnew describe como «las nuevas geometrías del poder global».

Parece que Irán está adoptando deliberadamente una estrategia de prolongación, con el objetivo de transformar el conflicto en una guerra duradera de desgaste parecida a una «Guerra de Vietnam» del siglo *xxi*. En lugar de buscar una escalada rápida o una confrontación decisiva, este enfoque prioriza la resistencia, la dispersión y la imposición gradual de costos. Aprovechando su profundidad estratégica, sus capacidades asimétricas y sus redes regionales, Irán puede extender el horizonte temporal del conflicto y complicar el entorno operativo al que se enfrentan sus adversarios. El objetivo subyacente es involucrar a Estados Unidos en un compromiso prolongado caracterizado por un gasto material acumulativo, fatiga operativa y tensión política. Con el tiempo, esta estrategia busca erosionar la eficacia militar y el apoyo interno de Estados Unidos. En este marco, el éxito no se define por la victoria en el campo de batalla en términos convencionales, sino por la capacidad de imponer costos desproporcionados, generar una sobreextensión estratégica y, en última instancia, obligar a Estados Unidos, la única superpotencia mundial, a una recalibración o retirada.

La distinción de Marx entre «la crítica del arma» y «el arma de la crítica» subraya que ese enfrentamiento material no puede evitarse en situaciones de conflicto geopolítico. La inversión de Irán en misiles, drones y guerra asimétrica refleja la necesidad de involucrarse en «la crítica del arma» —es decir, respondiendo al poder material con poder material—. Sin embargo, la percepción más profunda de Marx reside en la segunda mitad de la afirmación: la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Esto es particularmente relevante para entender la resiliencia interna de Irán. El marco ideológico de la República Islámica —basada en la teología política, el antiimperialismo y las narrativas de resistencia— ha sido institucionalizado y propagado por medio del Estado y las redes religiosas y sociales. El discurso de la resistencia no es abstracto; se basa en la memoria política vivida y enmarcada como una defensa de la soberanía y la justicia. En este sentido, la ideología «se apodera de las masas» porque conecta circunstancias estructurales (presión externa, desigualdad en el sistema internacional) con interpretación política y moral. Este alineamiento transforma las creencias en capacidad de movilización, haciendo de Irán una auténtica potencia regional con influencia global.

Implicaciones teóricas

La preocupación por la seguridad de Estados Unidos ante supuestos adversarios en muchas ocasiones es menos un reflejo de amenazas materiales, inmediatas, que una narrativa construida que produce y soporta relaciones antagonistas. La proyección de esta ansiedad sobre países como China, Irán y Rusia ha intensificado un dilema de seguridad clásico: las medidas adoptadas por Estados Unidos en nombre de la seguridad provocan contramedidas por parte de estos Estados, lo que a su vez refuerza la percepción de inseguridad de EEUU. A medida que este círculo se intensifica, las relaciones bilaterales se hacen cada vez más agresivas a la vez que se deteriora la estabilidad global general. La guerra comercial entre EEUU y China, y la Tercera Guerra del Golfo son ejemplos de cómo dicha dinámica está reconfigurando la geometría del poder global. En un nivel superficial, estos enfrentamientos se expresan en competición industrial o fuerza militar, haciendo hincapié en la precisión, la escala y la intensidad de la proyección. En un nivel estructural más profundo, tanto la competencia económica como la militar se basan en última instancia en los fundamentos materiales del poder: la producción industrial, la capacidad tecnológica y la resiliencia de las cadenas de suministro. En este contexto, décadas de financiación y desindustrialización han debilitado considerablemente la base industrial de Estados Unidos, cuestionando la sostenibilidad a largo plazo de su capacidad para proyectar el poder y continuar con estrategias de coacción en el extranjero.

Los académicos están de acuerdo desde hace mucho tiempo en que los cimientos estructurales de la supremacía estadounidense (preponderancia material, autoridad institucional y legitimidad ideológica) están soportando una presión simultánea, acelerando en consecuencia la transición que ya está en camino (Arrighi, 2009; Arrighi y Silver, 1999). Si el declive de la supremacía estadounidense es entendido como un proceso gradual, a largo plazo, la Tercera Guerra del Golfo contra Irán puede interpretarse como un umbral crítico, traspasado el cual esta trayectoria se convierte en algo irreversible. Así pues, la cuestión analítica central cambia de cuándo comenzará a declinar la supremacía estadounidense a cómo —y con qué velocidad— se desarrollará este declive. Al mismo tiempo, el desgaste de la capacidad hegemónica crea una mayor inseguridad sistémica, especialmente porque la legitimidad institucional es cada vez más controvertida y centros alternativos de poder amplían su influencia, como ha alegado John Agnew en su análisis de las nuevas «geometrías» del poder global. En este contexto, la cuestión principal pasa a ser cómo desarrollar una «crítica del arma» efectiva que sea capaz de contrarrestar la intervención militar continua de Estados Unidos, mientras que a la vez propicia una perspectiva alternativa del orden internacional basada en la coexistencia pacífica y el desarrollo socioeconómico.

La doctrina de Trump y el Sur Global: ¿el declive del orden liberal internacional basado en reglas o una nueva geometría del orden geopolítico?¹⁶

Ernest Tooichi Aniche

Antecedentes

La Doctrina de la política exterior de Trump, anclada en el mantra de «América Primero» (*America First*) y el eslogan «Haced que América Vuelva a ser Grande» (*Make America Great Again, MAGA*), tiene como objetivo fundamental dar prioridad a los intereses estadounidenses, en ocasiones a costa del sistema tradicional de alianzas, el multilateralismo y el orden liberal internacional basado en reglas. El sentido de la Doctrina es mantener y apoyar la influencia geo-económica y la hegemonía política de Estados Unidos en competencia con China, fundamentalmente, mediante una extraña mezcla de nacionalismo económico, unilateralismo, bilateralismo, aislacionismo e intervencionismo, algunos de los que son de hecho antitéticos al Orden Internacional Basado en Reglas (OIBR) (*Rule-based International Order, RBIO*) o el Orden Liberal Internacional (OLI) (*Liberal International Order, LIO*). Orquestando la reaparición de una geometría única de orden geopolítico global estadocéntrico de la rivalidad territorializada de las superpotencias y el momento actual de guerra comercial global, la Doctrina de Trump tiene una implicación significativa, como señala John Agnew, para las nuevas «geometrías» del poder global (Agnew, 2026).

La Doctrina de Trump y la intensificación de la guerra comercial global: ¿el debilitamiento de África?

La llegada de Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos de América intensificó la competencia económica entre grandes potencias —en concreto, entre Estados Unidos y China— en forma de guerra comercial a principios de 2018. La guerra de aranceles empezó específicamente en enero de 2018 cuando Estados Unidos elevó de repente los aranceles de casi la mitad de sus importaciones de China, incluyendo lavadoras y placas solares importadas de China. Esta pauta continuó en marzo de 2018 cuando impuso un arancel del 10% en el aluminio y el 25% en el acero (Bown, 2019; Lai, 2019; Qiu, Zhan y Wei, 2019; Liu, 2020; Jin, Dorius y Xie, 2022).

China respondió rápidamente con una retaliación arancelaria que afectaba a más del 70% de las importaciones de Estados Unidos, que parece que es la mayor y más prolongada en la recién-

16. Recibido el 4 de mayo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

te historia de la economía. Abarcaba la imposición de aranceles en 128 artículos importados de Estados Unidos, incluyendo productos agrícolas por valor de 2,4 mil millones de dólares en abril de 2018. Como se esperaba, el gobierno estadounidense respondió imponiendo otra lista de aranceles sobre 1.300 productos (principalmente de las industrias farmacéuticas y tecnológicas) por valor de 50 mil millones de dólares. El gobierno chino después emitió otra lista de aranceles impuestos sobre 106 productos, incluyendo coches, aviones y otros productos. La guerra comercial afectó a casi todas las exportaciones chinas, alcanzando un punto donde los aranceles sobre artículos chinos alcanzaron 505 mil millones de dólares. La guerra comercial persistió influyendo en la economía global pese a la firma del acuerdo comercial de Fase-Una en enero de 2020 y a que el gobierno de Biden accediera al poder en enero de 2021 (Maclsaac y Duclos, 2020; Hua y Zeng, 2022).

La guerra comercial global se amplió e intensificó durante el segundo mandato de Trump, superando la guerra arancelaria entre EEUU y China cuando se amplió a sus aliados y socios comerciales tradicionales, como Canadá y la Unión Europea (UE). Éste es el motivo por el que John Agnew ha planteado que 'los aliados tradicionales cuentan poco en el mundo puramente transaccional de Trump (Agnew, 2026). Se amplió incluso a algunos países pertenecientes a los BRICS+ como Brasil y Sudáfrica. La intensificación y expansión de la guerra comercial de imposición mutua de aranceles en los productos especialmente entre Estados Unidos y China puede atribuirse principalmente a los desequilibrios comerciales y el déficit de Estados Unidos debido a la infravaloración de la moneda china y la rivalidad entre los dos países por el dominio tecnológico y económico global (Zhang, 2018; Archana, 2020; Chen, Chen y Dondeti, 2020; Chong y Li, 2019; Kim, 2024).

La guerra comercial entre Estados Unidos y China ha tenido una repercusión negativa en la economía global y en las economías del Sur Global principalmente, especialmente en las economías africanas, a pesar del hecho de que África no interviene de forma relevante en el comercio global (Li, He y Lin, 2018; Liu y Woo, 2018; Fajgelbaum *et al.*, 2024). Así pues, la Doctrina de Trump tiene serias implicaciones para las economías del Sur Global. En tanto que Asia, especialmente Oriente Medio, sigue siendo el principal escenario de luchas geopolíticas intensivas y disputas geoestratégicas, África sólo se ha convertido en uno de los mayores escenarios de rivalidad geopolítica y competencia geoeconómica, desembocando en una pelea renovada por los recursos de las tierras raras de África. Este hecho ha provocado que la antigua dependencia se haya convertido en una nueva dependencia de la división internacional del trabajo, en que las economías africanas no solo dependen estructuralmente de las economías del Norte Global (Estados Unidos y Europa) sino que también están actualmente integradas verticalmente con China (Aniche y Iwuoha, 2025).

El declive del Orden Liberal internacional Basado en Reglas

El OIBR/LIO ha sido cuestionado históricamente, especialmente por China y más recientemente por Rusia (Deudney e Ikenberry, 1999; Ikenberry, 2011; Trachtenberg, 2025). El ascenso de China y quizá el resurgimiento de Rusia se unieron para acelerar el declive del OIBR/OLI. El rápido desarrollo en economía y tecnología de China fue muy determinante para poner en cuestión el OIBR/OLI (Ikenberry, 2018; Mearsheimer, 2019). China fue capaz de utilizar su modelo «no liberal» de financiación de inversiones en infraestructuras, especialmente la Iniciativa de la Franja y la Ruta (IFR) (*Belt and Road Initiative, BRI*), para expandir su esfera de influencia económica en el Sur Global, sobre todo en África y Asia (Charles *et al.*, 2025). Este modelo permitió que China aportara un orden alternativo (no liberal) que permitió que China proporcionara ayuda exterior y préstamos sin interferir en la política interna de los Estados que los reciben. El modelo de financiación de infraestructuras llegó a ser muy atractivo para las economías del Sur Global porque, a diferencia del OBRI/OLI, no se basa en condiciones como los derechos humanos, el cumplimiento de la legalidad, la democracia, la exigencia de buena gobernanza y otras formas de interferencia en la política interior (De Robertis y Tkachenko, 2020).

Además, la rivalidad en el seno del Norte Global o entre los aliados occidentales, como el Brexit y las guerras comerciales, complicaron la caída del OIBR/OLI. Esto marcó el inicio de la

transición de la cooperación a la rivalidad entre los aliados occidentales y los defensores del OIBR/OLI. Para estar seguros, las señales de que el OIBR/OLI estaba en declive precedieron al gobierno de Trump, y, de hecho, los dos mantras principales (*America First* y *MAGA*) de la Doctrina de Trump tenían por objeto proyectar y proteger el interés de Estados Unidos frente a este declive, pero en vez de considerar el OIBR/OLI como un punto fuerte o factor de influencia, lo consideró un problema, obstáculo o punto flaco. Por consiguiente, la respuesta de Trump a la amenaza que suponía China para la hegemonía económica de Estados Unidos fue promover el nacionalismo económico, el proteccionismo, la guerra de aranceles, el unilateralismo, el bilateralismo, y el aislacionismo. En consecuencia, la doctrina de Trump se convirtió en contraria e incongruente con los propios principios del OIBR/OLI, como el libre comercio y el multilateralismo, que es a lo que Agnew (2026) se ha referido como a «la eliminación de la rebaja de aranceles del llamado Consenso de Washington». La expansión de la guerra arancelaria a los aliados tradicionales occidentales de Estados Unidos y copromotores del OIBR/OLI, como la Unión Europea y Canadá, se convirtió en el golpe decisivo que aceleró la caída del OIBR/OLI (Kundnami, 2024; Lake, 2026)

¿Unas nuevas «geometrías» del poder global o se continúa con la antigua geometría única del orden geopolítico?

El declive del OIBR/OLI ha dado lugar inevitablemente a un orden alternativo. Ya no existe un único orden global dominante. El núcleo del argumento de John Agnew no reside en que la actual pluralidad de geometrías no centradas en el Estado, con múltiples actores, haya trascendido por completo la singularidad de la geometría de los actores estatales (Agnew, 2026). Esto es a lo que Agnew (2026) se refería cuando afirmó que la Doctrina Trump parece representar el resurgimiento de un orden geopolítico territorializado, donde prospera la geometría singular de la política de las grandes potencias. ¿Qué es, entonces, este orden alternativo? Mi argumento es que, a pesar de la actual multiplicidad de actores o las geometrías plurales del poder global, los Estados siguen dominando el orden geo-económico-político contemporáneo. Esto suele ocurrir cuando los actores no estatales aún dependen en gran medida de los instrumentos del poder estatal.

Por tanto, el modelo representado por China y sus aliados en BRICS+ se ha convertido en gran parte en un orden alternativo que compite con el OIBR/OLI dentro de su geometría única prevaleciente de competición geopolítica de superpotencias (McGregor, 2024). Para contener a China y sus aliados, la UE y el G7 han establecido las iniciativas Puerta Global (PG) (*Global Gateway, GG*) y Reconstruir un Mundo Mejor (*Build Back Better World, B3W*), liderada por EEUU, para contrarrestar la FRI de China. Esta intensa competición ha necesitado la aparición de un orden geo-económico-político parecido a la bipolaridad de la Guerra Fría (Stephan, 2023). Esta intensa rivalidad geoeconómica, geoestratégica y geopolítica se está desarrollando en el Sur Global, especialmente en Oriente Medio y África (Hout y Onderco, 2022). La actual crisis en Oriente Medio y la reaparición de los golpes militares (retroceso democrático) en África son ejemplos de ello (Iwuoha y Aniche, 2026).

En consecuencia, África está una vez más en el epicentro de las rivalidades geopolíticas y geoeconómicas globales despertando inquietudes por una nueva disputa por las tierras raras africanas y el afianzamiento de la dependencia neocolonial, fragmentando las economías africanas aún más, circunstancias que conllevan las consecuencias de intensificar la dependencia estructural, los vínculos neocoloniales, la integración vertical y una relación comercial desigual (Aniche, 2025). Sin embargo, esta competencia tiene ciertos factores positivos para el Sur Global, especialmente África, porque proporciona un modelo alternativo para la financiación estructural y la capacidad de negociación.

Las nuevas geometrías de las potencias intermedias vistas desde Asia Oriental¹⁷

Takashi Yamazaki

Desde finales del siglo xx se han observado en todo el mundo diversas formas de geopolíticas clásicas, o geoestrategias territoriales estatales. La «Guerra contra el Terror», la «Iniciativa de la Franja y la Ruta» y «la Nueva Guerra Fría» son ejemplos de esta tendencia y reflejan renovadas iniciativas y tensiones interestatales a escala global. En los últimos años han atraído la atención en todo el mundo tropos geopolíticos como «Haced que América Vuelva a ser Grande» (*Make America Great Again, MAGA*) y la «Doctrina Don-Roe» (la Doctrina Monroe reformulada por Donald Trump).

Como señala Agnew en su ensayo, si los enfoques y hechos iniciados por Trump representarán algunas de las nuevas geometrías del poder global es también una cuestión que aborda este ensayo. En el resto de este escrito aportaré una descripción de la naturaleza política de *MAGA* y la Doctrina Don-roe, examinaré su relación y su posible influencia sobre la política exterior de Japón, situaré la política exterior y la política militar en el contexto geopolítico del Este de Asia, y propondré un nuevo marco para la cooperación internacional que pueda llamarse «las nuevas geometrías de las potencias intermedias».

La geopolítica de Trump

MAGA es un eslogan que Trump ha utilizado desde la campaña de 2016, que representa el ala conservadora de sus seguidores. Enraizada en el principio «América es lo Primero», *MAGA* da prioridad a los intereses económicos y de seguridad de EEUU por encima de la cooperación internacional. Su postura aislacionista está marcada por la desconfianza en la OTAN y las Naciones Unidas, aunque a veces parece intervencionista cuando se enfrenta a regímenes totalitarios como Venezuela e Irán. En el interior del país, un control de fronteras más estricto, que incluye la construcción de vallas en la frontera y medidas más rigurosas de aplicación de la ley contra los inmigrantes ilegales, junto con un retroceso en los valores democráticos liberales y en las políticas inclusivas ilustran la consolidación de una territorialidad estatal cuyo objetivo es «renacionalizar» los sectores industriales y el tejido social.

La Doctrina Don-roe ha pretendido ampliar dicha territorialidad al Hemisferio Occidental. Esta perspectiva imperial actualizada, radicalizada y personalizada ya se ha materializado en la intervención estadounidense en Venezuela y también podría proyectarse en zonas como Groenlandia y Cuba. Al mantenerse al margen del orden multilateral internacional de la posguerra iniciado por los propios EEUU y al promover los intereses nacionales de EEUU, la Doctrina indica el propósito de establecer una esfera de influencia exclusiva sobre las Américas utilizando recursos político-económicos. Una forma farisaica de realismo político —resumida en la lógica «la fuerza da la razón» (*might makes right*)— está proliferando actualmente en Ucrania, Gaza e Irán.

El paisaje geopolítico del Asia Oriental y los EEUU

Si nos enfocamos sobre el Hemisferio Oriental, especialmente el Este de Asia, el paisaje geopolítico tiene un aspecto diferente. Japón, Corea del Sur y Taiwan llevan mucho tiempo contando con la presencia militar estadounidense y con su apoyo para protegerse de China, Corea del Norte y/o Rusia. La proyección de las fuerzas militares de EEUU en la región se ha considerado de tanta importancia para el equilibrio del poder regional que las alianzas en esa zona han tendido a favorecer las prioridades estratégicas de EEUU. En el caso de Japón, la alianza militar de la posguerra con EEUU ha sido fundamental para su política de seguridad y ha conllevado una gran presencia militar de EEUU en los territorios japoneses.

En febrero de 2026 Sanae Takaichi, la Primera Ministra de Japón, y su partido, el Partido Liberal Democrático, obtuvieron una victoria aplastante en las elecciones de la Casa de Representan-

17. Recibido el 1 de mayo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

tes. Trump recurrió a las redes sociales para felicitar a Takaichi y expresarle que esperaba que lograra darse cuenta del objetivo que compartían de la política de «paz mediante la fuerza». Cuando ella fue a la Casa Blanca en marzo de 2026, saludó a Trump diciendo: «Solo Donald puede traer paz y prosperidad al mundo» (Japan News, 2026). Tras el ataque de EEUU a Irán (Operación Furia Épica) que empezó el mes anterior, Takaichi aprobó públicamente la política de «paz mediante la fuerza» de Trump y la alineación subordinada de Japón con ella. Algunas bases estadounidenses en Japón enviaron fuerzas a Irán, a diferencia de las de Italia y España, cuyos países anfitriones se negaron a que fueran utilizadas.

El concepto de «paz mediante la fuerza» se remonta a los años 1930 y ha sido un principio esencial de diplomacia y seguridad del Partido Republicano estadounidense desde los años 1980. Se basa en la creencia de que la paz puede mantenerse con un poder militar suficiente. No obstante, como Bacevich (2010) critica, la «paz mediante la fuerza» corre el riesgo de convertirse en «paz mediante la guerra». Aunque la alabanza de Takaichi a la pacificación de Trump puede interpretarse en el sentido que ella acepta la «paz y prosperidad mediante la guerra», no queda claro de qué manera podría Japón apoyar las campañas militares de EEUU contra Irán. Ella añadió que le había explicado claramente a Trump lo que las Fuerzas de Autodefensa de Japón pueden y no pueden hacer en relación a su despliegue en el Estrecho de Ormuz, en el contexto de las disposiciones legales de Japón (Asahi Shimbun, 2026). Como parece improbable que la Operación cambie el régimen iraní o evite el cierre del estrecho, Trump se ha sentido frustrado por lo que percibe como aliados que no cooperan, incluyendo los miembros de la OTAN, Japón y Corea del Sur.

El aislacionismo de Trump, su fariseísmo y las campañas militares sin éxito pueden despertar en Japón otras inquietudes. El Plan del Indopacífico Libre y Abierto (*Free and Open Indo-Pacific*) (FOIP), iniciado por el anterior Primer Ministro Shinzo Abe en 2016, tiene como objetivo fomentar la estabilidad y prosperidad de los países del Indopacífico que comparten valores como la supremacía de la ley, la libertad de navegación, el libre comercio y la economía de mercado (Ministro de Asuntos Exteriores de Japón, 2026). Con el QUAD, (Diálogo de Seguridad Cuadrilateral, cuyos miembros principales son Australia, India, Japón y EEUU), el FOIP funciona como un marco de cooperación internacional para combatir a China. El plan fue adoptado oficialmente por Trump en 2017, y fortaleció la alianza de Japón con EEUU. Sin embargo, ante la desconfianza de Trump hacia el multilateralismo, su incumplimiento del derecho internacional y su inclinación hacia una doctrina unilateral, en la actualidad no queda claro el grado de implicación que tendrá EEUU en esta iniciativa. La Operación Furia Épica y los sucesivos acontecimientos también parecen ir en sentido contrario a los valores establecidos en el plan. La negociación directa con China haría que Trump estuviera menos interesado en ese tipo de cooperación regional (Kotani, 2026).

Las democracias del Este de Asia, como Japón, Corea del Sur y Taiwan, son el resultado de la democratización y la descolonización de la posguerra lideradas por EEUU. La posterior Guerra Fría convirtió la presencia y la intervención militar estadounidense en el Este de Asia en estructuralmente permanente, llevando a estas democracias a depender de los convenios de seguridad con EEUU para la disuasión nuclear. Al percibir amenazas de Rusia, Corea del Norte y/o China, han subordinado su política de seguridad a las estrategias globales de EEUU. Debido a las relaciones asimétricas —que siguen un modelo de «centro y radios» (*hub and spokes*), es decir, una estructura centralizada donde todo fluye desde un punto central hacia varios destinos periféricos— entre EEUU y los poderes regionales, ha resultado difícil imaginar un modelo alternativo para los convenios de seguridad regionales (Izumikawa, 2020). Si el gobierno de Trump se muestra reacio a mantener el nivel actual estadounidense de compromiso con la seguridad del Este de Asia, puede que haya una oportunidad para reconsiderar el marco de la cooperación regional.

Las nuevas geometrías de las potencias medias

Al priorizar los acuerdos bilaterales y la «paz mediante la fuerza» por encima de la cooperación multilateral y el derecho internacional, Trump continúa desestabilizando el orden mundial actual de una forma impredecible, incoherente y que incumple las normas a la vez que se retira del liderazgo global. Si EEUU ha dejado de ser el principal suministrador de bienes públicos internacio-

nales, hay que explorar marcos alternativos. En este contexto Mark Carney, Primer Ministro de Canadá, propugnó una alianza de potencias medias en el Encuentro Anual de 2026 del Foro Económico de Davos (Carney, 2026). Carney afirmó que el orden internacional basado en normas había llegado a su fin, y que Canadá estaba respondiendo procurando una independencia estratégica mayor a la vez que continúa defendiendo principios como los derechos humanos y la soberanía nacional. Según él, las potencias intermedias colaborarían para oponerse al progresivo dominio del poder duro y la creciente rivalidad entre superpotencias, a fin de crear un entorno global más cooperativo y resiliente.

¿Qué Estados se pueden considerar potencias medias? Carney mencionó a Canadá y sus socios estratégicos y comerciales, China, Qatar, la India, Tailandia, Filipinas, la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) y el MERCOSUR. También añadió Ucrania, Dinamarca (con Groenlandia) y la OTAN. No obstante, no descarta necesariamente a EE.UU. por ser el socio económico más importante de Canadá (entrevista en NHK One, 2026). En términos generales, las potencias medias son Estados que mantienen una relativa distancia de la rivalidad de las superpotencias, ejercen una diplomacia multidireccional y se relacionan de forma flexible con EEUU, China y los países de Oriente Medio. Japón y Corea del Sur son candidatos a ser potencias intermedias. Tal llamamiento para un orden mundial nuevo no es necesariamente nuevo, pero algunas normas y órdenes internacionales actuales han quedado obsoletos y no pueden ser sustituidos por planes geopolíticos imperialistas clásicos.

Como Estados individuales, las potencias medias pueden enfrentarse a un coste financiero significativo si aumentan su seguridad económica y militar sin que les influyan las intenciones de las superpotencias. Por consiguiente, las potencias medias tienen que actuar de forma colectiva para tratar con las superpotencias. Aunque no se sientan a la mesa, están en el menú y se arriesgan a ser explotadas por las superpotencias (Carney, 2026). Deberían constituir una alianza monolítica pero flexible, múltiples coaliciones basadas en intereses prácticos para contrarrestar las tendencias destructivas y explotadoras de las superpotencias. La creación de una coalición semejante representaría «las nuevas geometrías de las potencias medias».

Trump 2.0: dominación hegemónica transaccional, áreas de influencia y geometrías variables del poder¹⁸

Jaime A. Preciado Coronado

El segundo mandato de Donald Trump ha intensificado la disrupción del orden internacional liberal basado en reglas, al tiempo que bloquea la consolidación de un orden multipolar abierto al Sur Global. Esta disrupción no debe entenderse como una simple desviación estratégica, sino como una transformación estructural que articula nacionalismo económico, supremacismo cultural y unilateralismo geopolítico. Como plantea Álvaro García Linera (2026a), se trata de una dominación que privilegia la coerción por encima de la hegemonía, aunque sin poder prescindir completamente de esta última. En este sentido, el trumpismo configura una hegemonía fragmentaria o degradada, sostenida en consensos parciales y en la movilización ideológica del discurso «América lo primero» (*America First*) y el movimiento como «Haced que América Vuelva a ser Grande» (*Make America Great Again, MAGA*).

Esta forma de dominación hegemónica transaccional se sostiene en una diplomacia que no responde a los parámetros del realismo clásico, sino a una lógica instrumental donde los medios se subordinan a fines inmediatos no estratégicos. La política exterior deja de estar guiada por principios estables y se convierte en un campo de negociación permanente, donde los aranceles, las sanciones y las alianzas son utilizados como instrumentos de presión. Esta hegemonía transaccional vincula lo doméstico con lo internacional, transformando la política económica interna en un arma de proyección geopolítica.

18. Recibido el 4 de mayo de 2026.

Los efectos de esta orientación son tan profundos que pueden ser leídos en clave de interrogno global: lo viejo no termina de desaparecer y lo nuevo no logra consolidarse. Surge el tiempo oscuro de los leviatanes (García Linera, 2026b). En este contexto, la noción clásica de áreas de influencia resulta insuficiente para comprender la complejidad del sistema internacional contemporáneo. John Agnew (2026) propone el concepto de «geometrías variables del poder» para describir un mundo donde coexisten múltiples espacialidades: territoriales, digitales, financieras, logísticas y culturales. Estas geometrías no son estáticas, sino relacionales y dinámicas, configuradas por redes que atraviesan fronteras y reconfiguran la soberanía nacional o supranacional, como la Unión Europea.

El hemisferio americano se convierte en un espacio privilegiado para observar esta transformación, porque no se trata únicamente de un área de influencia tradicional, sino de un nodo donde se articulan territorialidad, infraestructuras estratégicas, cadenas de suministro, plataformas digitales y dispositivos militares. En este sentido, la dominación estadounidense combina una matriz territorial localizada con proyecciones transterritoriales que operan a través de redes globales.

En este contexto, pueden identificarse tres momentos fundantes del poder hemisférico en la fase actual del trumpismo. El primero es el «Liberation Day», en abril de 2025, que inaugura una estrategia basada en la imposición global de aranceles, pero que trasciende lo comercial al articular tres pilares del poder global estadounidense: dominio del dólar, supremacía militar y capacidad de coerción económica. El segundo es la *Estrategia de Seguridad Nacional* (The White House, 2025), que redefine la seguridad como un ensamblaje de poder económico, tecnológico y militar. El tercero es el denominado «Corolario Trump», formulado en 2026, reinterpretación de la Doctrina Monroe que incorpora elementos del Destino Manifiesto, el Gran Garrote y el corolario rooseveltiano, bajo una narrativa de excepcionalismo estadounidense que se presenta como nación y pueblo escogidos.

Entre el realismo pervertido y las geometrías complejas del poder

Aunque el discurso oficial presenta esta política como una combinación de realismo flexible y realismo con principios, esta caracterización resulta problemática. Como argumentan Rebecca Lissner y Mira Rapp-Hooper (2020), el «realismo flexible» funciona como una coartada discursiva que legitima el uso expansivo de la coerción sin una estrategia coherente. La intervención estadounidense en conflictos como el de Irán, en alianza con Israel, evidencia la ausencia de una articulación clara entre medios y fines, lo que contradice los principios básicos del realismo.

El ‘realismo con principios’, por su parte, implicaría disciplina estratégica, priorización de la competencia entre grandes potencias y cautela frente a conflictos periféricos. Sin embargo, el trumpismo lo subvierte mediante una práctica errática que combina intervenciones selectivas, sanciones económicas y políticas de cambio de régimen. Ejemplos como la gestión de la Junta de Paz en Gaza o, en general, las tensiones en Medio Oriente muestran la reaparición de prácticas que el propio Trump había criticado, como el *nation building*, aunque de forma parcial y contradictoria. El caso más paradójico es la imposición de un gobierno tutelado en Venezuela por parte del gobierno de Donald Trump.

Esta tensión revela una paradoja central: mientras el trumpismo invoca el realismo, su práctica se aleja de él, sustituyendo la estrategia por una hegemonía coercitiva de baja densidad consensual. Esta forma de poder debilita la capacidad de Estados Unidos para estructurar áreas de influencia estables en un mundo caracterizado por geometrías complejas.

En este sentido, resulta más adecuado hablar de una hegemonía transaccional. Siguiendo a García Linera (2026a), toda dominación duradera requiere algún grado de hegemonía, es decir, de articulación de intereses entre dominantes y subordinados. En el caso estadounidense, este consenso es fragmentado, limitado y pragmático, sostenido en mecanismos materiales como el dólar —que sigue siendo central en el sistema financiero internacional (International Monetary Fund, 2025)—, los mercados financieros globales y la capacidad militar.

Esta transformación impacta directamente en la rivalidad de áreas de influencia. Estados Unidos busca expandir y asegurar espacios estratégicos —recursos energéticos, minerales críticos,

rutas comerciales—, pero estos espacios son cada vez más disputados y menos controlables. Como señala Amitav Acharya (2017), el sistema internacional contemporáneo es «multiplex», caracterizado por la coexistencia de múltiples órdenes y actores que interactúan de manera no jerárquica.

En este marco, las geometrías variables del poder permiten comprender cómo la hegemonía estadounidense ya no organiza el espacio global de manera coherente, sino que opera en configuraciones fragmentadas que combinan coerción directa, dependencia económica y formas limitadas de seducción. Estas geometrías no sustituyen completamente a las áreas de influencia, sino que coexisten con ellas de manera conflictiva, produciendo superposiciones y tensiones permanentes (Agnew, 2026).

El hemisferio americano: tres momentos de dominación transaccional

El discurso del «Liberation Day» sintetiza esta lógica al redefinir el comercio como un instrumento de coerción geopolítica. Los aranceles dejan de ser herramientas económicas para convertirse en mecanismos de presión estratégica. Como argumenta Adam Tooze (2025), la economía global se encuentra en una situación de policrisis, donde los instrumentos económicos están cada vez más subordinados a la competencia geopolítica.

La Estrategia de Seguridad Nacional (The White House, 2025) profundiza esta orientación al integrar seguridad económica, tecnológica y militar. La competencia con China se desplaza hacia el control de cadenas de suministro, la innovación tecnológica y sectores estratégicos como semiconductores e inteligencia artificial (Ikenberry, 2025). Al mismo tiempo, se reactualiza la lógica de la Doctrina Monroe, redefiniendo el hemisferio occidental como espacio prioritario de influencia. Este enfoque combina proteccionismo selectivo, *nearshoring* en América Latina y control migratorio, configurando una hegemonía transaccional basada en alianzas verticales flexibles y coerción económica. La reducción del compromiso global —especialmente en Europa y Medio Oriente— refleja un intento de reorganizar la hegemonía estadounidense en un contexto de declive relativo (Zakaria, 2012).

El «Corolario Trump» representa una reterritorialización de esta estrategia. A diferencia de la Doctrina Monroe original, incorpora dimensiones tecnológicas, logísticas y financieras orientadas al control de infraestructuras críticas, como puertos, telecomunicaciones y redes energéticas. Iniciativas como el «Escudo de las Américas» evidencian esta reorganización hemisférica bajo criterios de seguridad, aunque con fuerte asimetría de poder.

La llamada «Doctrina Donroe» subraya el carácter personalista, unilateral y coercitivo de esta estrategia, que privilegia alianzas selectivas y mecanismos de presión para alinear a los gobiernos latinoamericanos y caribeños. Este enfoque redefine las áreas de influencia como espacios dinámicos, conflictivos y en constante negociación.

La dinámica espacial del imaginario de la «Gran América» —que abarca desde Alaska hasta Ecuador, incluyendo Groenlandia, Canadá, el Caribe y el norte de Sudamérica— no implica una anexión formal, sino la construcción de un *perímetro de seguridad ampliado*. Este se inscribe en las geometrías variables del poder, donde lo territorial se articula con redes digitales, circuitos financieros y dispositivos militares.

Geometrías variables del poder y áreas de Influencia

Las geometrías variables del poder, en el sentido de Agnew (2026), desbordan el territorio y se configuran a partir de infraestructuras logísticas, plataformas digitales, circuitos financieros y dispositivos militares que reconfiguran las escalas de la soberanía. En Agnew (2005), encontramos el primer antecedente respecto de las geometrías variables del poder. Luego de cuestionar la «*territorial trap*» —la tendencia a concebir el poder exclusivamente en términos de soberanía estatal— señalando que la hegemonía contemporánea se articula mediante redes económicas y regulatorias transnacionales. Agnew (2026), refuerza esta crítica al mostrar que la interdependencia estructural también limita la consolidación de bloques territoriales autosuficientes con sus áreas de influencia respectivas.

Las geometrías variables de Agnew (2026) permiten entender mejor al trumpismo, pues esta materialidad se traduce en una hegemonía transaccional que vincula esas geometrías de la dominación: en lo doméstico y lo internacional mediante el chantaje tarifario; en la «paz por la fuerza», con cambio de régimen, sanciones y poder militar; en la política antiterrorista y contra el crimen organizado; en la política antiinmigrante frente al «gran reemplazo»; y en la desregulación del Estado, crudamente expresado en la «*motosierra*» operada por Elon Musk, cuando estuvo al frente del Departamento de Eficiencia Gubernamental (*Department of Government Efficiency, DOGE*) en los primeros meses del segundo mandato de Trump, que refuerza tendencias autoritarias.

A ello se suma una batalla cultural supremacista que articula valores religiosos, nacionalismo y agenda *anti-woke*, proyectándose internacionalmente mediante redes conservadoras como la Conferencia Política de Acción Conservadora, de la cual forman parte varios gobiernos latinoamericanos y caribeños: Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, El Salvador, Honduras, Panamá, Paraguay, República Dominicana, Trinidad y Tobago. Esta dimensión ideológica no es secundaria, sino constitutiva de la hegemonía en su parte más coercitiva, es la que proporciona marcos de legitimación y movilización política. Muchos de esos gobiernos participaron en la formación del Escudo de las Américas, en Miami, marzo de 2026, cuya arquitectura puede leerse, desde John Agnew (2026), como una geometría variable del poder, donde Estados Unidos no controla territorios continuos, sino nodos estratégicos (puertos, rutas, fronteras).

En clave de Robert W. Cox (1981), esta configuración puede entenderse como una estructura que articula poder material, ideas e instituciones, aunque en este caso con menor coherencia sistémica y mayor fragmentación. Se trata de una hegemonía en crisis que combina coerción predominante con consensos parciales.

Paralelamente, la política industrial –apoyada en una política multilateral, la llamada «Pax Síllica» (U.S. Department of State, 2025)– articula el complejo digital del capitalismo de plataformas (inteligencia artificial, supercómputo, microprocesadores), el complejo militar-industrial, el complejo energético (petróleo, gas, petroquímica avanzada) y el sector automotriz y aeroespacial. Este ensamblaje configura una nueva base material del poder estadounidense, orientada al control de tecnologías críticas y recursos estratégicos. Para la cual las negociaciones multilaterales representan un obstáculo a ser superado. Si acaso, por un *multi-bilateralismo* transaccional controlado unilateralmente por Estados Unidos.

El resultado es una política de despojo que combina apropiación territorial, control de minerales estratégicos y dominio de espacios marítimos clave. La disputa por el Canal de Panamá o el interés estratégico en Groenlandia ilustran la centralidad de estos espacios en la reconfiguración geopolítica. Asimismo, la presencia militar en el Caribe y las presiones sobre países como Venezuela o Cuba reflejan la intensificación de esta lógica.

En suma, el trumpismo es el heraldo de un orden geopolítico mundial disruptivo, 2.0, que no representa el fin de la hegemonía estadounidense, sino su transformación en un régimen de dominación transaccional, fragmentario e inestable, que opera en un sistema internacional caracterizado por geometrías variables del poder; entre ellas las Áreas de Influencia. Esta configuración produce un orden donde la coerción gana centralidad, pero sigue dependiendo de anclajes materiales y consensos parciales para sostenerse. Qué están cada vez más situados en las extremas derechas nacionales, bajo el impulso de la Internacional Reaccionaria que comanda Donald Trump, alias *Donroe*.

El mapa político mundial como ilusión óptica¹⁹

Igor Okunev

El texto de John Agnew «Las Nuevas ‘Geometrías’ del poder Global» constituye un raro ejemplo de trabajo académico donde la complejidad del mundo contemporáneo no se reduce a otra serie de enfrentamientos de superpotencias o esquemas simplificados de épocas geopolíticas cambiantes. Para un lector ruso, cansado tanto de las narrativas occidentales sobre la «vuelta de la geopolítica» como de los debates nacionales sobre el triunfo inevitable de la multipolaridad, el compromiso del autor con el legado de Doreen Massey y su concepto de «geometrías de poder» parece una invitación a una conversación seria e imparcial (Massey, 1999; Christophers, 2023). Esta réplica intenta examinar las tesis de Agnew a través del prisma de la tradición rusa del pensamiento de geografía política que, por extraño que parezca, se mueve en una dirección parecida, aunque ofrezca sus propias herramientas originales para describir los drásticos cambios que están ocurriendo.

Se puede considerar que un punto principal de convergencia es un escepticismo compartido hacia la «geopolítica clásica», que vuelve a ponerse de moda en los círculos de expertos de ambos lados del Atlántico (y del Pacífico). Agnew señala acertadamente que la retórica de las esferas de influencia y la rivalidad de las superpotencias, utilizada intencionadamente por políticos como Donald Trump, en muchos casos esconde una comprensión primitiva de las relaciones internacionales y las reduce a una pugna entre predadores por la presa territorial. No obstante, desde la perspectiva del autor de esta réplica, la fuente de esta simplificación se sitúa a un nivel más profundo, en los mismos cimientos de nuestra percepción del mundo. Hablamos sobre lo que podría llamarse «la confusión del mapa político mundial». El familiar mapa del mundo con su relleno multicolor, donde cada color representa el territorio de un Estado soberano, crea la poderosa ilusión de que el sistema internacional consiste en elementos iguales, estables y claramente delimitados que funcionan según normas universales. Este mapa no es otra cosa que una narrativa, la proyección de la visión de alguien, establecida en los manuales escolares, pero no dice nada de las auténticas jerarquías, del poder ejercido en espacios marítimos, aéreos y virtuales, de las compañías transnacionales y las redes criminales, sobre las que escribe el propio Agnew (Agnew, 2005). La geografía política rusa, como señalan Vladimir Kolosov y sus coautores, se ha dedicado cada vez más a estudiar estas estructuras escondidas, explorando «territorios incontrolados» y «Estados parcialmente reconocidos» que no encajan en la clásica imagen del mundo (Kolosov, Zotova y Turov, 2022).

Una posible metáfora para superar esta confusión es la proposición de utilizar, para describir la auténtica imagen política del mundo, no la herramienta de «relleno» sino la función de «rociado» del editor gráfico. En este caso el mundo tiene el aspecto no de un mosaico de rígidos bloques coloreados sino de un lienzo vivo de Kandinsky: los Estados no desaparecen, sino que se convierten en coágulos más claros de un color, imanes que atraen la difusa periferia de sus matices. Esta imagen captura la propia esencia de las múltiples «geometrías» de Agnew: se preserva la estructura territorial, pero deja de ser la única y la que explica todo. Además, la estructura territorial rígida, como el mismo autor e investigadores rusos acertadamente señalan, no es una norma eterna, sino una «anomalía de cuento de hadas», una simplificación artificial nacida del deseo de reproducir el orden mundial según el modelo de una imagen de manual (Okunev, 2024; Okunev y Liubimova, 2025).

Un ejemplo convincente de organización alternativa, no territorial, es el modelo de las denominaciones cristianas, donde la línea de división no la traza la tierra sino la gente: las iglesias ortodoxas y protestantes coexisten en un espacio dividido en territorios canónicos, pero un creyente no se aparta del rebaño cuando cruza una frontera. Este modelo plantea una transición inminente desde los territorios-nación a las comunidades-nación, donde la ciudadanía y la lealtad política estarán cada vez menos vinculadas a un determinado pedazo de tierra. El problema de los Estados no reconocidos del espacio postsoviético, que Kolosov y sus colegas estudian exhaustivamente, ilustra de forma precisa esta transición: la población de estos territorios elabora

19. Recibido el 5 de marzo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

una identidad y una lealtad política especiales que no coinciden con las fronteras estatales formales, creando «geometrías de poder» complejas en el nivel local (Kolosov, 2022).

Aunque acepto la lógica general del razonamiento de Agnew sobre el «presente pluralista», me gustaría añadir algo importante relacionado con la forma de manifestarse esta pluralidad en la percepción del mundo de varios actores. Agnew elude contestar directamente a la pregunta de la configuración definitiva del poder global, limitándose a constatar su complejidad. En la retórica rusa oficial la respuesta a esta pregunta se encontró hace mucho tiempo: el mundo se mueve hacia la policentralidad. No obstante, un análisis más profundo, presentado en varios trabajos rusos actuales, demuestra que incluso esta respuesta es demasiado simplista. Surge una idea que puede llamarse «polaridad circunstancial». Su esencia se basa en el hecho de que el mundo es simultáneamente unipolar, bipolar y multipolar, dependiendo desde qué lado se mira y qué cuestión específica se está analizando. La polaridad no es una propiedad objetiva del sistema mundial, sino más bien una propiedad de la mirada, «las lentes» que este o aquel autor se pone para interpretar una situación específica.

Así pues, Rusia, que apoya sanciones contra Corea del Norte, se comporta como si el mundo fuera unipolar, es decir, reconoce la existencia de normas universales. En el tema de la elección geopolítica de Ucrania, muchos políticos rusos piensan estrictamente en categorías de un mundo bipolar: Kiev debe elegir entre Occidente y la Unión Euroasiática; no existe una tercera opción. Por último, al participar en el acuerdo de Siria, Rusia actúa en la lógica de un mundo multipolar o incluso «no polar», maniobrando entre los múltiples intereses superpuestos de los participantes globales y regionales sin tratar de dividirlos de forma inflexible en amigos y enemigos. Por tanto, las relaciones internacionales tienen el aspecto no de un juego en un tablero de ajedrez con una colocación determinada de las piezas, sino de una competición de distintos modelos para mantener el equilibrio. Los modelos unipolares, bipolares y multipolares existen simultáneamente y diferentes países en diferentes situaciones recurren al que les beneficia. Esta es la auténtica «geometría múltiple», donde la configuración cambia constantemente dependiendo de la cuestión de que se trate.

De esta observación se deriva otra importante consecuencia: el propio concepto de un «polo de poder» es cualitativamente distinto para distintas culturas y tradiciones históricas. Agnew, ateniéndose a la tradición occidental, tiende a medir el poder de un Estado con indicadores militares y económicos, que es muy natural para analizar las políticas de EEUU, China o Rusia. No obstante, para la autoconciencia de Rusia, desempeña un papel fundamental el capital simbólico e histórico arraigado en una fecha específica —1945—. El sistema moderno de relaciones internacionales, desde este punto de vista, se configuró a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial en las Conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam. Fue la victoria en la guerra lo que aseguró a la URSS —y ahora a Rusia como su sucesora— el estatus de superpotencia, un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y, en consecuencia, el derecho legítimo de poseer armas nucleares. Este estatus se considera inalienable, independientemente de dificultades económicas o tecnológicas temporales. Para una parte significativa del mundo occidental, el punto de referencia es diferente —1991, el año de la victoria en la Guerra Fría—. Desde este punto de vista, las ambiciones «soviéticas» de Rusia parecen arcaicas y sin fundamento. Esta distancia cronológica da lugar a un malentendido fundamental: Moscú se considera una superpotencia por derecho histórico, mientras que Occidente contempla esta consideración solo como nostalgia de un imperio, al que no respalda un auténtico poder.

Reflexionando sobre el futuro de la estructura territorial del mundo, Agnew señala una paradoja importante: la construcción de muros y barreras comerciales a la vez que aumentan los flujos de cruce de fronteras. Él considera que es una manifestación de la «vuelta de la geopolítica territorial». Sin embargo, se puede contemplar desde otra perspectiva: la construcción y la introducción de obligaciones, quizá, no son tanto una vuelta al siglo XIX como la agonía de un modelo territorial en retirada. Los Estados se aferran con desesperación a la soberanía clásica, pero la estructura de redes del mundo —los flujos financieros, la emigración, los datos— ya vive según sus propias leyes. En ese aspecto, la idea de la aparición inevitable de «formas de soberanía mixtas» y de un «modelo colectivo» de la gobernanza territorial adquiere un valor particular. Si el mismo territorio no puede pertenecer a dos Estados, como nos enseña el dogma de Westfalia, cualquier conflicto territorial es básicamente irresoluble y solo puede detenerse por medio de la fuerza. Si, de todas formas,

imaginamos el territorio como una especie de sociedad anónima, donde los Estados tienen diferentes números de acciones (digamos, un país posee el 51% de las acciones, otro el 30%, un tercero un 19%, en tanto que uno de los accionistas tiene «una participación de oro» con poder de veto), se crea el espacio para el compromiso. No obstante, esta idea, por muy fantástica que pueda parecer hoy, se deriva lógicamente de las observaciones de la erosión de la soberanía territorial de la que Agnew escribe. Ya estamos viendo los comienzos de esta circunstancia en los debates acerca del destino de los Estados amenazados con la desaparición debida a la subida del nivel del mar: se plantea preservar su estatalidad, aunque sus ciudadanos vivan en otros países. Las comunidades-naciones están sustituyendo poco a poco a los territorios-naciones.

Resumiendo este diálogo virtual, me gustaría hacer hincapié una vez más en el valor del enfoque propuesto por John Agnew. Al rehusar buscar una única «geometría» de poder, crea la posibilidad de una descripción mucho más sutil y realista del mundo moderno. El pensamiento geográfico-político ruso, que sigue fundamentalmente la misma trayectoria, propone complementar este enfoque con un análisis de las «geometrías de la percepción» —cómo los propios participantes en las relaciones internacionales construyen la imagen del mundo dependiendo de sus traumas históricos, ambiciones e intereses circunstanciales—. El mundo en que un conflicto y ese mismo conflicto pueden ser descritos en categorías de presión unipolar, enfrentamiento bipolar y maniobras multipolares simultáneamente no se presta a esquemas simples. El orden mundial actual no se asemeja a un tablero de ajedrez ni a un jardín occidental, sino más bien a un bazar oriental, donde no hay precios universales y el precio se determina cada vez mediante un contexto único de negociaciones, o una feria rusa, donde lo importante no es vender sino mostrarse respeto mutuo. Y en este sentido, la principal conclusión de Agnew de que el futuro está «enteramente en manos de los dioses» no es una manifestación de timidez académica, sino la única postura honesta en vista de una complejidad que solo ahora estamos empezando a comprender. Puede que no vivamos en una época de geometrías cambiantes sino en una época en que nos damos cuenta de que nunca existió una geometría simple del mundo. Solo había mapas políticos oportunos que nosotros, debido a nuestra ingenuidad, tomamos por auténticos.

¿Y ahora qué? Cuatro posibles órdenes mundiales²⁰

Reece Jones

Como John Agnew expone en su artículo inaugural de este foro sobre «Las Nuevas ‘Geometrías’ del Poder Global», el orden basado en reglas de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial está hecho jirones, pero no está todavía claro el sistema que lo reemplace. Estados Unidos, Rusia y China han expresado el fin del concepto de integridad territorial mediante la retórica del expansionismo y las incorporaciones por la fuerza (Jones, 2025). Estados Unidos está amenazando con anexionarse Groenlandia, Canadá y el Canal de Panamá. Rusia invadió Georgia y Ucrania, dos veces. China se apropió de territorio en Bután y el Mar del Sur de China, a la vez que acecha Taiwan. El menosprecio de las normas y las instituciones globales llevaron al primer ministro canadiense Mark Carney a calificar los cambios de «ruptura» y al canciller alemán Friedrich Merz a concluir que ha «dejado de existir» el orden basado en reglas. Si aceptamos los diagnósticos de Carney y de Merz sobre el declive del orden basado en reglas, ¿qué lo sustituirá? En este breve artículo, expongo cuatro posibles órdenes mundiales basados, cada uno, en Estados nacionalistas, liberales, globales y corporativos.

Un orden mundial de Estados nacionalistas sin restricciones parece ser el desenlace preferido por Rusia, Estados Unidos y, en menor medida, China. Los Estados nacionalistas dan primacía a la soberanía estatal sobre todo lo demás, permitiendo que el interés nacional esté por encima de las normas y los acuerdos internacionales. En este enfoque, las instituciones como las Naciones Unidas constituyen límites innecesarios para Estados poderosos, que pueden utilizar la superioridad militar para crear estabilidad en el mundo mediante el uso de la fuerza. Nuestro mundo

20. Recibido el 5 de mayo de 2026. Traducido por A. Despujol del original inglés.

de Estados nacionalistas también prescinde de la ficción del mutuo reconocimiento de la soberanía entre Estados iguales en un sistema global. Desaparecen los Estados fallidos y los Estados no reconocidos. En lugar de ello, en un mundo de Estados nacionalistas guerreros, si un país poderoso puede ocupar a su vecino más frágil tiene la libertad de hacerlo.

Esta versión del mundo se parece al orden global de finales del siglo XIX, que se caracterizaba por guerras expansionistas, colonización por parte de Estados poderosos y una forma de capitalismo descontrolado (Acharya, 2025). Cuando Donald Trump dice que quiere volver a «Hacer Grande a América» (*Make America Great Again*), se refiere a la era dorada de poder incontrolado de los países dominantes del escenario mundial, argumentando que América estuvo «en nuestra época de mayor prosperidad desde 1870 a 1913» (Weissert, 2025). Da la impresión de que este orden mundial favorecería a los autoritarios, que podrían dominar sus países sin consideración por los estándares internacionales de democracia y derechos humanos (Jones, 2026; Koch, 2022).

El mundo de Estados nacionalistas autoritarios es el que preocupa a Mark Carney y Friedrich Merz. Como respuesta, ellos proponen una segunda versión de orden mundial futuro que sigue basándose en Estados liberales en un sistema de acuerdos globales. En este orden mundial, las instituciones y normas actuales serían mantenidas pero perfeccionadas, alejando el centro de poder de los malos actores como Estados Unidos, Rusia y China. Como alternativa, Carney propuso alianzas de potencias medias que trabajarían unas con otras para instituir normas y valores que mantendrían la estabilidad y el orden. El orden mundial de Carney basado en Estados liberales es lo más parecido al orden basado en reglas de la segunda mitad del siglo XX. Es una concepción de un mundo equilibrado de soberanía estatal y acuerdos y normas internacionales, pero no estaría tan dominado por unos cuantos Estados poderosos.

Tanto el orden mundial del Estado nacionalista como el del Estado liberal mantendrían la actual configuración de autoridad a la manera de los Estados soberanos de Westfalia, siendo la principal diferencia que en la versión nacionalista toda la autoridad reside en el Estado, mientras que en la versión liberal el Estado cede un poco de autoridad a un sistema global de reglas y normas. No obstante, muchos de los problemas intratables del orden basado en reglas podrían reducirse a un desequilibrio entre la escala del problema y la escala de la solución. Si bien el clima, la economía y la humanidad existen globalmente, la capacidad de regular la contaminación, las corporaciones y la movilidad están divididas entre 193 Estados soberanos. Es inevitable que los asuntos que afectan a la población local del Estado tengan preferencia sobre amenazas globales compartidas pero repartidas. Además, la incapacidad de poner en práctica las regulaciones globales sobre tecnologías como las armas nucleares, los patógenos peligrosos o la Inteligencia Artificial, aumenta el riesgo de que un único actor que controle un Estado soberano pudiera plantear una amenaza existencial a la continuidad de la existencia de la humanidad (Ord, 2020).

La solución a estos problemas es el tercer orden mundial posible: un único Estado global que controle las tecnologías peligrosas e imponga reglas globales para la protección ambiental, las condiciones laborales, los salarios y el derecho a la libre circulación por todo el mundo. La idea de que el mundo al final necesitaría un único gobierno ha existido durante milenios. El autor florentino Dante Alighieri examinó un gobierno mundial en *Monarchia*, escrita en 1312-13. La obra *De jure belli ac pacis* del teórico jurídico holandés Hugo Grocio, escrita en 1625, planteó la necesidad de leyes internacionales. *La Paz Perpetua* de Immanuel Kant de 1795 también planteaba que una confederación global era esencial para la paz mundial. Al final de la Segunda Guerra Mundial Albert Einstein, H.G. Wells y Bertrand Russell abogaron por un gobierno mundial. Incluso Ronald Reagan se unió brevemente al Movimiento Federalista Mundial en los años cuarenta.

Pese a la prolongada tradición intelectual en favor de un único Estado administrativo para la Tierra y para toda la humanidad, un gobierno mundial se enfrenta a importantes factores adversos debido a la primacía en la actualidad que tienen los Estados soberanos independientes. Ante el fuerte de lugar basado en el nacionalismo, que se ha potenciado en países de todo el mundo, resulta difícil concebir de qué manera se podría convencer a una parte importante de la población mundial, y menos a los líderes de los Estados soberanos, para que cedan dicha autoridad a un único sistema de gobernanza compartido. No cabe duda de que, así como se ha planteado que un gobierno mundial es una utopía, también suscita temores distópicos sobre la posibilidad de que una élite global se enriquezca a la vez que subyuga a la mayoría de la gente del mundo. Se

requeriría una ruptura auténticamente global para desplazar a los afianzados Estados soberanos de la actualidad.

El cuarto orden mundial posible de Estados corporativos se basa en una perspectiva tecno-optimista de que una empresa privada podría resolver los problemas del mundo si el ineficaz Estado administrativo se quitara de en medio. En 2025 el Departamento de Eficacia Gubernamental de Estados Unidos de Elon Musk se describió como una medida para recortar gastos al principio del segundo mandato de Trump, pero en realidad no ahorró mucho dinero. Lo que hizo fue estropear el trabajo del gobierno e hizo que pareciera ineficaz, lo que creó más espacio para las empresas. La idea de que el sector privado puede hacer mejor el trabajo del gobierno ha sido una opinión que mantiene desde hace mucho tiempo la derecha del espectro político. SpaceX y Blue Horizon pueden sustituir a la NASA. Blackwater, Halliburton y Kellogg Brown Root pueden sustituir al ejército. Palantir y la IA Clearview pueden sustituir a la policía. Fedex y UPS pueden sustituir al Servicio Postal. La IA Open y Anthropic saben mejor que un organizador gubernamental cómo poner límites a la Inteligencia Artificial, etc., etc.

En una concepción tecno-utópica del futuro el mundo no necesitaría Estados tradicionales en absoluto. En su lugar las empresas pueden hacer todo el trabajo del gobierno de una manera mucho más efectiva, a la vez que proporcionan beneficios a sus accionistas. Musk imagina Que X es la aplicación total. Google se inmiscuye en todo, como Amazon. En China, WeChat ya está integrado en muchos aspectos de la vida de la gente. Y ahí está Palantir, cuyo director general Michael Karp publicó *La República Tecnológica* (Karp y Zamiska, 2025) propugnando una oligarquía tecnológica militarizada. Sin embargo, hay un buen motivo para que muchas películas distópicas como *Cuando el destino nos alcance* (*Soylent Green*), *Blade Runner* y *WALL-E* y novelas distópicas como *The Running Man* y *Snow Crash* se basen todas ellas en una compañía malvada que controla todos los aspectos de un mundo futuro. Hay muchas funciones del gobierno que no deberían estar basadas únicamente en si producen beneficios o no. Evidentemente no son solo los escritores quienes están preocupados por la amenaza de los Estados corporativos. En su discurso de despedida del cargo de presidente de Estados Unidos, Joe Biden advirtió sobre los peligros de una oligarquía tecnológica (Davies, 2025).

El mundo está en un momento peligroso de transición en que estas perspectivas diferentes de Estados nacionalistas, liberales, globales o corporativos compiten por la supremacía. El vacío también podría ser ocupado por otra contrageopolítica, como los Estados indígenas (Moreton-Robinson, 2020) o los colectivos anarquistas de ayuda mutua (Reese y Johnson, 2022). Al final, lo que está claro es que el orden basado en reglas de la segunda mitad del siglo XX ha terminado, y que algo nuevo ha empezado. Ahora es el momento de concebir qué debería ser eso nuevo y a continuación ponerlo en práctica en el mundo.

Referencias bibliográficas

- Abler, R., Adams, J., y Gould, P. (1971). *Spatial organization: The geographer's view of the world*. Nueva York: Prentice Hall.
- Acharya, A. (2017). After liberal hegemony: The advent of a multiplex world order. *Ethics & International Affairs*, 31(3), 271-285. <https://doi.org/10.1017/S089267941700020X>
- Acharya, A. (2025). *The Once and Future World*. Nueva York: Basic Books.
- Adams, P. C. (2007). *Atlantic reverberations: French representations of an American presidential election*. Aldershot: Ashgate.
- Agnew, J. (2003). *Geopolitics: re-visioning world politics* (2ª ed). Londres y Nueva York: Routledge.
- Agnew, J. (2005). *Hegemony: The New Shape of Global Power*. Philadelphia: Temple University Press.
- Agnew, J. (2017). The tragedy of the nation-state. *Territory, Politics, Governance*, 5(4), 347-350. <https://doi.org/10.1080/21622671.2017.1357257>
- Agnew, J. (2023). *Hidden Geopolitics: Governance in a Globalized World*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Agnew, J. (2024). La guerra de Gaza, *Geopolítica(s)*. *Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, 15(1), 17-32. <https://doi.org/10.5209/geop.96492>
- Agnew, J. (2026a). Donald Trump and Hostess CupCakes: distinguishing the persisting sources of Trump's popular support, 2015-2025. *Human Geography*, 19(1), 158-166. <https://doi.org/10.1177/19427786251353590>
- Agnew, J. (2026b). Geopolitical eras. In C. Flint (Ed.), *Concise Encyclopedia of Geopolitics* (pp. 71-74). Cheltenham, RU: Elgar.
- Agnew, J., y Shin, M. (2020). *Mapping Populism: Taking Politics to the People*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Agnew, J., y Corbridge, S. (1995). *Mastering Space: hegemony, territory and international political economy*. Londres: Routledge.
- Allen, J. (2003). *Lost Geographies of Power*. Oxford: Blackwell.
- Alshaibi, W. H. (2024). The Anatomy of Regime Change: Transnational Political Opposition and Domestic Foreign Policy Elites in the Making of US Foreign Policy on Iraq. *American Journal of Sociology*, 130(3), 539-594. <https://doi.org/10.1086/732155>
- Anghel, V., y Jones, E. (2024). The transatlantic relationship and the Russia-Ukraine War. *Political Science Quarterly*, 139(4), 509-527. <https://doi.org/10.1093/psquar/qqae051>
- Aniche, E. T. (2025). When Two Elephants Fight: African Regionalism in the Age of Modern Global Trade Wars. *Institute for the Study of the Global South*, 25 de diciembre. Recuperado de <https://global-south.ru/en/articles>
- Aniche, E. T., y Iwuoha, V. C. (2025). ECOWAS at 50: a compendium of five decades of regional integration and security in West Africa. *Politikon*, 52(3-4), 265-270. <https://doi.org/10.1080/02589346.2026.2646269>
- Archana, V. (2020). Who will win from the trade war? Analysis of the US-China trade war from a micro perspective. *China Economic Journal*, 13(3), 376-393. <https://doi.org/10.1080/17538963.2020.1785073>
- Arrighi, G. (2009). *The long twentieth century: Money, power, and the origins of our times*. Londres: Verso.
- Arrighi, G., y Silver, B. (1999). *Chaos and Governance in the Modern World System*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Asahi Shimbun (2026). Takaichi tells Trump Article 9 limits Japan's role in Iran war. *Asahi Shimbun*, 23 de marzo. Recuperado de <https://www.asahi.com/ajw/articles/16440411>
- Bacevich, A. J. (2010). The end of (military) history?: The United States, Israel, and the failure of the Western way of war. *Guernica*, 30 de julio. Recuperado de https://www.guernicamag.com/andrew_j_bacevich_the_end_of_m/
- Beech, M. (Ed.). (2025). *Geoengineering and Climate Change: Methods, Risks, and Governance*. Londres: Wiley.
- Benwell, M. C., Núñez, A., y Amigo, C. (2021). Stitching together the nation's fabric during the Chile uprisings: Towards an alter-geopolitics of flags and everyday nationalism. *Geoforum*, 122, 22-31. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2021.03.011>

- Bongiovanni, F. M. (2024). *The Return of Geopolitics and Imperial Conflict: Understanding the New World Disorder*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Boria, E., y Marconi, M. (Eds.). (2022). *Geopolítica dal pensiero all'azione. Spazio e politica in età contemporanea*. Roma: Argos.
- Bown, C. P. (2019). The 2018 US-China trade conflict after forty years of special protection. *China Economic Journal*, 12(2), 109-136. <https://doi.org/10.1080/17538963.2019.1608047>
- Boyd, R. (2026). *Great Power Politics, Elites and Energy*. Nueva York: Routledge.
- Bradshaw, M. (2026). *The Geopolitics of Energy System Transformation: Managing the Messy Mix*. Bristol: Bristol University Press.
- Brands, H. (2023). The promise and perils of geopolitics. *Foreign Policy*, 28 de diciembre. Recuperado de <https://foreignpolicy.com/geopolitics>
- Burn-Murdoch, J. (2025). Welcome to the age of zero-sum politics. *Financial Times*, 19 de diciembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/30a49ab7-285b-4641-89f8-7375fc560ab9?syn-25a6b1a6=1>
- Büthe, T., y Mattli, W. (2011). *The New Global Rulers: The Privatization of Regulation in the World Economy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Cairo, H., y Agnew, J. (2026). Rethinking Bordering: Internal Enemies, External Threats and the Securitization of Inner and Outer Borders. *Geopolitics*, 1-31 (en línea primero). <https://doi.org/10.1080/14650045.2026.2664057>
- Carney, M. (2026). Davos 2026: Special address by Mark Carney, Prime Minister of Canada. *World Economic Forum*, 20 de enero. Recuperado de <https://www.weforum.org/stories/2026/01/davos-2026-special-address-by-mark-carney-prime-minister-of-canada/>
- Chang, H.-J. (2009). *Bad samaritans: The myth of free trade and the secret history of capitalism*. Londres: Bloomsbury.
- Charles, V. P., Aniche, E. T., Jacob, O., y Iwuoha, V. C. (2025). Which way ECOWAS? China's Belt and Road Initiatives and regional economic integration in West Africa. *Politikon*, 52(3-4), 271-289. <https://doi.org/10.1080/02589346.2025.2595725>
- Chen, A. W., Chen, J., y Dondeti, V. R. (2020). The US-China trade war: dominance of trade or technology? *Applied Economics Letters*, 27(11), 904-909. <https://doi.org/10.1080/13504851.2019.1646860>
- Chen, L. S., y Evers, M. M. (2023). «Wars without Gun Smoke»: Global Supply Chains, Power Transitions, and Economic Statecraft. *International Security*, 48(2), 164-204. https://doi.org/10.1162/isec_a_00473
- Chong, T. T. L., y Li, X. (2019). Understanding the China-US trade war: causes, economic impact, and the worst-case scenario. *Economic and Political Studies*, 7(2), 185-202. <https://doi.org/10.1080/20954816.2019.1595328>
- Christophers, B., Lave, R., Peck, J., y Werner, M. (Eds.). (2023). *The Doreen Massey Reader*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cooley, A., y Nexon, D. (2025). Trump's antiliberal order. *Foreign Affairs*, 7 de enero. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/united-states/trumps-antiliberal-order-cooley-nexon>
- Cox, R. W. (1981). Social forces, states and world orders: Beyond international relations theory. *Millennium: Journal of International Studies*, 10(2), 126-155. <https://doi.org/10.1177/03058298810100020501>
- Dalby, S. (2008). Warrior geopolitics: Gladiator, Black Hawk Down and the Kingdom of Heaven. *Political Geography*, 27(4), 439-455. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2008.03.004>
- Dalby, S. (2024). *Pyromania: Fire and Geopolitics in a Climate Disrupted World*. Newcastle: Agenda Books.
- Davies, A. (2025). Biden warns of dangers of oligarchy taking shape in US. *BBC News*, 15 de enero. Recuperado de <https://www.bbc.com/news/articles/c1weqz3lydro>
- De Robertis, A. G., y Tkachenko, S. L. (2020). The crisis of the 'Liberal International Order' and the challenges from China and Russia. *Vestnik of Saint Petersburg University International Relations*, 13(4), 465-477. <https://doi.org/10.21638/spbu06.2020.403>
- Debrix, F. (2003). Tabloid realism and the revival of American security culture. *Geopolitics*, 8(3), 151-190. <https://doi.org/10.1080/14650040412331307752>

- Debrix, F. (2007). Tabloid Imperialism: American geopolitical anxieties and the War on Terror. *Geography Compass*, 1(4), 932-945. <https://doi.org/10.1111/j.1749-8198.2007.00042.x>
- Debrix, F. (2008). *Tabloid Terror: War, Culture, and Geopolitics*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Deudney, D., y Ikenberry, G. J. (1999). The nature and sources of liberal international order. *Review of International Studies*, 25(2), 179-196. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/20097589>
- Dijkink, G. (1996). *National Identity and Geopolitical Visions, Maps of Pride and Pain*. Londres: Routledge.
- Dodds, K. (2025). *President Trump, Hemispheric Security and the Greenland Connection*. París: Groupes d'études géopolitiques (ENS).
- Dowler, L., y Sharp, J. (2001). A Feminist Geopolitics? *Space and Polity*, 5(3), 165-176. <https://doi.org/10.1080/13562570120104382>
- Essex, J. (2014). From the Global Food Crisis to the Age of Austerity: The Anxious Geopolitics of Global Food Security. *Geopolitics*, 19(2), 266-290. <https://doi.org/10.1080/14650045.2014.896795>
- Fajgelbaum, P., Goldberg, P., Kennedy, P., Khandelwal, A., y Taglioni, D. (2024). The US-China Trade War and Global Reallocations. *American Economic Review: Insights*, 6(2): 295-312. <https://doi.org/10.1257/aeri.20230094>
- Farrell, H., y Newman, A. (2025). The weaponized world economy. *Foreign Affairs*, 19 de agosto. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/united-states/weaponized-world-economy-farrell-newman>
- Flint, C. (2011). Intertwined Spaces of Peace and War: The Perpetual Dynamism of Geopolitical Landscapes. In S. Kirsch and C. Flint (Eds.), *Restructuring Conflict: Integrating War and Post-War Geographies*, (pp. 31-48). Farnham, Surrey and Burlington, VT: Ashgate Publishing Company.
- Flint, C. (2024). *Near and far waters: The geopolitics of seapower*. Redwood City, CA: Stanford University Press.
- Friedman, L. (2026). 60 Countries to Meet on Phasing Out Fossil Fuels but are Excluding the US. *New York Times*, 27 de abril. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2026/04/27/climate/60-countries-to-meet-on-phasing-out-fossil-fuels-but-are-excluding-the-us.html>
- Galeotti, M. (2025). *Homo Criminalis: How Crime Organizes the World*. Londres: Ebury.
- Ganesh, J. (2025). When business and democracy don't mix. *Financial Times*, 17 de diciembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/36c23306-6ad4-4d06-bd4f-e5c2e3e51491?syn-25a6b1a6=1>
- Grandin, G. (2025). Trump's dated strategy is putting us on a path to World War III. *New York Times*, 15 de diciembre. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2025/12/15/opinion/monroe-doctrine-trump.html>
- García Linera, Á. (2026a). ¿Dominación sin hegemonía, hoy? *Diario Red*, 5 de abril. Recuperado de <https://www.diario-red.com/opinion/alvaro-garcia-linera/dominacion-hegemonia-hoy/20260404093119067005.amp.html>
- García Linera, Á. (2026b). El tiempo oscuro de los leviatanes. *Página 12*, 11 de enero. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/2026/01/11/el-tiempo-oscur-o-de-los-leviatanes-2/>
- Gibson-Graham, J. K. (2008). Diverse economies: Performative practices for 'other worlds.' *Progress in Human Geography*, 32(5), 613-632. <https://doi.org/10.1177/0309132508090821>
- González, A. N., Reveco, S. U., y Benwell, M. C. (2023). Presentación: El lenguaje político de las cosas. Geografía, altergeopolítica y materialismo posthumano. *Punto sur*, (9), 1-8. <https://doi.org/10.34096/ps.n9.13709>
- Guttmann, R. (2021). *Multi-Polar Capitalism: The End of the Dollar Standard*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Guzzini, S. (Ed.). (2012). *The Return of Geopolitics in Europe?* Cambridge: Cambridge University Press.
- Henriksen, T. H. (2022). *America's Wars: Interventions, Regime Change, and Insurgencies after the Cold War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hickman, J. (2025). Climate Hegemony and Control over the Global Thermostat. In M. Beech (Ed.), *Geoengineering and Climate Change* (pp. 141-150). Londres: Wiley.

- Hill, C. R. (2019). The activist as geographer: Nonviolent direct action in Cold War Germany and postcolonial Ghana, 1959–1960. *Journal of Historical Geography*, 64, 36–46. <https://doi.org/10.1016/j.jhg.2018.12.005>
- Hout, W., y Onderco, M. (2022). Developing Countries and the Crisis of the Liberal International Order. *Politics and Governance*, 10(2), 1–5. <https://doi.org/10.17645/pag.v10i2.5491>
- Hronesova, J. B., y Kreiss, D. (2024). Strategically hijacking victimhood: a political communication strategy in the discourse of Viktor Orban and Donald Trump. *Perspectives on Politics*, 22(3), 717–735. <http://dx.doi.org/10.1017/s1537592724000239>
- Hua, S., y Zeng, K. (2022). The US–China Trade War: Economic Statecraft, Multinational Corporations, and Public Opinion. *Business and Politics*, 24, 319–331. <https://doi.org/10.1017/bap.2022.18>
- Huntington, S. (1993). The Clash of Civilizations. *Foreign Affairs*, 72(3), 22–49. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/1993-06-01/clash-civilizations>
- Ikenberry, G. J. (2011). The Future of the Liberal World Order: Internationalism After America. *Foreign Affairs*, 90(3), 56–68. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/23039408>
- Ikenberry, G. J. (2018). The end of liberal international order. *International Affairs*, 94(1), 7–23. <https://doi.org/10.1093/ia/iix241>
- Ikenberry, G. J. (2025). *Liberalism, Institutional Statecraft, and International Order*. In T. V. Paul, A. Wivel y K. He (Eds.), *International Organizations and Peaceful Change in World Politics* (pp. 55–77). Cambridge: Cambridge University Press.
- International Monetary Fund. (2025). *World economic outlook*. Washington, DC: International Monetary Fund.
- Izumikawa, Y. (2020). Network connections and the emergence of the hub-and-spokes alliance system in East Asia. *International Security*, 45(2), 7–50. https://doi.org/10.1162/isec_a_00389
- Iwuoha, V. C. y Aniche, E. T. (2026). Introduction – ECOWAS: Rethinking West African Integration. *Society*, (aop). <https://doi.org/10.1007/s12115-026-01173-5>
- Japan News (2026). Takaichi says only Trump can bring peace, prosperity to world at Japan-U.S. summit. *Japan News*, 20 de marzo. Recuperado de <https://japannews.yomiuri.co.jp/politics/politics-government/20260320-317508/>
- Japan's Ministry of Foreign Affairs (2026). Free and Open Indo-Pacific. Recuperado de https://www.mofa.go.jp/policy/page25e_000278.html
- Jin, Y., Dorius, S., y Xie, Y. (2022). Americans' Attitudes toward the US–China Trade War. *Journal of Contemporary China*, 31(133), 17–37. <https://doi.org/10.1080/10670564.2021.1926089>
- Jones, B. (2026). Trump's 'Board of Peace' and the multilateral order. *Brookings's Institute*, 3 de febrero. Recuperado de <https://www.brookings.edu/articles/trumps-board-of-peace-and-the-multilateral-order/>
- Jones, R. (2025). Political geography II: The end of territorial integrity. *Progress in Human Geography*, 49(4), 434–442. <https://doi.org/10.1177/03091325251329265>
- Jones, R. (2026). Political Geography III: Authoritarian Geographies. *Progress in Human Geography* (Online First). <https://doi.org/10.1177/03091325261446>
- Kelly, R. E., y Poast, P. (2025). How much abuse can allies take? *Foreign Affairs*, 8 de diciembre. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/united-states/how-much-abuse-can-americas-allies-take>
- Kim, D. J. (2024). US Protectionism and Competition with China. *The Washington Quarterly*, 47(2), 71–86. <https://doi.org/10.1080/0163660X.2024.2366109>
- Kimmage, M. (2025). Trump's power paradox. *Foreign Affairs*, 8 de diciembre. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/trumps-power-paradox>
- Kolosov, V. A. (2022). Internal and external sovereignty of post-Soviet unrecognized states. *Pathways to Peace and Security*, 62(1), 67–91.
- Kolosov, V. A., Zotova, M. V., and Turov, N. L. (2022). Geopolitika i politicheskaya geografiya v Rossii: osnovnye napravleniya, teoreticheskie podkhody i osobennosti [Geopolitics and Political Geography in Russia: Main Directions, Theoretical Approaches and Features]. *Izvestiya Rossiiskoi Akademii Nauk. Seriya Geograficheskaya*, 86(3), 393–415.
- Koopman, S. (2011). Alter-geopolitics: Other securities are happening. *Geoforum*, 42(3), 274–284. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2011.01.007>

- Koopman, S. (2023). Altergeopolítica. Otras seguridades se están construyendo (Trad. S. Koopman). *Punto Sur*, (9), 66-93. <https://doi.org/10.34096/PS.N9.13710>
- Koopman, S. (2026). Peace. In S. Calkin y C. Freeman (Eds.), *De Gruyter Handbook of Feminist Political Geography* (pp. 115-128). Berlín: Walter de Gruyter GmbH & Co KG.
- Koopman, S., Dalby, S., Megoran, N., Sharp, J., Kearns, G., Squire, R., ... Toal, G. (2021). Critical Geopolitics/critical geopolitics 25 years on. *Political Geography*, 90(3), 102421. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2021.102421>
- Kotani, T. (2026). *Nichibei kijiku no gaiko, gekiteki henka wo* [Dramatic changes are needed in U.S.-Japan-centered diplomacy]. *Asahi Shimbun*, 5 de abril. Recuperado de <https://www.asahi.com/articles/DA3S16438141.html>
- Kotkin, S. (2026). The weakness of the strongmen. *Foreign Affairs*, 16 de diciembre de 2025. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/china/weakness-strongmen-stephen-kotkin>
- Kundnani, H. (2024). The Future of the Liberal International Order. In Y. Hosoya y H. Kundnani (Eds.), *The Transformation of the Liberal International Order* (pp. 127-132). Singapore: Springer. https://doi.org/10.1007/978-981-99-4729-4_12
- Lai, E. L. C. (2019). The US-China trade war, the American public opinions and its effects on China. *Economic and Political Studies*, 7(2), 169-184. <https://doi.org/10.1080/20954816.2019.1595330>
- Lake, D. A. (2026). The End of the Liberal International Order? Globalization, Deep Contestation, and the Future. *The Chinese Journal of International Politics*, 19(1), 10-24. <https://doi.org/10.1093/cjip/poaf016>
- Lamain, C., Marijnen, E., Edwards, N., y Jeursen, T. (2026). Picking up arms against a collapsing planet: militarised ecologies on a planetary scale. *Geoforum*, 173, 104636. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2026.104636>
- Laybourn, L., Evans, J., y Dyke, J., (2023). Derailment risk: A systems analysis that identifies risks which could derail the sustainability transition. *Earth System Dynamics*, 14, 1171-1182. <https://doi.org/10.5194/esd-14-1171-2023>
- Layne, C. (2018). The US-Chinese power shift and the end of the Pax Americana. *International Affairs*, 94(1), 89-111. <https://doi.org/10.1093/ia/iix249>
- Li, C., He, C., y Lin, C. (2018). Economic Impacts of the Possible China-US Trade War. *Emerging Markets Finance and Trade*, 54(7), 1557-1577. <https://doi.org/10.1080/1540496X.2018.1446131>
- Lindner, E. (2026). Why diesel has become a much bigger economic problem than gasoline. *New York Times*, 23 de abril. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2026/04/23/business/energy-environment/iran-war-diesel-prices-gasoline.html>
- Lissner, R., and Rapp-Hooper, M. (2020). *An open world: How America can win the contest for twenty-first-century order*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Liu, K. (2020). The effects of the China-US trade war during 2018-2019 on the Chinese economy: an initial assessment. *Economic and Political Studies*, 8(4), 462-481. <https://doi.org/10.1080/20954816.2020.1757569>
- Liu, T., y Woo, W. T. (2018). Understanding the U.S.-China Trade War. *China Economic Journal*, 11(3), 319-340. <https://doi.org/10.1080/17538963.2018.1516256>
- López, B. A., Bliesemann De Guevara, B., Julian, R., Macaspac, N., & Okello-Orlale, R. (Eds.). (en prensa). *Creating Safer Space Unarmed Community Self-Protection and Resistance Amidst Violent Conflict*. Bristol: Bristol University Press.
- Lovins, A. B. (1976). Energy Policy: The Road Not Taken? *Foreign Affairs*, 1 de octubre. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/united-states/energy-strategy-road-not-taken-amory-lovins>
- Lovins, A. B. (1977). *Soft Energy Paths: Toward a Durable Peace*. Harmondsworth: Penguin.
- Luce, E. (2025). Beijing's escalation dominance over Washington. *Financial Times*, 17 de diciembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/Beijing-escalation-dominance>
- Luo, Y., y van Assche, A. (2023). The rise of techno-geopolitical uncertainty: Implications of the United States CHIPS and Science Act. *Journal of International Business Studies*, 54(8), 1423-1440. <https://doi.org/10.1057/s41267-023-00620-3>
- MacIsaac, S., y Duclos, B. C. (2020). Trade and conflict: trends in economic nationalism, unilateralism and protectionism. *Canadian Foreign Policy Journal*, 26(1), 1-7. <https://doi.org/10.1080/11926422.2020.1714682>

- McGregor, R. (2024). The Challenge of China for the Liberal International Order. In Y. Hosoya y H. Kundnani (Eds.), *The Transformation of the Liberal International Order* (pp. 91-96). Singapore: Springer. https://doi.org/10.1007/978-981-99-4729-4_9
- Mackinnon, A. (2025). Why MAGA hates Europe: Trump takes the culture wars across the Atlantic. *Financial Times*, 11 de diciembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/db1c00d8-1118-474e-8230-c7139b981556?syn-25a6b1a6=1>
- Martin, K. (2025). So long, American exceptionalism. *Financial Times*, 26 de diciembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/a9f5e37c-dd0f-4681-bddf-f20b6a6ce4e3?syn-25a6b1a6=1>
- Massey, D. (1999). *Power-Geometries and the Politics of Space-Time*. Heidelberg: Hettner Lectures, University of Heidelberg.
- Mearsheimer, J. J. (2014). America Unhinged. *The National Interest*, (129), 9-30. Recuperado de <https://nationalinterest.org/legacy/america-unhinged-9639>
- Mearsheimer, J. J. (2019). Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order. *International Security*, 43(4), 7-50. https://doi.org/10.1162/ISEC_a_00342
- Merz, F. (2026). We are Asserting our Freedom with our Neighbours. *Munich Security Conference*, 13 de febrero. Recuperado de <https://www.bundesregierung.de/breg-en/federal-government/speech-chancellor-msc-2407256>
- Miller, J. C. (2021). *Spectacle and Trumpism: An embodied assemblage approach*. Bristol: Bristol University Press.
- Moradi, S. (2023). Producing Territory, Resisting the State: Embodiment, Discourse, and Symbolism in Street Demonstrations in Iranian Kurdistan. *Geopolitics*, 29(1), 261-287. <https://doi.org/10.1080/14650045.2022.2160711>
- Moreton-Robinson, A. (Ed.). (2020). *Sovereign Subjects: Indigenous Sovereignty Matters*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Moretti, E. (2012). *The New Geography of Jobs*. Boston, MA: Houghton Mifflin.
- Ngarmboonant, G. (2025). The quiet, fateful shift in who's buying America's debt. *New York Times*, 26 de diciembre. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2025/12/26/opinion/national-debt-owners-lenders-crisis.html>
- NHK One (2026). *America wo matanai: «Midoru pawah no kessoku» Kanada shusho ga enzetsu ni kometa imiwa?* [We will not wait for the U.S.: What message did Canada's Prime Minister convey by «the coalition of middle powers»?]. 9 de marzo. Recuperado de <https://news.web.nhk/newsweb/na/na-k10015069291000>
- Obermayer, B., y Obermaier, F. (2016). *The Panama Papers*. Londres: OneWorld.
- Odell, P. R. (1970). *Oil and World Power: A Geographical Interpretation* (1st ed). Harmondsworth: Penguin.
- Okunev, I. (2020). Rossiya i mnogoobrazie okulyarov. Mir odnopolyarnyi, bipolyarnyi, mnogopolyarnyi ili bespolyarnyi? [Russia and the Variety of Eyepieces: Is the World Unipolar, Bipolar, Multipolar or Non-Polar?]. *Russia in Global Affairs*, 18(1), 40-46.
- Okunev, I. (2024). Mirovye poryadki i besporyadki [World Orders and Disorders]. *Russia in Global Affairs*, 22(3), 10-18.
- Okunev, I., y Liubimova A. (2025). From Absolute to Relative and Cognitive Space: Evolution of Geopolitics. *Geopolitics Quarterly*, 2(21), 219-237.
- O'Neil, S. K. (2025). The new supply chain insecurity. *Foreign Affairs*, 21 de octubre. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/united-states/new-supply-chain-insecurity-shannon-oneil>
- Ord, T. (2020). *The Precipice: Existential Risk and the Future of Humanity*. Nueva York: Grand Central Publishing.
- Ó Tuathail, G. (1996). *Critical geopolitics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Payne, S. C. M. (2025). By land or by sea. *Foreign Affairs*, 19 de agosto. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/united-states/land-or-sea-paine>
- Peet, R. (2009). *Unholy trinity: The IMF, World Bank and WTO*. Londres: Zed Books.
- Pew Research. (2025). Public Trust in Government, 1958-2025. *Pew Research Center*, 4 de diciembre. Recuperado de <https://www.pewresearch.org/politics/2025/12/04/public-trust-in-government-1958-2025/>

- Pforr, T., Pape, F., y Petryc, J. (2025). Dollar diminished: the unmaking of US financial hegemony under Trump. *International Organization*, 79 (Supplement), s117-s133. <https://doi.org/10.1017/S0020818325101033>
- Portmann, V., Swingedouw, D., Khattab, O., y Chavent, M. (2026). Observational constraints project a ~50% AMOC weakening by the end of this century. *Science Advances*, 12(16), 15 April. <https://doi.org/10.1126/sciadv.adx429>
- Qiu, L. D., Zhan, C., y Wei, X. (2019). An analysis of the China-US trade war through the lens of the trade literature. *Economic and Political Studies*, 7(2), 148-168. <https://doi.org/10.1080/20954816.2019.1595329>
- Reese, A., y Johnson, S. (2022). We all we got: Urban Black ecologies of care and mutual aid. *Environment and Society*, 13(1), 27-42. <https://doi.org/10.3167/ares.2022.130103>
- Richardson, P. B. (2019). Sovereignty, the Hyperreal, and «Taking Back Control». *Annals of the American Association of Geographers*, 109(6), 1999-2015. <https://doi.org/10.1080/24694452.2019.1587283>
- Rockstrom, J. et al. (2024). The planetary commons: A new paradigm for safeguarding Earth-regulating systems in the Anthropocene. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 121(5), e2301531121. <https://doi.org/10.1073/pnas.230153112>
- Rogoff, K. S. (2025). America's coming crash. *Foreign Affairs*, 19 de agosto. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/united-states/americas-coming-crash-rogoff>
- Rosanvallon, P. (1981). *La crise de l'État-providence*. Paris: Seuil.
- Rostow, W. W. (1960). *The stages of economic growth: A non-Communist manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rowley, C., y Weldes, J. (2012). The evolution of international security studies and the everyday: Suggestions from the Buffyverse. *Security Dialogue*, 43(6), 513-530. <https://doi.org/10.1177/0967010612463490>
- Sandhu, M. (2025). A year of Trumpian attacks on the rules-based international order. *Financial Times*, 21 de diciembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/5bf666a0-220a-44f8-bd13-7990504b9b3d?syn-25a6b1a6=1>
- Sharp, J. (2007). Geography and gender: finding feminist political geographies. *Progress in Human Geography*, 31(3), 381-387. <https://doi.org/10.1177/0309132507077091>
- Sharp, J. (2023). Feminist geopolitics and the global-intimacies of pandemic times. *Gender, Place & Culture*, 30(12), 1653-1670. <https://doi.org/10.1080/0966369X.2022.2064834>
- Stephan, P. B. (2023). The Rise and Fall of Liberal Internationalism and the New World Order. In P. B. Stephan, *The World Crisis and International Law: The Knowledge Economy and the Battle for the Future* (pp. 19-100). Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781009321020.003>
- Stewart, K. (2025). *Money, Lies and God: Inside the Movement to Destroy American Democracy*. Londres: Bloomsbury.
- Swanson, N. W. (2015). Embodying Tahrir: Bodies and geopolitics in the 2011 Egyptian uprising. *Area*, 48(3), 300-307. <https://doi.org/10.1111/area.12163>
- Talbot, D. (2015). *The devil's chessboard: Allen Dulles, the CIA, and the rise of America's secret government*. Nueva York: Harper.
- Taylor, P. J. (1990). *Britain and the Cold War: 1945 as a geopolitical transition*. Nueva York: Guilford.
- The White House. (2025). *National Security Strategy of the United States of America*. The White House, Noviembre. Recuperado de <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf>
- Times of Israel. (2025). Netanyahu posts AI image of Trump winning Nobel Peace Prize. *Times of Israel*, 10 de octubre. Recuperado de <https://www.timesofisrael.com/netanyahu-posts-ai-image-of-trump-winning-nobel-peace-prize/>
- Timmons Roberts, J., Milani, C. R. S., Jacquet, J., y Downie, C. (Eds.). (2025). *Climate Obstruction: A Global Assessment*. Oxford: Oxford University Press.
- Tjalve, V. S. (Ed.). (2020). *Geopolitical Amnesia: The Rise of the Right and the Crisis of Liberal Memory*. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- Toal, G. (2024). *Oceans Rise, Empires Fall: Why Geopolitics Hastens Climate Catastrophe*. Oxford: Oxford University Press.

- Tooze, A. (2025). Polycrisis – is this the sequel? *Financial Times*, 6 de septiembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/8b418b0d-32b9-4229-93ed-0334a45ffd8d>
- Toye, R. (2010). *Churchill's empire: The world that made him and the world he made*. Nueva York: Henry Holt & Co.
- Trachtenberg, M. (2025). The Rules-Based International Order: A Historical Analysis. *International Security*, 50(2), 7-54. <https://doi.org/10.1162/ISEC.a.11>
- USDS (United States Department of State). (2025). Pax Silica (fact sheet and declaration). *U.S. Department of State*, 11 de diciembre. Recuperado de <https://www.state.gov/releases/office-of-the-spokesperson/2025/12/pax-silica-initiative>
- USNSC (United States National Security Council). (1950). NSC 68: United States Objectives and Programs for National Security. *Office of the Historian*, 14 de abril. Recuperado de <https://history.state.gov/milestones/1945-1952/NSC68>
- Van der Wusten, H., y Dijkink, G. (2002). German, British and French Geopolitics: The Enduring Differences. *Geopolitics*, 7(3), 19-38. <https://doi.org/10.1080/714000970>
- Wallace-Wells, D. (2025). Trumpism is global culture war. *New York Times*, 10 de diciembre. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2025/12/10/opinion/trump-national-security.html>
- Wallerstein, I. (2003). *Decline of American power: The U.S. in a chaotic world*. Nueva York: New Press.
- Weber, C. (2017). The Trump Presidency, Episode 1: Simulating Sovereignty. *Theory & Event*, 20(1), 132-142. <https://doi.org/10.1177/0309816818759231>
- Wedel, J. R. (2025). The corruption is the point. *Project Syndicate*, 28 de noviembre. Recuperado de <https://www.project-syndicate.org/commentary/trump-corruption-is-the-means-of-destroying-the-system-by-janine-r-wedel-2025-11>
- Weissert, W. (2025). Trump Loves the Gilded Age and its Tariffs. It was a Great Time for the Rich but Not for the Many. *The Associated Press*, 10 de marzo. Recuperado de <https://apnews.com/article/trump-tariffs-gilded-age-mckinley-grover-cleveland-1592dab80ad7159266db51b5baa774b6>
- Wiggins, K., Miller, J., and Palma, S. (2025). Inside the «industrial-scale» Trump pardon machine. *Financial Times*, 18 de diciembre. Recuperado de <https://ft.com/content/Trump-pardon-machine>
- Wikipedia. (2017-2026). Every Second Counts (video parodies). Recuperado de [https://en.wikipedia.org/wiki/Every_Second_Counts_\(video_parodies\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Every_Second_Counts_(video_parodies)) (última puesta al día 31 de marzo de 2026).
- Wolf, M. (2025). Trump's war on Europe. *Financial Times*, 17 de diciembre. Recuperado de <https://www.ft.com/content/b17e6660-7722-4723-953b-2d72e7ec9292?syn-25a6b1a6=1>
- Xun, J. (2024). *Ipnocrazia: Trump, Musk e la nuova architettura della realtà*. Roma: Edizioni Tlon.
- Xun, J. (2025). *Hypnocracy: Trump, Musk, & the new architecture of reality*. Toronto: Sutherland House.
- Zakaria, F. (2012). *The post-American world: Release 2.0*. Nueva York y Londres: W. W. Norton & Company.
- Zhang, Y. (2018). The US-China Trade War: A Political and Economic Analysis. *Indian Journal of Asian Affairs*, 31(1/2), 53-74. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/26608823>

